

VASCO DE QUIROGA:

olvido y glorificación

OSCAR VELAYOS ZURDO



e de Alba

**Ayuntamiento de
de las Altas Torres**

**INSTITUCION
"GRAN DUQUE DE ALBA"**

Oscar Velayos Zurdo nace en Madrigal de las A. Torres (Avila) en 1953. Es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Salamanca y Doctor en Filología por la Univ. Autónoma de Barcelona.

Autor de varios libros de crítica literaria (**El diálogo con la Historia de Alejo Carpentier, El mito del mundo mejor en A. Carpentier, Historia y Utopía en A. Carpentier**) y de abundantes artículos literarios y periodísticos, ha participado en diversos congresos y pronunciado numerosas conferencias.

Durante algunos años ha residido en diferentes países latinoamericanos (Nicaragua, México, Brasil) en los que ha ejercido como profesor de literatura (Universidad Centroamericana) o coordinador pedagógico (Centro Brasil-España, de enseñanza del español para extranjeros) enviado por la Agencia Española de Cooperación.

En la actualidad es profesor de Lengua y Literatura Españolas -funcionario del M. E. C.- en un Instituto de Bachillerato vallisoletano.

CDU 929
266

OFICIA VILATENSE

VASCO DE QUIROGA

orden y glorificación

Institución Gran Duque de Alba



BA-99

Excmo. Ayuntamiento de
Madrigal de las Altas Torres

OSCAR VELAYOS ZURDO



VASCO DE QUIROGA:

olvido y glorificación

1.- MICHOCAN, EL PRIMER PUEBLO DE VASCO DE QUIROGA	15
2.- EN SANTA FE DE VASCO DE QUIROGA	20
3.- PATZUJARO, LA CAPITAL DEL PRIMER PUEBLO DE VASCO DE QUIROGA	25
4.- TZINTUNTZATI, PRIMER PUEBLO DE VASCO DE QUIROGA	30
5.- QUIROGA, EL PUEBLO PRINCIPAL DE VASCO DE QUIROGA	35
6.- SEGUNDO PUEBLO PRINCIPAL: SANTA FE DE LA LAGUNA	40
7.- URUAMIN, EL PRIMER PUEBLO DE VASCO DE QUIROGA	45
RESUMEN HISTORICO DE LA VIDA DE VASCO DE QUIROGA	50
OLIVERO, EL PRIMER PUEBLO DE VASCO DE QUIROGA	55
INDICE	60
BIBLIOGRAFIA CONSULTADA	65

**Excmo. Ayuntamiento de
Madrigal de las Altas Torres**

**INSTITUCION
"GRAN DUQUE DE ALBA"**



OFICINA DE ESTADÍSTICA

ASCO DE QUIROGA:

divino y glorificación

Institución Gran Duque de Alba

I. S. B. N.: 84-86930-56-1
Depósito Legal: AV-193-1992
Imprime: Diario de Avila, S. A.
Ctra. Valladolid, Km. 0,800
AVILA



INDICE

INTRODUCCION	9
1.- MICHOACAN: ECOS CASTELLANOS EN AMERICA	13
2.- EN SANTA FE DE VASCO DE QUIROGA	49
3.- PATZCUARO, LA CAPITAL DEL PASADO	63
4.- TZINTUNTZAN, PRIMERA SEDE EPISCOPAL.....	109
5.- QUIROGA, EL PUEBLO PREGONERO DE D. VASCO...	117
6.- SEGUNDO PUEBLO HOSPITAL: SANTA FE DE LA LAGUNA	125
7.- URUAPAN, EL FINAL DEL CAMPO	139
RESUMEN CRONOLOGICO DE LA VIDA DE VASCO DE QUIROGA	149
APENDICE.....	153
BIBLIOGRAFIA CONSULTADA	161

Para Bibi, siempre...

INTRODUCCIÓN

Este libro es hijo de un viaje, de ciertos descubrimientos y vivencias experimentadas por el autor durante un recorrido por algunas ciudades y pueblos del mexicano Estado de Michoacán. En la primavera de 1990 nos encontrábamos en México, residiendo en el mastodónico Distrito Federal, y acerté a realizar una visita turística a Morelia, capital del mencionado Estado. En ella, desde el momento mismo de mi llegada, empecé a hallar, sin esperarlo, múltiples ecos de mi Castilla lejana y un poco olvidada; descubrí en seguida, por ejemplo, que hasta el siglo pasado esta ciudad se había denominado Valladolid y no fue éste el único topónimo con que allí topé tomado de estas tierras.

Pero la mayoría de referencias o alusiones a Castilla me llegaban por medio de un personaje abulense del siglo XVI, nacido en la villa de Madrigal de las Altas Torres, al igual que Isabel la Católica: Vasco de Quiroga (o Tata Vasco, como allí se le llamaba también, cariñosamente, con frecuencia). Pronto me di cuenta de que éste era aún, en aquellos parajes —y lo decimos sin un ápice de exageración— una presencia verdaderamente viva y constante. Entonces decidí prolongar por unas semanas mi estancia en Michoacán, visitar otros lugares del entorno y recabar cuantos datos me fuera posible acerca de éste mi ilustre coterráneo.

Así no tardé en percibir que en las poblaciones de Morelia, Patzcuaro, Santa Fe de la Laguna, Quiroga, Uruapan... numerosos centros públicos (colegios, hospitales) y privados (hoteles, establecimientos comerciales) llevaban el nombre de Vasco de Quiroga, lo mismo que algunas de sus principales avenidas, calles o plazas, muchas de ellas adornadas además con estatuas, placas e inscripciones en su honor. Nos enteramos, por otra parte, de que en tales poblaciones cada año, en determinadas fechas, se celebran festividades y actos públicos diversos, promovidos por autoridades civiles, universitarias o religiosas en recuerdo y homenaje a este D. Vasco.

Quise entonces acudir a los libros, por documentarme mejor acerca de él. Así llegué a comprobar que existe una amplia bibliografía —mayoritariamente mexicana, pero también hay textos en inglés, francés, ruso y hasta japonés— dedicada a este gran humanista y que todos los niños o adolescentes mexicanos han de estudiarlo, por figurar en sus libros escolares como uno de los padres de su nueva civilización, como uno de los grandes hitos de su historia. Tuve la oportunidad de constatar asimismo que, entre los artesanos y clases populares de la etnia purépecha —predominante en esta región ribereña del extenso lago de Patzcuaro— Tata Vasco alcanzaba las cotas de veneración de un personaje mítico.

Que un colonizador español mantuviera, cuatro siglos después de su muerte física, tal nivel de reconocimiento y estima, tanto en sectores intelectuales como populares, religiosos como políticos y laicos en general, era una circunstancia que sin duda merecía alguna consideración, especialmente en estos momentos de conmemoraciones, celebraciones triunfalistas o diatribas feroces referidas al V Centenario de un Descubrimiento que —en un sentido u otro— casi siempre levanta pasiones y polémicas. Conversando posteriormente respecto a estos temas con algunos historiadores mexicanos y españoles todos coincidíamos en la opinión de que Vasco de Quiroga era uno de nuestros compatriotas “coloniales” más valorados y queridos actualmente en América, si no el que más.

Así es como fue surgiendo la idea de dedicarle un librito. Y pensamos que si éste había nacido de la experiencia de un viaje, bien podría adoptar la forma de un relato de viajes. Así es como, en efecto, lo hemos estructurado. Este rasgo queda acentuado particularmente, como se verá, en las primeras páginas; pronto el lector se dará cuenta, sin embargo, de que no se reduce sólo a eso. Llegado a un punto, el texto se centra en las innumerables referencias a Vasco de Quiroga —muestras de un agradecimiento secular— que pululan en aquellos lugares (topónimos, inscripciones, iconografía...); pero, a partir de éstos, va ofreciendo, además, los datos más relevantes de su vida, los aspectos esenciales de su obra y pensamiento, la descripción del estado en que se hallan actualmente los edificios y fundaciones que nos legó, así como múltiples datos históricos más generales sobre la vida en Michoacán durante la colonia o sociológicos del México actual; sin olvidar los ecos o similitudes con Castilla, huellas dejadas hace siglos por unos hombres que, para organizar un Nuevo Mundo, no tuvieron más remedio que recurrir, en muchas ocasiones, a modelos del viejo y añorado que habían dejado atrás.

Es ésta, por tanto, una obra miscelánea: contienen elementos propios del relato de viajes, de la biografía, del ensayo historiográfico, de algunos

géneros periodísticos ... pretendiendo huir siempre del tono académico, frío de los libros de historia.

Queremos dejar claro, no obstante, desde el principio que si por un lado, la descripción de ciertos lugares o hallazgos de nuestro recorrido puede haber dado cabida a impresiones subjetivas o valoraciones personales, por otro, en lo tocante a aspectos históricos, hemos procedido con el máximo rigor: todos los datos historiográficos aquí expuestos han sido escrupulosamente documentados y confirmados por la bibliografía más reciente y científicamente fiable.

En octubre de 1947 el célebre compositor michoacano Miguel Bernal Jiménez realizó un viaje a España con motivo del estreno en Madrid de su drama sinfónico "Tata Vasco" y aprovechó para visitar Madrigal de las Altas Torres: deseaba conocer la tierra que había visto nacer al venerado inspirador de su obra. Pero se quedó pasmado cuando, después de preguntar al párroco, al alcalde, a varios vecinos del lugar, comprobó que ninguno de ellos tenía la menor idea de la existencia de este insigne paisano suyo; Bernal registra esta decepcionante experiencia en su libro **In promptu en alta mar** y escribe, al hilo de ella, dos frases que me impactaron especialmente. Al contemplar las iglesias, las casas, las calles, el viejo hospital de este pueblo castellano no pudo menos que exclamar: "¡Michoacán, hijo indudable de Castilla!". Se refería, sin duda, a las semejanzas, a los inconfundibles aires castellanos a que antes nos feríamos y que, en efecto, saltan en seguida a la vista en aquellas tierras michoacanas. Pero el desconocimiento general acerca de D. Vasco que observa y sufre en España le lleva a escribir otra frase más discutible, con la que nosotros no podemos estar en absoluto de acuerdo: "Tata Vasco —dice— es mexicano".

Hemos de reconocer que ante el panorama desolador que aquí halló al respecto no le faltaron motivos para pronunciarla. Aún en la actualidad Vasco de Quiroga sigue siendo —en su provincia abulense, en su comunidad castellanoleonés, en su patria española— un personaje muy poco conocido, no sólo entre un público amplio, de escasa cultura, sino también entre personas cultas, con título universitario. Cualquiera puede comprobar, por ejemplo, que casi no existe bibliografía editada en España en torno a él y que la importada no resulta muchas veces fácil de conseguir.

Por eso este libro, dadas sus características, tiene un carácter divulgativo, pero también quiere tener —lo decimos abiertamente— un carácter reivindicativo. Reivindicativo frente a aquellas palabras de Bernal Jiménez: si es cierto, D. Miguel, que Vasco de Quiroga alcanzó toda su talla y dio sus mejores frutos en América, también habrá de reconocer que su origen y formación fueron castellanos, y que fueron el saber y experiencia acumulados

en su España los que hicieron posible su valiosa aportación posterior a aquellas tierras mexicanas. Reivindicativo también frente al olvido, desconocimiento o indiferencia que aquí se han dado —y siguen campeando— con respecto a D. Vasco. Creemos honestamente, sin dejarnos cegar por la pasión, que el de Quiroga es un caso flagrante de injusticia histórica. Cuántos personajes españoles, de la conquista y colonización de América, menos transcendentales que él, han sido —y son— más recordados, aireados, valorados. Y han tenido que ser ellos, los mexicanos —los colonizados, pero también los beneficiarios de la valiosa obra de este hombre— quienes, después de mantener durante siglos viva y venerada su memoria, vinieran a devolvérnosle, mostrándonosle en toda su grandeza.

Este libro nace, por tanto, como decíamos, de un viaje, pero también de la constatación de dicha injusticia histórica. De la acentuada desproporción que existe, y hemos palpado, entre la sublime valoración de que es objeto Tata Vasco en México y el descuido o ignorancia que sufre en su propia patria.

Poner en evidencia tal desequilibrio, contribuir a un conocimiento mayor y más generalizado de este castellano universal, reducir en parte esta profunda laguna bibliográfica y reparar en alguna medida dicho agravio histórico son los propósitos fundamentales de esta obra. Ojalá pueda verlos satisfechos en algún grado.

1. MICHOACAN: ECOS CASTELLANOS EN AMERICA

Por aquellos días finales de abril empezó a embargarme la extraña sensación de no saber de dónde era. Durante tres años había estado respirando los aires cálidos y revueltos de la Nicaragua sandinista y aunque la cordialidad extrema y machacada de sus gentes, su alegría a toda prueba habían ganado para siempre un lugar en mi corazón, lo cierto era que nunca me sentí uno más en aquella sociedad vapuleada por el atraso —bastante generalizado en el área centroamericana— el bloqueo económico y la agresión militar.

Después pasé a Méjico, en cuya capital llevaba ya residiendo varios meses. El salto de la rural Managua al mastodóntico Distrito Federal mejicano resulta abismal y, en mayor o menor medida, desquicia al más pintado; pero además mi vida aquí transcurrió, desde el primer momento, de un modo un tanto peculiar: paradójicamente pasaba la mayor parte de mis días con amigos japoneses. Al principio me sorprendió la laboriosidad perfeccionista de esta gente menuda, su actitud siempre distanciada y vivaz; pero más adelante también pude darme cuenta, a pesar de su reserva sagrada y sonriente, del dual forcejeo que se libraba en muchos de ellos entre las voces hondas de sus tradiciones seculares y el reclamo linsojero de su modernidad de vanguardia. Heme aquí, pues, europeo-español, inmerso en un mundo latinoamericano - azteca, y rodeado casi siempre de orientales - japoneses. No dejaba de ser un revoltijo interesante, pero el prolongado distanciamiento de mi tierra castellana (anteriormente había pasado varios años en Cataluña) y la misma convivencia con civilizaciones y temperamentos tan diferentes hicieron que, muy a menudo, me sintiera interpelado, cuestionado sobre mi identidad y mis raíces, confuso sobre mi papel y mis valores en medio de todo este tinglado.

En tal atolondramiento andaba yo cuando unas amigas antropólogas mejicanas me hablaron entusiasmadas de Morelia, capital del Estado de Mi-

choacán, ponderando su aire colonial, sus artesanías y algunos otros de sus encantos turísticos. Entonces decidí que el destino de mi próxima excursión sería esta ciudad, sin sospechar que aquel viajecito me traería tan sorprendentes y gratos descubrimientos acerca de la presencia de Castilla en estas tierras (en América Latina nos queda mucho aún por descubrir). Y resultó, por muy paradójico que pueda parecer, que allí, en Michoacán vine a recuperar, a reencontrarme con mi vieja Castilla y mis raíces.

Así, pocos días después, acudí a la terminal de autobuses de Poniente —en cada uno de los puntos cardinales del desorbitado Distrito Federal hay una gran “estación camionera”— para abandonar complacido a los veinte millones de polucionados habitantes que hacen de esta urbe la más poblada de nuestro planeta. Iba a recorrer, si Dios no lo impedía, los trescientos quince kilómetros que me separaban de la ciudad natal de José María Morelos, el gran héroe de la Independencia mexicana. En el “frontis” mismo del autobús que nos ha de llevar aparece el letrero “H. de P.”, que a mí me suena a mote ignominioso; pero mis turbias dudas se despejan cuando, en el flanco lateral, leo el nombre completo de la empresa: “Herradura de Plata”. En el interior en torno al conductor, se muestran silenciosas y como en casa propia una postal del Corazón de Jesús, un cuadrito de no sé qué Virgen y una refulgente pegatina de San Judas Tadeo.

Tomamos la autopista que va a Toluca, que un rótulo anunciador denomina enfáticamente “enlace de progreso”. A la salida deslumbrantes casas residenciales, rodeadas de jardincitos, se mezclan sin ningún rubor —a ambos lados de la calzada— con casitas de aspecto modesto y con otras que no pasaban de casuchas o barracas, grises o rojizas, esparcidas por laderas poco pendientes y hondonadas. El tráfico es intenso a la salida y un aire denso, recargado de humos y olores sofocantes, enturbia la luz del sol. Un enjambre de vendedores pulula entre los coches en los alrededores de cada uno de los semáforos.

La carretera transcurre por un terreno irregular, con pequeñas elevaciones pobladas por árboles algo mustios en esta época del año. Eucaliptos, pinos, oyameles, fresnos, ocotes, algún ciprés... van desfilando raudos, esperando ansiosamente las lluvias tropicales de mayo para revivir. De pronto aparece la boca de un túnel que me recuerda el de Guadarrama, pero una vez dentro éste mejicano resulta más breve y deslucido. Los puestecitos de ventas para turistas menudean a lo largo de la ruta y llegan a formar una larga fila junto al Parque Nacional de la Marquesa, por donde pasamos.

Más adelante me sorprenden de vez en cuando algunos charcos, lagunillas o corrientes de agua, campando en medio de un suelo árido, reseco, y de pronto un bosque de postes eléctricos se alza frente a otro de ocotes. Pienso entonces que México es en muchos aspectos un país de acusados contrastes: se mueve entre la industrialización progresiva y un ruralismo persistente y retardatario; entre la modernidad pregonada por orga-

nismos oficiales y ciertos rasgos de un primitivismo demasiado dejado a su suerte; entre el justificado afán de reformas que impulsa a muchos mexicanos —conscientes de su revolución inacabada, desvirtuada— y la corrupción endémica en que engordan tantos acicalados dirigentes... Tras el muro que cerca un pulido campo de "golf" viene a interpelarnos una elocuente consigna aireada en una reciente campaña de alfabetización: "Enseñemos a leer y a escribir". Modernas naves industriales, rodeadas de amplias zonas de estacionamiento repletas de "carros" —muy numerosas en la periferia de Toluca— miran como por sobre el hombro a unas vacas desambiantadas que, unos metros más allá, pastan a la orilla misma de la carretera, cuando no se aventuran a cruzarla impasibles, con su caminar flemático. En el asiento de delante alguien explica entre bromas que si vas "manejando" y una vaca se te atraviesa sin que te dé tiempo a frenar, tienes que buscarle siempre el rabo, porque una vaca nunca se da la vuelta. Poco después diviso unas campesinas morenas, que lavan su ropa multicolor en una pequeña corriente de agua de aspecto poco fiable.

Tengo que viajar un poco encogido: mi compañero de asiento sujeta cuidadosamente, apoyada en sus piernas, una ancha bandeja de madera —cubierta de una tela blanca— que inevitablemente invade parte de mi espacio y del pasillo. Hace esfuerzos por incomodarme lo menos posible y me explica que viaja frecuentemente a Morelia "para llevar mercancía". Esporádicamente intento pasar revista a los otros pasajeros, que forman ciertamente un grupo bastante heterogéneo. Al lado de un joven impecable, algo petulante, de capital, se sienta un señor desaliñado de provincias; hay varios ganaderos jocosos, de aspecto achulado y desafiante con sus sombreros de domingo, sus botas altas y sus bigotes recortados, atributos infalibles de tantos hombres-machos mexicanos; no falta la ancianita de piel renegrida que viaja hermética con su cesta de pollos incordiantes, ni algunas madres con el rebozo típico de aquellas tierras, tan alargado que alcanza para enrollarse en sus hombros y envolver —como tiernas momias— a sus bebés simbióticos. Es realmente un sistema de transporte económico, seguro y sumamente práctico, pues sus manos quedan desembarazadas para acarrear la compra del día o cualquier fardo de útiles para la familia. Y pienso de pronto que América Latina es un continente lleno de madres.

En algunos puntos estratégicos, donde el autobús necesariamente ha de detenerse, se apostan vendedores ambulantes o artistas pordioseros que, con gestos insistentes, ruegan al conductor que les permita subir. Cuando a éste le parece bien, abre la puerta. Así vemos desfilar, sin perder nunca la compostura por el inestable pasillo del vehículo, al buhonero de gran cesto que ofrece fritos, golosinas y refrescos, o al guitarrista tuerto que por unos momentos entretiene al improvisado auditorio con melancólicas canciones de penas de amores, entre las que no faltan algunas de nuestro José Luis Perales, Julio Iglesias y Raphael; o al promotor locuaz de una milagrosa pomada de sábila, auténtico atentado contra la profesión mé-

dica porque ella sola lo cura todo. Pasado un trecho y cumplido el requisito de regalarle alguna de sus mercancías al chofer, al feriante de turno desciende para intentar abordar otro autobús y repetir la operación en sentido contrario.

La ventanilla se va alegrando esporádicamente con campos cultivados, con la pareja de bueyes uncidos al viejo arado romano, con magueyes —fuente del animoso pulque— con los imprescindibles nopales —padres de las peliagudas tunas— y con lagunas donde abrevan parsimoniosamente algunas vacas o pesca algún rapaz sin caña, con mero hilo atado a un palito. Y, por supuesto, con las grandes estatuas de los héroes y padres de la patria, que se elevan majestuosas a orillas de la carretera o en las plazas de las poblaciones que cruzamos: Emiliano Zapata, Benito Juárez, Morelos, Lázaro Cardenas, el cura Hidalgo... Ellas evocan, de forma un tanto alardosa, una independencia que al final no resultó tan independiente, o una revolución muy lejana, truncada a mitad de camino, y un nacionalismo entrañablemente sentido en algunos casos, puramente retórico y espectacular en muchos otros.

Cuando, a la salida de Toluca, topo, tras esta serie de pro-hombres patrios, con una efigie de Cristóbal Colón, éste me pareció aquí tan entrometido como aquellas otras veces que me lo encontré en la ciudad de México. En el Distrito Federal existen dos estatuas del inefable genovés. Una se halla en una de las principales arterias de la ciudad, el Paseo de la Reforma, y fue erigida por Antonio Escandón, en 1875; es éste un Colón joven, hermoso, que tiene a sus pies, en cada uno de los ángulos del pedestal cuadrangular, la estatua sedente de un religioso; las superficies laterales del mismo aparecen ornadas con bajorrelieves y el monumento, en su conjunto, está rodeada de flores y plantas decorativas. La otra efigie, más sencilla y realista, se encuentra relativamente próxima, en la calle Buenavista, entre dos parquecitos, y fue erigida en 1892. Cada año, el 12 de octubre, parte de la colonia española y algunos hispanistas acuden ceremoniosamente a rendir homenaje floral al Gran Almirante, aunque no faltan grupos indigenistas que se enfrentan a estas exaltaciones o marchan hasta la estatua de Cuauhtémoc, el venerado jefe indígena, para realizar, a sus pies, un acto compensatorio, de desagravio. De todas formas no creía que en estas tierras colonizadas despertara tantas simpatías el turbulento descubridor.

Este, sin embargo, queda lógicamente relegado en comparación con los próceres autóctonos. La única que compite con ellos —y los supera con mucho— es otra advenediza, extremeña: la omnipresente Virgen de Guadalupe. Como se sabe, el indio Juan Diego, una noche memorable fue deslumbrado por una misteriosa luz en el cerro Tepeyac, donde desde hacía tiempo tenía su santuario Tonantzin, la diosa azteca de la tierra. Una mujer de celestial belleza le dijo entonces en lengua nahuatl: "Yo soy la madre de Dios". El obispo Zumárraga, tras estudiar el caso, sentenció que aquella era la Virgen de Guadalupe que, apiadada de los indios, había acudido desde

España para ser su madre. Y, efectivamente, a partir de entonces fue conquistando, de un modo u otro, el corazón de las multitudes mexicanas, hasta el punto que hoy pueden verse cada cincuenta metros una estatua exenta, un cuadro, una hornacina, una modesta capilla o un gran santuario —con los centenares de exvotos y velitas respectivas— consagrados a esta Virgen sincrética.

Después de pasar Toluca, el terreno se apacigua un poco, entramos en una zona más llana y cultivada, donde las lagunas se hacen más frecuentes. En una gran ciénaga, poco antes de llegar a Queréndaro, unas barquichuelas pesqueras se abren paso, penosamente, entre fangos de mal agüero y plantas acuáticas. Atravesamos el pueblo por la que parece calle principal, profusamente decorada a ambos lados, pues en ellos se suceden ininterrumpidamente casas-tienda que ofrecen a los viajeros los famosos ates, chongos, chiles, frijoles, cajetas, cestas y lámparas de mimbre o carrito, objetos de arcilla, etc.

Llegados a este punto, mi compañero, tras alguna conversación, se decidió a mostrarme su mercanía. Confieso que por un momento quedé atónito: al levantar aquella tela veladora, descubrí miles de piececitas hechas de "dulce de leche" que representaban, con una fidelidad extrema —resultante de veinte años de dedicación— las más diversas frutas: fresas, duraznos, mameyes, plátanos, peras, tajadas de sandía, guayabas, naranjas... Cada una de ellas era un prodigio de realismo y primor que, según me dijo, él realizaba sin ningún molde, "con las puras manos" y después pintaba minuciosamente. A partir de aquel hallazgo miré con otros ojos a aquel hombrecito, de aspecto sencillo y paciente, que llevaba a mi lado y no lamenté el haber tenido que sufrir algunas pequeñas molestias por culpa de aquel intrigante envoltorio.

1.1. En Valladolid de Nueva España

Tras cuatro horas y media de viaje estamos, por fin, llegando a Morelia. Ya se divisa a lo lejos alguna barriada nueva con los típicos bloques de pisos, todos cortados por idéntico patrón, uniformados con idéntico color blancuzco. Hay que reconocer que la entrada por aquella ruta no resulta especialmente atractiva. En una encrucijada de carreteras, tres indicadores: "Zamora", "Salamanca", "Guadalajara". Uno de pronto no sabe en qué mundo se encuentra, si está aquí o allá; cuando, pasados unos metros, leemos el letrero "Patzcuaro" las cosas quedan más claras. A la entrada misma, las casas bajas, el aire tranquilo de las gentes producen ya la impresión de una ciudad relativamente pacífica. No faltan vehículos, pero aquello no es una gran avenida y el tráfico no es intenso. Un joven jinete, con el característico sombrero ancho, espoleando a su caballo a orillas de la calzada, viene a poner la nota pintoresca.

Una gran expedidora de neumáticos, "Euzkadi Radial", confunde a los

nacidos en aquellas tierras para quienes aquel nombre debe constituir un enigma. Esta será la tónica constante durante el tiempo que permanezco en Morelia: la alternancia continua de voces de aquí y de allá, el diálogo perenne de civilizaciones entablado a cada paso en sus calles. Y pienso que en América Latina hasta el aire que se respira es mestizo, que efectivamente, como han dicho tantos, el mestizaje es uno de los rasgos esenciales de este continente. Así en la estación misma de autobuses, dentro de la amplia gama de objetos artesanales que se ofrecen al viajero (artículos de bisutería, diversos tejidos, grabados de temas religiosos, máscaras de madera, crucifijos de madera o paja, productos de cuero, dulces...) hallamos algunos de indiscutible raigambre indígena, pero salta a la vista que la mayoría han ido surgiendo al calor de la fructífera convivencia de distintas tradiciones culturales. Nada más salir a la calle topo con una pequeña tienda de licores que se llama, enfáticamente, "La Puerta de Alcalá" y unos metros después paso frente a la puerta, decorada con macetas, de un hotel denominado "El Cortijo". Proliferan —¿cómo no?— los puestecillos callejeros, humeantes, que ofrecen tortas (nuestros bocadillos) carnitas, tacos, sopes y enchiladas, pero inmediatamente un restaurante anuncia, con un letrero colocado tras el vidrio de su puerta principal, la universal paella valenciana.

Mi equipaje ligero me permite deambular un poco por las calles, mientras busco sin prisa un hotel que me complazca y resulte asequible a mi modesto bolsillo. Un nutrido grupo de personas, hombres en su mayoría, se asoman, abstraídos del mundo, a un amplio escaparate. La curiosidad me lleva a acercarme. Pronto descubro que es una tienda de electrodomésticos y que están viendo televisión. ¡Hombre, es fútbol! En México hay una gran afición a este deporte, pero hacía años que yo no había visto un solo partido. Lo que menos podía imaginar era que en aquellos parajes iba a tener la oportunidad de ver al Real Madrid jugando con otro equipo europeo. Empieza a caer la tarde y aún no tengo una idea de dónde iré a dormir, pero me sumo entusiasmado a aquella hinchada improvisada de mirones que, por supuesto, son todos forofos del Madrid por aquello de Hugo Sánchez, más popular en este país que el presidente de la nación. Si a un mejicano le dices que eres español hay un ochenta punto cinco por ciento de posibilidades de que dentro de los tres minutos siguientes te pregunte por Hugo. Me quedé, evidentemente, hasta que acabó el partido, en aquel ambiente futbolero me sentía como en casa.

Y me sentiría más aún cuando, prosiguiendo mi camino, empecé a descubrir largos soportales con arcadas de medio punto y numerosos edificios en una piedra dorada que adquiría casi la misma tonalidad que la de Salamanca en esta hora del atardecer. Aún veo iluminada una "Librería Salvat" antes de instalarme, por fin, en el Hotel Colonial. Su nombre no podía ser más adecuado: el robusto portón de la entrada, las grandes losas del pavimento, el patio rectangular delimitado por columnas de granito que sostienen arcos renacentistas, los evocadores faroles de hierro, la escalera de pie-



Convento de las Rosas en Morelia, Mich., primer Conservatorio de América.



Colegio de San Nicolás.

dra en penumbra, las vigas macizas de los techos... Todo ello me hablaba de mi Castilla, me traía resonancias de arcaicos palacios hispánicos.

Una hora después salía del hotel para buscar un restaurante donde cenar algo. Entré en uno modesto, situado bajo unos portales frente a las torres imponentes de la catedral, ahora envueltas en sombras. Una viejecita flaca y parlanchina se acercó al punto a mi mesa, con su cestita, para venderme "mazapanes"; la observo con prevención y frialdad con la intención de sacudírmela pronto de encima, pero en una mirada que se me escapa sobre los dulces ofrecidos leo la marca: "Avila". Debí cambiar mi expresión, porque ella se animó en su perorata y me bajó el precio. No pude menos que comprarlos, probar alguno como postre y guardar la envoltura como recuerdo.

A la mañana siguiente salí a inspeccionar la ciudad. En seguida constaté la impresión del día anterior: Morelia es una urbe relativamente tranquila. Su arquitectura virreinal, el trazado armónico de sus calles, su moderada extensión, su ambiente de tinte tradicional la hacen especialmente acogedora. Es una ciudad para pasear, para perderse por sus calles estrechas, para asomarse indiscretamente a las arquerías coloniales de sus patios y contemplar también los herrajes de forja increíble que los franquean. Eso no impide que al mismo tiempo esté repleta de vitalidad por la cantidad de jóvenes que alberga: la Universidad Michoacana, las numerosas "Escuelas de Preparatoria" concentran en ella a miles de joviales estudiantes morelianos o del entorno. Ellos, junto con su clima perennemente primaveral, dan un aire de alegría contagiosa a una población de aproximadamente un millón de habitantes, que se vio acrecentada considerablemente por el aluvión de capitalinos que se le vino encima tras el terremoto de 1985.

En la Oficina de Turismo me brindan una buena atención: me regalan planos, me orientan y me muestran un libro de reclamaciones y sugerencias por si quisiera presentar alguna. En seguida comienzo a buscar los lugares de interés. Entro en el Palacio Clavijero, cuyo nombre me evoca la sugerente torre de Salamanca; pronto me entero, sin embargo, de que a éste le viene tal denominación del clérigo Francisco Javier Clavijero, célebre historiador del siglo XVIII. Me informan también de que al principio fue colegio de jesuitas y local de la Inquisición. Dentro de él descubro un patio barroco, del siglo XVII, que me trae de nuevo el recuerdo de Salamanca, pues tiene cierto parecido —incluso en el color de la piedra— con el de la salmantina Universidad Pontificia, que también fue colegio de jesuitas. Este de aquí es cuadrado, con una fuente octogonal en el centro y resulta más sobrio, tal vez algo más frío por sus grandes dimensiones.

Al llegar a la espaciosa y copiosamente arbolada Plaza de Armas —embrión y centro de todas las grandes ciudades coloniales— topo con los típicos puestecitos de venta, con una glorieta evocadora y algunas fuentes decorativas, pero también con un ciego flaco y tembloroso que, apostado

en el lugar de mayor tránsito, cantaba con la mano tendida a la caridad el corrido del general Felipe Angeles, que contaba una vieja historia sangrienta:

"En mil novecientos veinte
señores, tengan presente
fusilaron en Chihuahua
un general muy valiente"

Me hago el remolón para escucharla, mientras contemplo con deleite las airosas y bien proporcionadas torres de la catedral, una joya del barroco conservada con mucho lustre. Hoy es digno símbolo de Morelia, pero pienso que por su estilo y belleza podría hallarse en cualquier ciudad española de pasado grande y seguro que muchas se sentirían orgullosas de poseerla. Es de cruz latina, con cúpula sobre el crucero y dos hermosas torres a los pies, flanqueando la puerta principal. Después me enteraría de que comenzó a construirse en 1660 por un madrileño, el franciscano —y, en su día, obispo de Michoacán— Marcos Ramírez de Prado¹ gracias a limosnas que fue recogiendo de los feligreses (indígenas y encomenderos) y a la generosa aportación del rey Felipe V. Las campanas y las torres se estrenaron más tarde, en 1732, y hay quien afirma que unas y otras son superiores a las de la catedral de la ciudad de México. Lo que sí es cierto es que dos de las doce campanas estuvieron temporalmente castigadas por haber tenido la osadía de ocasionar, en sendos accidentes, la muerte de dos personas descuidadas. Cuentan las crónicas que, al paso del tiempo, esta sede llegó a atesorar una buena cantidad de objetos de oro y plata, que desaparecieron depredados en 1858 por el entonces Gobernador del Estado, el general Epitacio Huerta; entre ellos el barandal de plata maciza que rodeaba el presbiterio, posteriormente sustituido por el de mármol que hoy existe.

La primera impresión al entrar en su interior es de suntuosidad: por su magnitud (consta de tres naves y se ha ido ampliando con capillas laterales), por los fuertes pilares pintados, por la profusión de elementos dorados y de ricas lámparas... Está dedicada a la Transfiguración de Jesucristo, aunque el mural que representa al fondo dicha escena del evangelio se halla semioculto por un templete central que alberga a un Cristo crucificado. En torno al altar mayor ya no pueden caber más flores. Me llama la atención, asimismo, el fervor vivo con que rezan múltiples fieles dispersos por los bancos; los hay de todas las edades y casi todos ellos están postrados de rodillas.

El nombre de un hotel situado bajo los soportales que corren por la calle Madero, frente a la Plaza de Armas (o "de los Mártires", como se lla-

¹ Nació en Madrid en abril de 1592. Fue obispo de Chiapas durante cinco años y después trasladado al Obispado de Michoacán, que dirigió durante veintiséis años, a partir de 1640.

mó después) y la catedral, golpeó de pronto mi atención: "Valladolid". Pensé primero que se trataba simplemente de una coincidencia toponímica más. Pero después vino "La Caja Popular Morelia Valladolid" y, a continuación, la calle Valladolid, en el centro mismo de la ciudad, y luego la ristra de establecimientos comerciales que a lo largo de esta calle llevan el mismo nombre y, acto seguido, la Plaza Valladolid, más conocida hoy por Plaza San Francisco, por estar ubicados en ella el templo (con su torre de cuatro cuerpos) y el primitivo convento franciscanos, los más venerables de la ciudad por su antigüedad (fueron construidos entre 1525 y 1536, antes incluso de que se fundara ésta)². Tantos "Valladolides" no podían ser solamente un rosario de casualidades. Cuando, poco después, paso junto al Museo Michoacano, situado en la calle Allende, caigo en la cuenta de mi ignorancia al leer una inscripción grabada en piedra que se halla en la fachada:

"Por Decreto de la Segunda Legislatura del Estado, expido el 12 de septiembre de 1828, se cambia el nombre a la ciudad de Valladolid por el de Morelia, en honor del Generalísimo Don José María Morelos, que nació en esta capital".

Curiosamente unos metros más allá, en el mismo muro, figura una copia del bando —dictado "en esta ciudad de Valladolid a 19 de octubre de 1810" por el cura Miguel Hidalgo— mediante el cual se abolía la esclavitud en la Nueva España.

Entonces empiezo a atar cabos: me encuentro nada menos que en la antigua Valladolid de Nueva España, la que fuera fundada el 18 de mayo de 1541 por un granadino de renombre en tierras americanas, el virrey Antonio de Mendoza; primero se la denominó Ciudad de Michoacán, pero antes de 1579 —sin que se haya podido especificar hasta la fecha el momento preciso— ya había pasado a llamarse Valladolid, por disposición real³. En cada rincón de esta Morelia, por lo que iba viendo, resonaban ecos de Castilla.

Por eso mi curiosidad se fue avivando cada vez más y me interesé algo por su historia. Supe que para asentar la nueva ciudad el citado virrey eligió una loma chata y alargada que los naturales de la región, los indios

² La iglesia actual se terminó en 1610. Por otra parte, la imponente plaza Valladolid, que se extiende frente a la fachada del templo, constituía antiguamente el gran atrio del mismo. La utilización de grandes espacios abiertos para ceremonias religiosas fue práctica habitual entre los franciscanos, primeros evangelizadores de estas tierras, quienes comprendieron que aquellos resultaban más atractivos a los indígenas por estar éstos acostumbrados a celebrar los ritos a sus dioses al aire libre, en contacto directo con el cielo y la naturaleza.

³ Existe una carta del virrey, fechada en 1579, en la que dice que ya se está trasladando la capitalidad de Patzcuaro a Guayangareo, que "ahora se llama Valladolid" (más adelante volveremos sobre este asunto). Por otra parte, la ciudad castellana de este nombre, como se sabe, había sido sede del Consejo Real de Carlos I, en ella había nacido el propio Felipe II y llegó ser, aunque brevemente, capital del Imperio. Ello determinó seguramente que a la reciente urbe michoacana se le aplicara esta denominación.



Catedral de Morelia.

tarascos —o purépechas— denominaban Guayangareo; que la capital de éstos había sido primero Tzintzuntzan ("lugar de colibríes") y, a continuación Patzcuaro ("asiento de cúes o templos indígenas"). Fue a partir de 1580 cuando quedó definitivamente constituida esta Valladolid como capital civil, religiosa y cultural de Michoacán. Para los historiadores mejicanos —y seguramente para algunos españoles— todo esto debía ser parva trillada; para mí, sin embargo, estaba siendo un descubrimiento tan sorprendente como inesperado.

Así, pues, a ésta se la había llamado Valladolid de Nueva España —o de Michoacán— para distinguirla de otras ciudades —nacidas en la colonia— que llevaban el mismo nombre (la de Yucatán, la de Ecuador, la de Honduras...) y durante casi tres siglos había sido designada de esta forma. Morelia me estaba resultando una maravillosa caja de sorpresas históricas. Y aquellas no serían las últimas.

Después de un breve descanso tras el almuerzo, quise seguir estudiando aquellas evocadoras calles y vine a parar al "Jardín de las Rosas". No llegué allí por azar, iba buscando el Conservatorio de Música, un edificio barroco que me habían recomendado visitar. Dentro de éste, en el claustro, volvió a producirse el prodigio. Hay momentos especialmente luminosos en que uno tiene la impresión de haber salido de este mundo y penetrado en un escenario maravilloso, irrepetible, en que todo lo que te rodea es hermoso y armónico. Han sido contados en mi vida. El último había sido en Managua, aquel anochecer sofocante en que, bajo un cobertizo destaralado, frente a una gran explanada terrosa, esperaba a Rosa Sandino; de pronto todo quedó transfigurado: una luna imperial invadió el mundo y levantó una brisa refrescante, transpasada de olores y rumores misteriosos; entonces sentí que aquel ya no era yo, era el espíritu del Español -Conquistado - por - América que había atravesado cinco siglos encarnándose en miles de individuos catadores de estas tierras. Tras no sé cuánto tiempo, una sonrisa femenina ante mí, cálida y mestiza, vino a sacarme del hechizo, a devolverme al mundo.

El patio del Conservatorio, reducido y acogedor, estaba adornado con multitud de flores de distintas especies y colores: camelinas, azaleas, hueledenoche, flores de pascua, bugambilias... No pude rechazar la invitación de un banco hospitalario, asentado en uno de los laterales. El sol vespertino, asomado por encima del tejado, proyectaba los arcos de medio punto sobre el muro encalado, mientras las melancólicas notas de un piano invisible se mezclaban armoniosamente con el gorgoriteo de los pájaros —camuflados en dos cipreses— y el rumor callado de un pequeño estanque que coreaba en el centro. Unas golondrinas que aparecieron de repente, jugueteando alborozadas, me transportaron a una reveladora tarde de primavera de mi adolescencia. Aquel rincón apacible era nada menos que el primer Conservatorio de Música de América⁴, se había fundado allá en el si-

⁴ Parece que existió otro, contemporáneo de éste, en Perú.

glo XVII con el nombre de "Colegio Santa Rosa de Santa María de Valladolid de Michoacán" (como para decirlo sin respirar). Son varios los cronistas michoacanos del citado siglo que han subrayado la especial actitud de los tarascos para la música, el canto y la fabricación de objetos musicales, ya en aquella época⁵.

Algo apesadumbrado hube de dejar aquel melodioso espacio de quietud y regresé al parquecito de las Rosas, que se extiende a lo largo de su fachada. Allí, en el pasillo interior del jardín, topé con la estatua sedente de un Cervantes manco, aquietado, guarnecido con una amplia capa y con una pluma en su mano derecha. En aquel entorno y con aquel aire meditabundo me pareció más "arcádico" que nunca. En el pedestal que lo eleva leí esta gratificante inscripción:

"Al crear la locura de Don Quijote de la Mancha labró el monumento eterno del genio hispano. Morelia, castellana y nobilísima, rinde homenaje a la grandeza del inmortal soldado de Lepanto en el Cuarto Centenario de su natalicio".

¿Eso de "castellana", como tan ufanamente se autocalificaba Morelia, venía a cuento solamente del idioma común o tenía algo que ver con los aires castellanos que yo, a cada paso, estaba descubriendo en ella?

1.2. Reencuentro con Don Vasco

Frente a Cervantes, en el extremo opuesto del parquecito, se distinguía otra imagen de parecidas proporciones. Entre ambas se interponía una fuente redonda y canturrona. Al acercarme reconocí la indumentaria y el aspecto bondadoso de un clérigo. Llego curioso hasta sus pies y leo:

"Don Vasco de Quiroga. Villa de Madrigal por 1470. Uruapan 14 de marzo de 1565".

¡Claro! Aquel era mi paisano, el desconocido, el olvidado de su tierra como si fuera un hijo aborrecido. Entonces caí en la cuenta de que me hablaba precisamente en la región que él había habitado, fecundado hacía más de cuatro siglos. Y el corazón me dio un salto al leer la palabra Madrigal. Sí, aquel era Madrigal de las Altas Torres, el pueblo de la Moraña abulense —cercano a Arévalo y Medina del Campo— cuyo nombre siempre me había parecido que brillaba en los mapas de un modo especial, como una gota de poesía infiltrada en ellos. Así fue como un buen día, perdido por el mundo y añorante de mis raíces, a miles de kilómetros, vine en cierta forma a toparme con ellas. Aquella villa hoy tan empequeñecida, tan insignificante, había visto nacer a la Reina madre de España, a uno de los

⁵ Así, por ejemplo, fray Alonso de la Rea, en su "*Chronica de la Orden de San Francisco, provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán*" y el salmantino fray Diego Besalén, que en su *Historia de la provincia agustiniana de San Nicolás de Tolentino de Michoacán*.

hombres más sabios del siglo XV español, Alonso de Madrigal "El Tostado"; a este Vasco de Quiroga que ahora se había plantado en mi camino, a un sobrino suyo, Gaspar de Quiroga, que en el siglo XVI fue Arzobispo de Toledo, Cardenal Primado de España e Inquisidor General... También vio morir a Fray Luis de León —que pasó sus últimos años, entre achaques y clases de filosofía, en el convento que los agustinos allí tenían extramuros— y al tristemente célebre "Pastelero de Madrigal", ejecutado por orden de Felipe II.

Me detuve un buen rato, saboreando el descubrimiento de aquella figura delgada, austera, aquel rostro de hombre firme y paternal. Está sentado sobre un sillón labrado y apoya las manos sobre sus piernas, dejando que la amplia capa cuelgue hacia los lados. Giré en torno al "podium" para no perderme detalle y vi que en el costado opuesto los michoacanos, con memoria más agradecida que mis paisanos, habían colocado esta inscripción:

"Viandante: Este es Tata Vasco, Oidor de la Segunda Audiencia de México, Ilustre Obispo de Michoacán, Humanista excelso y Padre de los indios tarascos. ¡Descúbretel!. 18 de mayo de 1947"⁶

En la emoción de aquel momento una idea iluminó de pronto mi mente con el ímpetu de un fogonazo: me quedaría unos días más en tierras michoacanas, recorrería los lugares más estrechamente relacionados con D. Vasco, me documentaría acerca de su vida y de su obra... Sentí el deseo imperioso de difundirlas, era hora ya de que algún coterráneo de este gran hombre le dedicara un gesto de reconocimiento, hiciera algo, por propia iniciativa, para honrar su memoria, para reparar el agravio histórico que el olvido o la ignorancia de sus paisanos le habían inferido.

Mis andanzas por Morelia tomaron, a partir de aquel momento, un nuevo rumbo, apuntando ya a un objetivo muy concreto. Y lo primero que se me ocurrió fue regresar a la Oficina de Turismo por si podía obtener allí nuevos datos sobre edificios o lugares públicos dedicados o relacionados con D. Vasco, ya fuera en la ciudad o en los alrededores. Me informaron al punto sobre la calle Vasco de Quiroga —una de las principales—, de toda una colonia, algo alejada, dedicada a él, de una avenida y de varios centros de enseñanza que llevaban el mismo nombre, del Colegio "San Nicolás de Hidalgo", del Museo Michoacano... Y me instaron a visitar Patzcuaro, Santa Fe de la Laguna, Quiroga, Uruapan, Tzintzuntzan... poblaciones en las que, me aseguraron, hallaría numerosas referencias a Tata Vasco, pues en aquellas tierras era personaje muy querido y recordado.

No me fue difícil, por otra parte, recopilar una amplia bibliografía sobre su figura y obra. Los libros aquí publicados en torno a ellas se cuentan

⁶ El término "Tata" en purépecha significa al mismo tiempo "padre y señor".

por decenas y si sumamos los artículos, entonces hay que empezar a hablar ya de centenares. En seguida me puse a consultar algunas obras básicas y pronto me di cuenta de que en el campo del conocimiento sobre la vida de D. Vasco no eran pocas las lagunas existentes.

Así, sobre el dilatado período en que permaneció en España se conocen muy pocos datos. Se sabe con seguridad que nació en la villa de Madrigal de las Altas Torres (Ávila), pues él mismo lo deja dicho en su testamento; pero, de otro lado, no está determinada aún la fecha en que lo hizo. Juan José Moreno, rector del Colegio de San Nicolás en el siglo XVIII y el más antiguo biógrafo de D. Vasco, señala el año 1470⁷, siguiendo con mucha probabilidad una tradición generalmente aceptada —pero no probada documentalmente— que afirma que murió a los noventa y cinco años de edad (eso decía ya el epitafio que antiguamente rezaba sobre su tumba). Como sabemos con certeza —eso sí— que murió en 1565, una sencilla resta dejaría despejadas todas las incógnitas. Pero las cosas no son tan simples, pues existen razones de peso que inducen a pensar que nació posteriormente. Por eso los más altos especialistas quiroguianos han retrasado en varios años esa fecha fijada por Moreno. Así el norteamericano J. Benedict Warren, tras algunos razonamientos, apunta que el nacimiento de Quiroga debió tener lugar “al menos en 1477 o posiblemente en 1478”⁸; mientras que el mexicano Francisco Miranda, también con sus argumentos, lo pospone al año “1488, aproximadamente”⁹. Pero, en resumidas cuentas, ni uno ni otro, a nuestro juicio, respaldan sus hipótesis con pruebas decisivas. Y si bien, por un lado, nos inclinamos a descartar definitivamente el año 1470 —que ha sido la fecha más pregonada— no nos atrevemos, por otro, a apostar aquí por ninguna de las otras dos propuestas señaladas. Ambos autores, sobre todo Miranda, ofrecen además abundantes datos sobre algunos familiares de Quiroga, con la correspondiente tabla genealógica.

Realizó D. Vasco, con toda seguridad, los estudios de Bachiller y licenciatura en Derecho Canónico, pero se ignora igualmente el lugar o lugares en que los hizo. Unos estudiosos apuntan la Universidad de Valladolid y otros la de Salamanca. Pudo ser esta última, pues estando los dos centros prácticamente equidistantes de Madrigal, la salmantina gozaba de mayor prestigio, en ella ejercía como rector —hacia 1505— D. Juan Tavera, muy amigo de la familia Quiroga, y parece que las ideas jurídicas de D. Vasco estaban más en consonancia con las de la escuela salmantina. De todas formas, esta cuestión también se mantiene aún en el aire.

Sí sabemos que ejerció como juez en Valladolid, Murcia... y que en tor-

⁷ En *Vida de don Vasco de Quiroga*, Balsal Editores, Morelia 1989, pág. 7.

⁸ En *Vasco de Quiroga y sus hospitales pueblo de Santa Fe*, Universidad Michoacana, Morelia 1977, pág. 10.

⁹ En *Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás*, Universidad Michoacana, Morelia 1990, pág. 8.

no a 1525 permaneció durante aproximadamente año y medio como Juez africana, por tanto, debió serle sin duda muy aleccionadora y útil para las tareas posteriores en la Nueva España. Poco más se conoce, hasta la fecha, del "período pre-americano" de D. Vasco.

La calle Vasco de Quiroga, relativamente céntrica, corre paralela a la del virrey Antonio de Mendoza y a la Avenida Morelos. Apenas si circulaban por allí vehículos, pero la encontré repleta de un público curioso y bullicioso. Y es que a sus numerosos locales comerciales se suman, cada día de la semana, múltiples puestecitos de un mercadillo colorido y variopinto. Comprendí que por allí sólo se podía caminar a tropezones, pero me sumergí con determinación en aquella riada de gente, para observarla y por ver si hallaba alguna cosilla interesante que comprar. Tras casi una hora de zascandilear de un tenderete a otro, descubrí, hacia la mitad de la calle, la "Posada de Don Vasco" y, justo a su lado, la "Hostería del Laurel", de resonancias donjuanescas. Podría ser buen sitio, pensé, para refugiarme por unos minutos del gentío y tomar un respiro. No me equivoqué: en aquel lugar los muebles, la decoración, la comida tenían cierto aire arcaico e hispano¹⁰. Cuando salí, empezaba a caer la tarde y algunos puestecitos comenzaban a recoger. Sabía ya que no iba a comprar nada, pero quería seguir husmeando en aquella calle estrecha, sugestiva, plena de vitalidad. En ella aún hallé varias tiendas con el nombre de D. Vasco y, bajando aún más, vi que se ensanchaba en una plaza conocida popularmente como "plazuela de las Capuchinas", aunque en realidad se denomina —tal como indican los letreros— "Vasco de Quiroga". Hasta ella se desparramaban los tenderetes del mercadillo, aquí camuflados entre los árboles, que ya empezaban a ensombrecerse. Y allá, a un lado, el convento de las capuchinas, con la airosa torre de su iglesia presidiéndolo todo.

Quería asistir a un recital de música purépecha que había visto anunciado y pensé que debía ir aproximándome. Me llamó de nuevo la atención la doble nomenclatura que se observa en no pocas calles morelianas; no es raro ver en ellas, junto al nombre moderno, el antiguo, impreso en unos caracteres de antaño que subrayan la índole colonial de esta atractiva ciudad. Así encuentras nombres tan sugerentes como "Calle del Duende", "del Muerto", "del Tambor", "de la Gachupina", "de las Cocheras", "del Sombrero", "de los Locutorios", "de los Jazmines"... cargados todos de resonancias del pasado, alusivos, sin duda, a leyendas o sucesos acaecidos en ellas.

El recital iba a tener lugar, según la propaganda, en el Museo del Estado y la entrada era franca. Cuando llegué al patio interior, renacentista, en que iba a celebrarse, todas las sillas estaban ya ocupadas. Así, de pie, desde un lugar estratégico me dediqué a observar al público heterogéneo que lo atestaba. En el auditorio, predominantemente adulto, personas cul-

¹⁰ Después me enteraría de que aquel local pertenecía a un sevillano, afincado en Morelia desde hacía diez años.

tas, refinadas, se mezclaban con otras más sencillas, marcadas con el sello de Residencia en la plaza española de Orán (Africa), dato que nos parece importante subrayar pues, siendo ésta una colonia recientemente conquistada, debió encontrar en ella buena parte de los ingredientes ambientales que hallaría después en la Nueva España: gentes con una civilización no hispana, choque de culturas y religiones, experimentaciones y problemas derivados de la colonización... Además fue enviado a investigar las posibles injusticias de un oficial enviado por la Corona, contra el que se habían alzado varias quejas, misión que hubo de cumplir posteriormente una y otra vez tanto en la ciudad de México como en Michoacán. Aquella experiencia inconfundible de lo popular; pero en aquellos momentos todas se veían aünadas, dominadas por la magia igualitaria de aquel canto. Era una música dulce, como una caricia o una lamentación, cargada de melancolía y añoranzas. A eso me sonaban al menos a mí las melodías, pues de las letras —casi todas en purépecha— me quedé en ayunas. Las interpretaba el trío de los "Hermanos Dimas", ataviados los hombres con pantalones blancos bordados en la parte inferior, con una especie de poncho —que aquí llaman manta— y un sombrero de paja, y con el típico rebozo y falda larga y amplia la mujer. Muchas canciones tenían un carácter reiterativo (consistían en estrofas sobre las que se volvía una y otra vez, con la única variación de las distintas voces en que se bifurcaba una misma melodía) y casi todas ellas encerraban un no sé qué de ecos primitivos. Después me enteraría de que existe una gran cantidad de cantos ("pirekuas") y danzas purépechas, transmitidos de padres a hijos, que ahora empezaban a ser recogidos, grabados para salvarlos del olvido. Entre ellos, por cierto, el himno "Gloria a Tata Vasco" y algunas otras "pirekuas" que hacen referencia a este gran benefactor de su raza. Incluso hay una misa cantada, en este idioma, inspirada en las cadencias de este tipo de música.

1.3. Tras las huellas de Quiroga

Mi primer objetivo a la mañana siguiente fue el Colegio de San Nicolás, situado en la calle Francisco Madero (antes denominada precisamente San Nicolás) arteria principal de la ciudad. Es un edificio neoclásico, de dos plantas, con sendas hileras de ventanas cuadrangulares y pilastras adosadas en la fachada. En ésta, justo al lado de la puerta principal, hallé ya una efigie en bajorrelieve de D. Vasco y la siguiente inscripción:

"Colegio primitivo y nacional de San Nicolás de Hidalgo. La Universidad Michoacana rinde homenaje al ilustre varón Lic. Don Vasco de Quiroga en el IV Centenario de la Fundación de esta casa de estudios 1540-1940".

En el pasillo de entrada leo aún:

"Homenaje de la comunidad universitaria nicolaíta a Don

Vasco de Quiroga y a su ilustre Colegio de San Nicolás al cumplirse el 450 Aniversario de su fundación"

Por él no dejan de desfilar jovencitos equipados con libros y carpetas, pues tras haber sido durante años sede de la Universidad Michoacana¹¹, al construirse los modernos edificios de ésta el histórico colegio pasó a utilizarse como Centro de Enseñanza Preparatoria. En seguida desemboqué en un hermoso patio adornado, en sus dos plantas, con arcos de medio punto levemente rebajados. En el centro del mismo se alza una estatua del "Padre de la Independencia Mexicana", D. Miguel Hidalgo y Costilla, antiguo alumno, profesor, tesorero y rector nicolaíta. Y en uno de los corredores del piso superior encuentro un amplio mural sobre los trabajos populares típicos de la región: agricultura, pesca y artesanía.

Un profesor del colegio, que conocí en aquellos momentos, me guió amablemente en el recorrido por algunas aulas, la secretaría, la biblioteca... mientras conversamos sobre D. Vasco. Me muestra, a continuación, el "Aula Mater", reservada para los actos de especial solemnidad. Allí, en la tarima que se levanta al frente, a la izquierda del público, se yergue sobre un pedestal un busto en bronce de Quiroga, representado con rostro afable y en avanzada edad, con traje de obispo y una gran cruz sobre el pecho. En la superficie del pedestal, en madera, se halla el escudo de los Quiroga, labrado en relieve, encima de la siguiente inscripción:

"VASCO DE QUIROGA

Homenaje del primitivo y nacional colegio de San Nicolás de Hidalgo a su fundador. 1540-1940"

A la derecha del escenario, la efigie de otro gran nicolaíta: Melchor Ocampo¹². Me llama la atención, además, que todas las sillas de esta especie de salón de actos lleven impreso en el respaldo el escudo de la Universidad Michoacana, que no es otro que el de la familia Quiroga, algo modificado.

Mientras saco algunas fotografías de este aula, mi reciente amigo llama a un bedel para que me traigan el "retrato de D. Vasco". Unos minutos más tarde aparece, portado por dos personas, un cuadro monumental que tienen guardado y sólo exhiben, me explica, en los homenajes al fundador del colegio. Es una reproducción reciente, de escasa calidad, que por sus dimensiones parece destinada a celebraciones en espacios abiertos y ante un público numeroso.

Mi guía improvisado me explica que el colegio originario fue fundado

¹¹ En 1917, al crearse la Universidad Michoacana por iniciativa de Pascual Ortiz Rubio, el Colegio se convierte en eje de la nueva institución, en el elemento aglutinador de la educación superior en Michoacán.

¹² Tras ser elegido Gobernador del Estado en 1847, reabrió el Colegio de San Nicolás que se mantenía cerrado desde las guerras por la Independencia.

por Tata Vasco, en 1540, con el nombre de "San Nicolás Obispo" en Patzcuaro, donde aún podría visitar el antiguo edificio que fue su sede, hoy convertido en museo. Recordé entonces que la parroquia principal de Madrigal, en la que fue bautizado D. Vasco —en su ámbito se encuentran aún las ruinas del Palacio de los Quiroga— está consagrada igualmente a San Nicolás, que es además patrón del pueblo. Tales coincidencias no eran en absoluto pura casualidad. En 1580, juntamente con la sede episcopal, este colegio se trasladó a Valladolid (Morelia), fusionándose al aquí ya existente de San Miguel —fundado años atrás por los franciscanos— y después de varios siglos modificó su nombre, adoptando el de "San Nicolás de Hidalgo". De esta forma se seguía reconociendo, por un lado, la voluntad del venerado fundador y se homenajeaba, por otro, al gran "padre de la patria", que aquí se había formado. El clérigo que acompañó al conquistador español —aunque justamente para proteger a los naturales de los abusos de éste— se daba la mano en este recinto, sin ningún género de contradicción ni rubor, con el otro clérigo que lideró la lucha de estas tierras para liberarse de aquel coloniaje y constituirse en nación independiente. Por eso no es exagerado decir que las aportaciones del Colegio San Nicolás, en los momentos cruciales de la historia de México, han sido decisivas; su importancia como centro de formación de intelectuales liberales es incuestionable¹³ el peso de su influencia en la evolución de la sociedad michoacana, sumamente transcendental. Hoy ser nicolaíta —alumno o ex-alumno de esta institución— es una aureola que en Michoacán se exhibe con no poco orgullo, mientras que el término "nicolaíta"— derivado del santo patrón de Madrigal— resuena a cada paso en estas tierras: Radio Nicolaíta, Centro de Estudios sobre Cultura Nicolaíta, Casa del Estudiante Nicolaíta...

Acto seguido acudí al Museo Michoacano para rastrear nuevas huellas de D. Vasco. Se halla instalado en una gran casa de dos plantas, de comienzos del siglo XVIII; de su arquitectura llama mi atención su escalera monumental. No dejé de encontrar allí menciones a mi personaje en algunos textos explicativos, pero lo que más me interesó fue un notable retrato del querido Tata. En un óleo anónimo del siglo XVIII, éste aparece de pie, con su atuendo típico de obispo; el rostro delgado, adusto, nos da la impresión de pertenecer a un hombre recto; la mirada es viva y atenta, y las manos, finas y alargadas. En la derecha porta el breviario típico de los religiosos, como si acabara de interrumpir sus rezos, mientras que con los de-

¹³ Por las aulas de San Nicolás han pasado además muchos intelectuales, latinoamericanos y españoles, exiliados; entre los primeros Aníbal Ponce, Pablo Neruda, Andrés Bello, Rómulo Gagos, Nicolás Guillén... Aquí se han recibido, igualmente, las enseñanzas de María Zambrano, Juan Xirau, José Gaos, José Medina Echeverría, Luis Recasens, Enrique Díez Canedo... y del antifascista austriaco Luwig Renn.

dos de la izquierda señala unas líneas de un libro de Derecho Canónico —que alude a su condición de oidor y jurista—. Al lado, sobre una mesa forrada de terciopelo rojo, se observa el citado libro de Derecho, una calavera, varias plumas de escribir y la mitra episcopal. Encima de todo ello, el escudo de familia de los Quiroga y debajo una inscripción en latín que hace referencia a que nació en la villa de Madrigal y murió en la ciudad de Patzcuaro (que no es lo comúnmente aceptado) a los noventa y cinco años.

Por la tarde, prosiguiendo mis pesquisas, volví al Museo del Estado. Allí pude recrearme contemplando un retrato de D. Vasco de reducidas proporciones (sólo aparece su rostro, de mirada viva y benévola); es, según me informan, una reproducción del que tienen las monjas dominicas en Patzcuaro. En la parte inferior se lee:

*"Effigies venerandi viri Illustrissimi D. D. Vasci de Quiroga
Primi Michoacanensis Ecclessie Episcopi"*.

Es este un museo realmente polifacético: ofrece numerosos datos geográficos e históricos de la región, así como interesantes muestras de sus costumbres —pasadas y presentes— y de sus múltiples artesanías.

A continuación busqué la Casa de la Cultura, situada en el lugar en que estaba antiguamente el convento del Carmen. Unas estatuas ecuestres de D. Quijote y Sancho —elaboradas con una especie de varillas de hierro y de proporciones más que regulares— se levantan vigilantes en la entrada, como queriendo dar la bienvenida a los visitantes buscadores de saber. Me sorprendió el nutrido programa de actividades que estaba allí anunciado; en el "calendario cultural" de aquel mes prácticamente no quedaba ningún día vacante. Los locales que albergan esta institución, por otra parte, son tantos y de tal envergadura que más que una casa —como señala el nombre— parecen tres palacios juntos.

Ya el patio con que topas al entrar te deslumbra por su tamaño, una fuente reducida se pierde en medio de su descomunal explanada. Y en torno a él, numerosas dependencias en las que puedes encontrar una exposición pictórica, un grupo de ballet ensayando, una conferencia sobre cualquier tema cultural, la librería, la cafetería, diversas oficinas... Penetras en su interior y aquello parece un inmenso laberinto con sus amplias escaleras, largos pasillos, patiecillos interiores... Tuve que preguntar tres o cuatro veces para llegar al despacho del director del Instituto Michoacano de Cultura —que allí tiene su sede— el Dr. Ireneo Rojas, al que había solicitado una entrevista.

La acogida, calurosa, me ayudó a desbloquear la inhibición que yo sentía en aquel primer contacto. Hay en el Dr. Rojas una especie de campechanía distinguida que resulta muy reconfortante en tales circunstancias.

En seguida entramos en materia: no le interesan las visiones exaltadoras de un Vasco de Quiroga paternalista, sino la talla humana —que sí considera admirable— de un personaje que tuvo una inteligencia notable para entender su tiempo y su medio en unas circunstancias históricas inéditas. Respecto al descubrimiento, conquista y colonización españolas de América —tema casi inevitable en esta conversación y en estas fechas— confiesa, con tacto, que le interesa más comprender profundamente el hecho histórico y sacar las lecciones pertinentes, que enzarzarse en controversias airadas.

Hemos de explicar previamente que Ireneo Rojas es de raza purépecha, grupo étnico cruelmente machacado por algunos conquistadores y especialmente favorecido por D. Vasco; habiendo salido, por tanto, de una comunidad indígena —hasta cierto punto marginada— y manteniendo aún un cierto contacto con ella, por un lado, ha llegado, por otro, a realizar sus estudios de doctorado en Alemania y a ocupar el cargo de máxima responsabilidad no sólo en este organismo superior de la cultura michoacana, sino también en el Instituto de Investigaciones Purépechas. Por eso consideráremos que sus opiniones habrían de ser especialmente significativas.

“Los conquistadores españoles —dice— se juegan el todo por el todo. Son gentes, en su mayoría, de un estrato social bajo o hidalgos de clase media —semiarruinados en algunos casos— que nada tienen que perder con su venida a América. Llegan aquí a la aventura y no les importa arrasarlo con todo lo que hallan a su paso. D. Vasco representa precisamente al intelectual humanista frente a la fuerza bruta de tales guerreros, se esfuerza por comprender la estructura social de los indígenas; sabe, por su avanzada edad y su experiencia en Orán, que hay posiciones irreconciliables y opta por realizar una labor conciliadora, humanitaria, tratando de rescatar, de conservar unos valores —los autóctonos— que le parecen aprovechables y que, por lo que iba viendo, iban a acabar totalmente destruidos. El no adopta una actitud dogmática, sino respetuosa, no fuerza a los indígenas a bautizarse, como hicieron otros. Claro que D. Vasco colabora al sometimiento y la colonización, pero representa la cara más positiva de éstos. El grupo purépecha, ante el temor a la aniquilación absoluta, prefiere aceptar la solución intermedia de D. Vasco. Por eso las comunidades siguen hoy respetándolo, venerándolo. Por eso y porque es un hombre que hizo obra, dejó una gran obra y a un hombre de estos se le cree...”

La conversación transcurría animada. Ireneo se mueve desembarazadamente en el límite entre la cordialidad y la cautela, la amabilidad y la as-

tucia. Habla, hace confesiones, pero al mismo tiempo, observa, sopesa al que tiene enfrente. Y cuando toco el otro tema, el de la cultura purépecha, aunque en todo momento conserva la serenidad, el control, no puede evitar que yo perciba, en algunos momentos, una cierta dosis de entusiasmo, de emoción velada.

"Hay más de cincuenta comunidades de esta etnia y el número de hablantes de este idioma ronda en torno a los doscientos mil. No hay que olvidar, además, que es una cultura diferente, autónoma de la mexicana o azteca. Por otra parte es una lengua única, singular en el país, que no pertenece a ninguna familia de las otras cincuenta y cinco lenguas que existen en México. Se dice que guarda algunas semejanzas con el quechua, del Perú, y con el japonés. Pero ningún lingüista, hasta el momento, ha precisado estas concomitancias. Sepa Ud. que es una lengua declinable, aglutinante, es decir, es agregando o suprimiendo sufijos como va cambiando el significado de las palabras. Nunca pensé que el sistema de casos de mi lengua fuera a serme tan útil para comprender la estructura del alemán".

Se levanta y busca por unos instantes en una estantería que tenía a sus espaldas. En seguida retorna a su asiento y a la plática con un breve diccionario purépecha-español que me regala.

"En los años cuarenta y cincuenta estaba prohibido en la escuela hablar este idioma indígena, había entonces un gran desprecio hacia él y hacia nuestras formas culturales. Incluso cuando alguno de nosotros lográbamos ascender en la escala social, por nuestros estudios o dedicación profesional, prohibíamos a nuestros padres que nos visitaran en la ciudad para que no se descubrieran nuestros orígenes, nos avergonzábamos de ellos o pensábamos que si llegaban a conocerse ello nos iba a perjudicar. En la actualidad, sin embargo, el panorama ha cambiado: la cultura purépecha hoy se acepta (nuestra música, danza, artesanías...) y se está progresivamente afianzando. Estamos viviendo un acelerado proceso de recuperación de nuestra identidad, pues no sólo ocurre con la lengua, los purépechas somos también un pueblo singular, diferente. En nuestras comunidades se prohíbe y persigue rigurosamente la borrachera, el robo (por eso nuestras casas no se cierran) la flojera... Somos gente muy religiosa, delicada en el trato, inconformista y con ansia de superación, pero queremos que el logro de esas metas más elevadas sea por medio de nuestro trabajo, ganándonoslas, no nos gusta andar de "sombrereros"..."

En la hora que duró nuestra charla tuvimos tiempo también de hablar de temas más intrascendentes, así como de personas, lugares y libros que él me recomendó conocer. Yo salí de allí impresionado y agradecido por haber descubierto temas y enfoques nuevos en los que —creía— iba a merecer la pena profundizar. Nos despedimos efusivamente, con la esperanza, manifestada por ambos, de mantener otra entrevista antes de mi partida de México.

Mientras el profesor y escritor Tomás Rico Cano —con quien también me habían aconsejado hablar como buen conocedor de D. Vasco— terminaba su aula de taller literario, que impartía en una de las dependencias de aquella institución, tuve ocasión de contemplar la más amplia y variada muestra de máscaras que jamás hubiera visto, en un museo que encontré a mi paso, en la misma Casa de la Cultura. Las había grandes y pequeñas, monocolors y multicolores, zoomorfas y antropomorfas... Como se sabe, la máscara prehispánica surgió en estas tierras íntimamente relacionada al culto de los muertos y con un carácter fundamentalmente mágico: ella convierte automáticamente al que la usa en un nuevo ser que puede ejecutar todo lo que desea. Han pervivido, cargadas de valores ancestrales, a través de incontables generaciones, convirtiéndose en elemento esencial de los ritos religiosos, las danzas y las fiestas populares de muchas comunidades indígenas.

Las informaciones de Tomás Rico fueron de lo más jugosas. Supe gracias a él que, por iniciativa del Gobierno del Estado de Michoacán, 1970 había sido proclamado oficialmente "Año de Don Vasco de Quiroga" y a lo largo de todo él se habían celebrado numerosos actos y festejos en homenaje al gran benefactor de la raza purépecha. Para la organización de los mismos fue creada, según me contó, una Comisión Estatal constituida por representantes del propio Gobierno del Estado, otros de diversos municipios y entidades colectivas, más algunos particulares. Uno de los más destacados eventos de tal año había sido, por cierto, la convocatoria —lanzada a poetas y prosistas de todos los países de habla hispana— de unos Juegos Florales en honor a D. Vasco. Los poetas podían elegir libremente cualquier tema relacionado con él, mientras que a los prosistas se les proponían los siguientes:

—"Vasco de Quiroga, jurista y defensor del derecho del indio frente a la encomienda".

—"Don Vasco de Quiroga, benefactor de la raza purépecha y precursor de la salud".

El profesor Rico Cano me confesó también, no sin modestia, que la ponencia presentada por él versaba sobre el segundo tema y tuvo la fortuna

de obtener el Primer Lugar; que tanto ésta como las demás ganadoras habían sido publicadas en un librito que él podía regalarme.

Me reveló asimismo que la citada Comisión, consciente de la ignorancia que existía en Madrigal respecto a la importancia de D. Vasco entre los michoacanos, había autorizado donar a esta villa un busto con la efigie del gran humanista. ¡Claro! El busto que mis paisanos habían visto colocar en nuestra plaza de Santa María estupefactos).

Cambiando de tema me habló también de los denominados "Niños de Morelia", que salieron del puerto de Barcelona huyendo de la Guerra Civil, fueron acogidos por el presidente Lázaro Cárdenas y vinieron a parar a esta ciudad (de ellos sobreviven aún algunos); otros exiliados españoles llegaron detrás, como el gran pedagogo José Peinado Altable, y se quedaron, ya para siempre, en la acogedora capital michoacana. En vista de mi creciente interés por D. Vasco, Tomás Rico me recomendó alguna bibliografía, y que hablara con la señora Cristina Macouzet, viuda del gran compositor moreliano Miguel Bernal Jiménez, autor de la ópera "Tata Vasco", quien años atrás había visitado Madrigal.

Aquella misma noche me atreví a telefonar a aquella señora, que al enterarse de mi lugar de origen y de mis intenciones, aceptó al punto que nos reuniéramos al día siguiente en su casa instalada en el prestigioso Club Campestre. La llave "Vasco de Quiroga" me iba abriendo, pues, todas las puertas —habitualmente bien predispuestas— de la amabilidad michoacana.

Miguel Bernal había fallecido en 1956 a los cuarenta y seis años de edad, pero seguía siendo considerado el mayor compositor de Michoacán. Tras estudiar en el Instituto Pontificio de Música Sacra, en Roma, fue profesor durante años de la Escuela Superior de Música Sacra de Morelia y primer organista de la catedral en esta ciudad. Descubrió los archivos musicales del antiguo Conservatorio de las Rosas y logró restablecer este centro, que había permanecido durante décadas clausurado. A él se debía agradecer asimismo la creación del Coro de Niños Cantores de Morelia, famoso en todo el país... Me creí obligado a documentarme un poco sobre él antes de ir a entrevistarme con su esposa.

El recinto del Club Campestre se halla retirado del centro y totalmente cercado; unos vigilantes rigurosos y una valla móvil intercepta el paso, en la puerta de entrada, a todos los ajenos. Silvia Figueroa, investigadora de temas históricos en la Universidad Michoacana, se brinda a llevarme en su coche; ella es allí persona conocida y esto me facilita el acceso. Curioso y algo cohibido llamé a la puerta de los Bernal. Una empleada me recibe e inmediatamente me ofrece un refresco, mientras me pide que espere unos

instantes. Los aprovecho para pasar revista a aquel salón, de un lujo discreto, decorado con mesura clásica y buen gusto. Los muebles son de época y hay al menos dos efigies de Miguel: una mascarilla firmada por Dávalos y un busto en bronce de no sé qué autor; en las paredes se exhiben varios cuadros de tema religioso y algunos Diplomas enmarcados, otorgados por la Escuela Superior de Música.

La señora Cristina Macouzet no tardó en hacerse presente: irradia animosidad, es de aquellas mujeres especiales a quienes el corazón les asoma por la sonrisa y los ojos. Tiene buen aspecto y goza, por lo que se ve, de buena posición; pero su vida no ha sido siempre fácil. En más de una ocasión, aún estando vivo Miguel, hubo de trabajar duro, para sacar adelante a la familia y, cuando él murió, se vio de pronto viuda, sin dinero, con treinta y tres años y con diez hijos.

“Pero nunca he querido tener otra relación, pues para mí Miguel siempre está presente, no se imagina hasta qué punto está presente... Tengo una gran fe en Dios y esto me hace sentir más unida a mi marido. En los momentos más especiales o difíciles, en los lugares más inesperados me topo de golpe con su recuerdo o con su música, como si fuera un mensaje que él me envía, una prueba de que no me deja nunca sola, una broma que quiere gastarme...

Miguel sentía una gran admiración por D. Vasco, por eso quiso dedicarle una gran obra. Más que una ópera, “Tata Vasco” es un drama sinfónico, pues en él están insertados varios géneros musicales. En el año 1940 —estábamos recién casados— un buen día me dice: “Voy a hablar con el arzobispo Leopoldo Ruiz y Flores para que me subvencione esta obra, pero quiero componerla en Patzcuaro, en el ambiente mismo que vivió D. Vasco”. Y nos fuimos a Patzcuaro y allí permanecemos durante los tres o cuatro meses que tardó en componerla. El libreto es del Padre Manuel Muñiz, que desarrolló el argumento basándose en datos históricos, tomados de los archivos”.

A veces los ojos se le iluminan, no sé si por la emoción de los recuerdos o por la traición de alguna lágrima que los envuelve resistiéndose a salir. Cuando le pregunto sobre su visita a Madrigal, se disculpa y sale un momentito; regresa al punto con el libro, escrito por su marido, **In promptu en alta mar**, publicado por la mexicana editorial Jus.

“La ópera “Tata Vasco” se estrenó en Patzcuaro en febrero de 1941, después se llevó a la ciudad de México y en octubre de 1947 salimos hacia Madrid, gracias a la intervención de Joa-

quín Ruiz Jiménez —director a la sazón del Instituto de Cultura Hispánica— para su estreno en España. Este no se realizó, sin embargo, hasta comienzos de 1948 por los largos preparativos que exigía la obra. Piense que en la puesta en escena —y en los ensayos, evidentemente— participaban más de ochenta músicos y alrededor de cien coristas. Se hizo en el Teatro Madrid y la obra obtuvo grandes aplausos y elogios efusivos, como el de Joaquín Turina y el del Marqués de Lozoya”.

Este, que entonces era director general de Bellas Artes, sentenció: “Nadie había rendido a España un homenaje musical de tal envergadura”.

A pesar de todo no pudimos evitar volver a México un poco decepcionados ante la ignorancia, tan generalizada, que en España existía acerca de D. Vasco”.

En su libro Bernal cuenta algunas anécdotas significativas al respecto. Como la de aquel que, ante un cartel de propaganda, pregunta tan campante: “Oye, chico, ¿es éste un boxeador de las Vascongadas?”. Un periódico llegó a escribir en un titular: “Entrevista con el autor de Tabalasco”. Todo aquello no podía menos que escandalizar a quien había sido testigo de la veneración que sentían por su primer obispo tantos michoacanos, del agradecimiento hacia él de tantos artesanos que le consideraban su gran promotor inicial; y a quien había volcado tanta emoción y entusiasmo no sólo en la composición de tal pieza musical, sino también en el empeño de que ésta fuera escenificada en la Castilla de D. Vasco.

“Miguel tenía grandes deseos de conocer Madrigal, quería auscultar la tierra que había engendrado un espíritu tan recio y generoso, conteplar el paisaje que había albergado, rodeado sus años de niño. Por eso en cuanto se vio desembarazado en Madrid de los compromisos más urgentes, nos escapamos al pueblo de D. Vasco”.

Sin embargo, tal como se desprende del libro, la impresión que le produjo esta villa del norte abulense, desde el momento mismo de la llegada, debió ser poco halagüeña: Madrigal en esta época invernal le pareció un pueblo pobre, grisáceo, ruinoso, y el carácter de sus gentes, algo huraño para el talante cálido de los mexicanos. Sin embargo hubieron de pisar estas tierras para llegar a explicarse muchos rasgos de los pueblos purépechas, forjados por D. Vasco —ahora se daba cuenta de ello— a imagen y semejanza de este suyo. Contemplando el patio del Hospital Real, del siglo XV, inspirador posiblemente, en alguna medida, de aquellos otros fundados por el humanitario obispo para acoger a los indígenas desvalidos, Bernal exclama: “Michoacán, hijo indudable de Castilla”.

"Preguntamos a algunos vecinos en la calle, en la fonda, al alcalde, al párroco... Nadie supo decirnos ni una palabra sobre Vasco de Quiroga. Nos quedamos estupefactos: nuestro gran Tata Vasco era absolutamente desconocido en su patria chica".

Visitan emocionados la iglesia de San Nicolás, cuyo silencio en penumbras se estremece al revuelo de unas notas del Coral de "Tata Vasco", arrancadas al viejo órgano por manos michoacanas: no podía ser de otro modo. Pronto abandonan aquel pueblo árido de la estepa castellana, satisfechos por haber visto cumplido un viejo anhelo, pero al mismo tiempo tristes, decepcionados. Ello lleva a Bernal a escribir en su citado libro:

"Vasco de Quiroga había alcanzado su talla inmortal, había nacido para la historia cuando, dejando la toga salmantina y la vara de olor, se desposó con la pobreza y la fe y la dulzura michoacanas, y a esta nueva patria le pertenece totalmente. Tata Vasco es mexicano".

Este es precisamente el punto de arranque de nuestro trabajo. Esta última frase dolida de Bernal resonó en mí casi como una provocación, como un reto. Y, sin embargo, en el estado de cosas actual, se hace difícil protestar; aunque Vasco de Quiroga viera la luz primera en Madrigal, aunque en su partida de nacimiento y de bautismo figurara oficialmente el nombre de este pueblo castellano, en la situación actual —insistimos— nadie puede acusar a los mexicanos de apropiación indebida. Por una sencilla razón: Tata Vasco en Michoacán, en México **sigue vivo**. En sus calles, en sus plazas, en múltiples centros públicos, en los actos de homenaje que copiosamente se le rinden y, sobre todo, en su recuerdo y sus corazones. Aquí, por el contrario, es prácticamente un muerto de hace cuatro siglos.

"Al regresar a México comenzó a recabar fondos y a hacer gestiones para erigir un monumento a D. Vasco en Madrigal. Pero, claro, él tenía que atender otras ocupaciones más relacionadas con su arte y pronto dejó estas actividades. Otras personas, como Benigno Ugarte y Juan Lainé... retomarían esta iniciativa".

Agradecido, pero también un poco avergonzado, me despedía al anochechar de aquella respetable señora. Marchaba con los ánimos reavivados —eso sí— para escribir pronto algo que pudiera paliar tanto olvido o inconsciencia.

A la mañana siguiente visito el Palacio de Gobierno, situado en la calle Madero, frente a la fachada de la catedral; en su interior hallo un hermoso patio barroco en piedra, de dos plantas, con sendas arquerías de medio punto y esbeltas columnas. Todo allí sería de la más pura raigambre hispá-

nica, si no estuvieran aquellos magníficos murales del michoacano Alfredo Zalce —realizados en 1961— que describen, en un alarde de lujo gráfico, la historia de Morelia, realzando aún más la belleza del Palacio. En tal despliegue pictórico destaca —en la escalera principal— la figura del “Padre de la Patria”, Miguel Hidalgo, captado en uno de los momentos victoriosos de la lucha por la Independencia; pero también, en un lateral del piso superior, aparecen las figuras de varios españoles: Antonio de Mendoza, algunos conquistadores, el agustino Alonso de la Veracruz...

Este edificio fue antiguamente sede del Seminario Tridentino, en el que se formó precisamente José María Morelos. Esta Valladolid contaba, por lo tanto, desde los primeros siglos coloniales, con tres centros intelectuales de primer orden: el Colegio de San Nicolás (en el que se formó Hidalgo), el Seminario Tridentino¹⁴ (del que salió Morelos) y el Colegio de los Jesuitas (hervidero de ideas liberales, penetradas a veces de concepciones francmasónicas, hasta la expulsión de la Compañía a fines del siglo XVIII). Ahora me explicaba por qué en esta ciudad había pesado tanto, tradicionalmente, el elemento intelectual, por qué había jugado un papel tan decisivo en la conquista de la Independencia y por qué en su población ha predominado hasta el presente un talante progresista que no deja de combinar perfectamente, por otra parte, con el aire tradicional de sus calles y edificios. Los curas, una y otra vez los curas... ¡Cuántas veces han sido los religiosos, en esta América Latina oprimida y convulsa, los que han enarbolado ideales liberadores, revolucionarios! Desde los mismos Vasco de Quiroga —dentro de su moderación y legalismo ortodoxo— y Bartolomé de las Casas —más radical e inflamado— pasando por incontables franciscanos y jesuitas —del pasado y del presente— hasta los múltiples sacerdotes guerrilleros y varios líderes de la revolución sandinista que yo acababa de dejar.

En estas cavilaciones iba yo metido mientras me dirigía a mi siguiente objetivo, la colonia Vasco de Quiroga que, según me habían señalado, quedaba como a un kilómetro del centro. Caminando por “Madero Oriente” uno desemboca en el precioso monumento a las indias tarascas y, al lado, la plaza Villalongín, con su encantadora fuente. Allí mismo comienza el interminable ciempiés del acueducto, con sus doscientos cincuenta y tres arcos; siguiendo la dirección de éste vine a parar a la gran plaza José María Morelos, presidida por la majestuosa estatua ecuestre de este héroe. A partir de aquí y a la izquierda del acueducto se extiende ya la populosa colonia Vasco de Quiroga, una de las más antiguas, tal vez la primera, de las que fueron surgiendo en la periferia de la ciudad.

¹⁴ Fue el general liberal Epitacio Huerta quien ordenó la clausura de éste, en 1859, y dispuso que sus bienes fueran incorporados al patrimonio del Colegio de San Nicolás.

De entrada, para penetrar en ella, tuve que cruzar la ancha avenida Tata Vasco —tenían que desplegar, por lo visto, las diversas variantes de este nombre para que, usándolas todas, se evitaran posibles confusiones en las guías callejeras—. Entro inmediatamente por la primera calle, la que me caía más al paso y descubro —para mi sorpresa— que se llama “Hospitales de D. Vasco”; camino unos metros más y leo, en la perpendicular, “Calle Ordenanzas de D. Vasco” y, a continuación, una ristra de calles dedicadas a artesanos de diversos lugares de la región: “Tejedores de Aranza”, “Colcheros de Parangaricutiro”, “Carpinteros de Paracho”, “Cobrereros de Santa Clara”... Nombres que aludían, sin duda, a la fecunda diversidad artesanal de que dotó D. Vasco a Michoacán: como es aquí de dominio público, en cada pueblo impulsó, desarrolló un tipo de artesanía, según los recursos naturales y las técnicas genuinas ya existentes en muchos de ellos. Aún pervive en estas tierras buena parte de estas enseñanzas, organización y acertada diversificación, hasta el punto que el área del lago de Patzcuaro es considerada como una de las zonas artesanales más ricas de todo México.

Ya no me sorprende toparme en la calle Colcheros de Aranza con un Sanatorio “Vasco de Quiroga” y con un Laboratorio de Análisis Clínicos “Vasco de Quiroga” y con una ferretería “D. Vasco”, pero sí me quedo boquiabierto cuando, deambulando de una acera a otra, doy de bruces con un letrero totalmente inesperado: “Calle Madrigal de las Altas Torres”. ¡Cómo reconforta ver el nombre del pueblo propio a diez mil kilómetros de él, tras vivir no sé cuántos años alejado, desarraigado! Ahora lo tenía allí, estampado en el muro blanco de esa modesta casa mexicana. No sé cuántos minutos me quedé allí plantado, saboreando la emoción de aquel descubrimiento, deleitándome en la contemplación de aquel nombre que entonces me parecía contener más ecos poéticos que nunca. El gesto moreliano de colocarle en esta calle no podía significar otra cosa, evidentemente, que una nueva muestra de agradecimiento a Tata Vasco, pues mis paisanos, ciertamente, estaban muy lejos de merecer tales agasajos en esta colonia. Luego me puse a caminar por aquella acera con el pecho más hinchado, como si hubiera algo allí que me perteneciera y así vine a parar a una plaza rectangular, con algunos columpios y atracciones para niños; a uno de los lados de ésta se alza el templo reciente de la Inmaculada y, al frente, el Mercado Municipal... “Vasco de Quiroga”. Entro en él por curiosar y aprovecho para comprar algunos mangos y aguacates. A la salida me detengo a hacer fotografías de la puerta principal y de una pintura mural que da a la citada plaza: allí aparece el rostro episcopal de Tata Vasco, enmarcado en otro semejante, pero más grande, que se ve superado a su vez por otro de mayores proporciones, como si fueran las ondas concén-

tricas de un estanque golpeado. Tal superposición parece indicar la trascendencia de aquel líder religioso, la firme proyección de su obra hacia el futuro.

¡Dios, toda aquella colonia era un canto polifónico en homenaje al inolvidable Tata! Y esto sucedía en Morelia, a cuya fundación y crecimiento —según los historiadores— D. Vasco se había opuesto no precisamente por ir en contra del nacimiento de una nueva ciudad, sino por su enfrentamiento a la política colonial, segregacionista y violenta, que los encomenderos querían aplicar desde la que surgía para ser su base de operaciones. ¿Qué no encontraría en aquellos otros sitios especialmente favorecidos por el providencial obispo?

Cuentan los libros de historia que D. Vasco salió de España, rumbo a México, a mediados de septiembre de 1530 y llegó allí el 23 de diciembre del mismo año. Tras alguna correspondencia con la emperatriz Isabel, fue elegido por ésta como uno de los cuatro oidores de la Segunda Audiencia de Nueva España; parece que fue D. Juan Tavera —Arzobispo de Santiago y Presidente del Consejo de Castilla, además de amigo y buen conocedor de D. Vasco— quien le propuso para tal cargo. Este, por otra parte, era en aquellos momentos de la máxima responsabilidad pues, no existiendo aún en la reciente colonia la figura del virrey, la Audiencia gozaba de los más altos poderes. Esta Segunda Audiencia traía encomendadas, además, dos delicadas misiones: practicar, por un lado, juicio de residencia a los miembros de la Primera —presidida por Nuño de Guzmán desde 1527— para acabar con sus arbitrariedades y atropellos, y poner orden, por otro, en el caos que se había adueñado del país. Con este viaje comenzaba la etapa más fructífera de la vida de Quiroga, aquella en que descubriría su verdadera dimensión, en la que alcanzaría su talla histórica de gran hombre.

Los tres primeros años de esta etapa los pasa D. Vasco en la ciudad de México, ocupado intensamente en sus tareas de oidor¹⁵. Tuvo tiempo, sin embargo, para comprar unas tierras en un lugar próximo y fundar en ellas —el 14 de septiembre de 1532— el primero de sus pueblos-hospitales: Santa Fe de México.

Mientras tanto Michoacán estaba viviendo momentos de gran agitación; la ejecución, en febrero de 1530, del último rey purépecha (Tangaxoan II) decretada por Nuño de Guzmán, así como los malos tratos prodigados a los nativos habían provocado la dispersión y rebeldías frecuentes de éstos. Se decidió entonces que, para estudiar a fondo la situación y recomponerla en la medida de lo posible, uno de los oidores visitaría aquella

¹⁵ En una carta que envía a España el 14 de agosto escribe: "... no hay día en que no se trabaje diez o doce horas, ya que a tierra nueva, negocios nuevos".

tierra: se elige para ello a Vasco de Quiroga, que parte para Michoacán en el verano de 1533¹⁶. Se reúne largamente con los líderes tarascos, les escucha y se preocupa por sus problemas, les instruye acerca de sus obligaciones para con Dios y el Rey y —el 14 de septiembre de 1533— inaugura oficialmente para ellos el segundo pueblo-hospital, el de Santa Fe de la Laguna. Con todo ello Quiroga logra ganarse la confianza y el corazón de los purépechas¹⁷ y, apaciguada la región, la abandona a finales de diciembre de 1533 para reanudar sus tareas habituales en México.

Y en esta ciudad permanecería hasta que a mediados de 1538 —sin ser clérigo— es electo primer Obispo de Michoacán, por su acendrada fe, su celo evangelizador y el éxito obtenido entre los tarascos en su anterior visita; unos meses más tarde, a mediados de diciembre, en un solo acto, en la catedral de México, recibe de manos del arzobispo Zumárraga todas las órdenes sacerdotales y es consagrado obispo.

Inmediatamente después de ser designado para tal cargo eclesiástico marcha a Tzintzuntzan —capital del sometido reino tarasco— para tomar posesión de su diócesis. Pero no se quedaría allí mucho tiempo: aproximadamente un año y medio después, en 1540, traslada la sede episcopal a Patzcuaro que, a partir de aquel momento crecerá muy rápidamente y se convertirá en verdadera capital de Michoacán y —salvo algunas temporadas— en lugar de residencia de D. Vasco hasta su muerte. Patzcuaro fue, por tanto, la ciudad mexicana preferida de Quiroga, su gran favorecida.

No resultó tan atractiva, por lo visto, a los encomenderos españoles y ello por diversos motivos; tal vez el principal era que allí las tierras, en su mayor parte, ya tenían propietario, además existía un núcleo indígena relativamente fuerte y organizado que, por si fuera poco, contaba con el respaldo de la máxima autoridad religiosa, del gran líder moral de aquella región. Por eso no descansaron hasta lograr del virrey Antonio de Mendoza

¹⁶ Juan Salmerón, compañero de Audiencia de Quiroga, nos explica las razones de tal elección diciendo que D. Vasco era hombre virtuoso, buen cristiano y muy celoso del servicio de Dios en este género de conversión y conservación del indio "y es de parecer tímido, encojido y muy escrupuloso, y de esta guisa es más para ejecutar que para disponer".

¹⁷ El grupo étnico que habitaba Michoacán es designado por los historiadores con los nombres de "purépecha" y "tarasco", indistintamente. Nosotros, en la misma forma, usaremos los dos para referirnos al mismo colectivo. De todos modos conviene hacer algunas aclaraciones. En primer lugar, la designación "tarasco" tuvo en su origen un carácter despectivo. En los primeros contactos entre españoles y michoacanos, Cortés envió a unos embajadores a conversar con el rey de éstos; cuenta la *Relación Michoacana* que tales embajadores, a su regreso, se llevaron consigo algunas muchachas indígenas y que "por el camino juntábanse con ellas", de ahí que se comenzara a aplicar a la tribu, en general, el nombre de "tarascos" que en este idioma —hasta hoy— quiere decir "suegros". Por eso los nativos prefieren en la actualidad autodenominarse "purépechas", aunque recientes investigaciones indican que este nombre se aplicaba antiguamente sólo a las capas populares —el grueso, por tanto— de la población de esta etnia.

que fundara una nueva ciudad: en ella, partiendo de cero, podrían organizarlo todo sin trabas y a su medida, adquirirían la propiedad y explotarían las tierras del entorno y dispondrían, sin duda, en lo sucesivo de una mayor libertad de acción.

Así es como el 18 de mayo de 1541 nació la actual Morelia, al margen —o más bien en contra— de los planes de D. Vasco. Cuando éste se enteró de ello era ya demasiado tarde para impedirlo, pero no para comenzar a hostigarla con el fin de evitar su consolidación y expansión, pues se daba cuenta de que ella pronto podría constituir un serio peligro para el protagonismo de su Patzcuaro o lo que era lo mismo, para su política integradora e indigenista. La nueva urbe fue bautizada en principio con el nombre de Nueva Ciudad de Michoacán, pero —como muestran recientes investigaciones del historiador Carlos Herrejón— éste con el paso del tiempo iba a sufrir no pocas alteraciones. Así, unos años después pasó a llamarse ciudad de Guayangareo, pues ya existían otras dos poblaciones denominadas "Ciudad de Michoacán" (cada una de las capitales anteriores, Tzintzuntzan primero y Patzcuaro a continuación, había recibido del emperador tal apelativo, que ellas conservaban celosamente como un privilegio); después, el peso político, la poderosa influencia de D. Vasco —que la veía como una competidora— consiguieron que perdiera el título de ciudad y fuera considerada —a mediados de la centuria— simplemente un pueblo ("de Guayangareo"); y, más tarde, cuando en 1580 —quince años después de la muerte del primer obispo— se traslada a ella la sede episcopal sabemos que ya recibía el nombre de Valladolid que —éste sí— se mantendría durante siglos hasta que en 1828 pasa definitivamente a llamarse Morelia, por la razón antes citada.

Así, pues, ni D. Vasco permaneció nunca viviendo en esta ciudad ni se puede decir, a la vista de lo expuesto, que sintiera por ella una simpatía especial como para ser recordado aquí con tantos miramientos y agasajos. Y, sin embargo, cuatro siglos más tarde yo no dejaba de encontrar, pregonado a cada paso, el nombre imborrable de aquel su primer obispo.

Dos horas después abandonaba, todavía impresionado, la colonia Vasco de Quiroga y vine a salir de nuevo a la plaza Morelos. Al fondo de ésta se divisa —sobre la avenida misma Tata Vasco que la bordea— el Santuario de la Virgen de Guadalupe, levantado en el siglo XVIII (¿habrá alguna ciudad mexicana que no lo tenga?); y, al lado, la Facultad de Derecho, con un limpio escudo de la Universidad Michoacana brillando en su fachada. Escudo que aparece en cada una de las facultades de esta histórica universidad, en cada una de sus Escuelas de Enseñanza Preparatoria y en algunos museos dependientes de ella. Y yo recordaba una y otra vez el escudo original, el padre de todos estos, aquel que aparece gastado por el tiempo

—casi irreconocible— en el Palacio de los Quiroga de Madrigal o sorprendentemente nítido sobre la puerta principal de lo que fue Convento de Agustinos y hoy no pasa de ser unas desamparadas ruinas venerables, extramuros de este desatendido pueblo castellano. En este convento murió en 1591 el eximio fray Luis de León y estuvieron depositados los restos del insigne Gaspar de Quiroga, sobrino de D. Vasco y Cardenal Primado de España¹⁸. Ecos de Madrigal, ecos de mi Castilla, de mis raíces, iba hallando yo ahora, pues, cada pocos metros resonando en múltiples rincones de esta antigua Valladolid repleta de voces y murmullos del pasado.

Junto a la citada Facultad, en la misma acera, se encuentra el Teatro Universitario "Samuel Ramos", un edificio moderno de tez blanca, donde aún tuve ocasión de recrearme en una nueva referencia al inagotable Quiroga. Al entrar por la puerta central topas de frente, dentro del alargado pasillo transversal, con un amplio mural conmemorativo del 450 aniversario de la fundación del Colegio de San Nicolás; en él aparece, como figura central, un Vasco episcopal, de ojos achinados y rostro mestizo, indicando con el brazo izquierdo desplegado la puerta de su colegio, de la que emerge un gran chorro de luz; al tiempo parece empujar paternalmente con la derecha a dos jóvenes semidesnudos, postrados, que inician el gesto de levantarse para entrar. Es un mural reciente, cargado de valor simbólico, del artista michoacano Gilberto Ramírez, cuyos grandes bigotes y rostro anguloso y afable tuve pronto oportunidad de conocer.

Cuando salí se había hecho de noche y me sentía algo cansado. Empecé el camino de regreso al hotel sin prisa, con desgana, saboreando el aire tibio, primaveral, de la noche moreliana y el gozo interior de tantos hallazgos sorprendentes y regocijantes.

A la mañana siguiente aún estuve deambulando por esta sugestiva ciudad, entre castellana y meridional, bañada ahora por un sol luminoso; aproveché para tomar algunas fotografías mientras esperaba la hora, que había concertado con el padre Octavio Madrigal (otra curiosa coincidencia este apellido), en que él vendría para mostrarme los objetos de D. Vasco conservados en la catedral. En Morelia predominan los edificios de dos plantas y de cantera. Hasta 1580 las construcciones habían sido de adobe, lo que no estaba muy en consonancia con la importancia que los encomenderos aquí residentes querían dar a la ciudad; por eso a partir de esa fecha comenzaron a usar la piedra, que no era difícil extraer de canteras que tenían cercanas. Es ésta, además, una ciudad jalonada de torres, centinelas que

¹⁸ El hecho de que aparezca su escudo —el de los Quiroga— presidiendo la citada puerta es un acto de reconocimiento a tal cardenal, gran protector de este convento; entre las múltiples medidas que adoptó en favor de él fue una amplia restauración del edificio.

guardan secretos y tesoros del pasado y velan por las buenas costumbres del presente. Mires en la dirección que mires, allí las tienes: están las lujosas de la catedral, pero también las de San Francisco y San Agustín, la de las Capuchinas, la de los jesuitas, la de la Cruz, la de San José, la del Carmen...

Cada una de ellas es hija y pregonera de una oleada evangelizadora. La primera en llegar, como se sabe, fue la de los franciscanos; a continuación acudieron los agustinos y, en 1582, se presentaron en esta Valladolid los jesuitas a fundar su colegio; en 1593 vinieron los carmelitas y después se sumarían los mercedarios, las catarinas... En el censo de 1619 había en total, en la ciudad, ciento diecinueve frailes, casi tantos como civiles censados. Por otra parte, fueron estas torres con sus toques de alba, de queda, de oración... las que pautaron, durante siglos, los hábitos de la ciudad, fue la Iglesia la que rigió en gran medida la vida de la colonia y de donde habría de surgir a la postre el movimiento de la Independencia Mexicana, en el que tan importante papel jugó esta inquieta Valladolid.

Llevaba yo allí ya unos minutos cuando se hizo presente en las dependencias catedralicias el P. Madrigal; tiene un aire taciturno, algo misterioso, derivado tal vez de su menguada capacidad auditiva. Tomó un manojo de llaves y nos introdujimos, a través de la amplia y bien ornada sacristía, en las naves de la catedral. Lo primero sobre lo que él llama mi atención es un vitral ovalado que, a pesar de su considerable tamaño, me había pasado inadvertido; allí, en la parte superior del muro, sobre la gran puerta que se abre en el lado izquierdo —dando frente al altar mayor— se muestra luminoso, radiante en este día de sol desbordado, el retrato de medio cuerpo del primer obispo michoacano. No podía faltar el gran Tata —pensé— en este magno escenario catedralicio.

Después me guía hacia la Sala Capitular, que se halla atrás, a los pies del templo; hemos de franquear primero la puerta, cerrada con cadena de hierro, de una capilla lateral y, a continuación, otra puerta, también clausurada, que corresponde propiamente a la sala que vamos buscando. Esta es un auténtico museo: óleos de incalculable valía, figuras en marfil, grandes jarrones chinos, alfombrado antiguo, lujosos sillones forrados de un terciopelo ya añejo... Y, a la izquierda, una efigie del busto de D. Vasco, en un cuadro de reducidas proporciones; es una representación de aquél absolutamente original: aquí aparece más joven, aunque calvo, con bigote y perilla; lleva capeta roja sobre túnica blanca. Alrededor, una inscripción ovalada que anuncia: "V.D.D. Vascus de Quiroga primus michoacanensium antistes" y, debajo, el escudo original de los Quiroga.

Hay también en este lado una urna de vidrio que guarda un gran som-

brero de D. Vasco. El P. Madrigal me permite sacarlo para observarlo mejor y tomar algunas fotografías: el ala, amplia y redonda, es negra, pero el ribete y el cordón con borlas que lo adornan son verdes; el terciopelo negro está muy gastado y muestra algunos agujeritos, tributo ineludible a las polillas y al paso del tiempo; para reforzarlo alguien le ha aplicado después un material duro —puede ser plástico o cartón— que no llega a verse, pues queda forrado, pero que se nota en la rigidez del tejido.

En el lado opuesto, también guarnecido en una urna — ésta alta, de forma piramidal y cerrada con candado— se muestra el báculo pastoral de Quiroga. La parte superior del mismo, la que constituye la curvatura, es de plata y está decorada con motivos abstractos en bajorrelieve y con una figurita —en el espacio central— de la Inmaculada; la larga vara, de una madera preciosa que no identifico, lleva a todo lo largo, también como adorno, una especie de anillos equidistantes, a modo de nudos, igualmente de plata. El P. Madrigal evitó abrir esta urna y yo no quise insistir; me di cuenta de que los únicos objetos, de los allí existentes especialmente protegidos eran justamente los que habían pertenecido a Tata Vasco y comprendí que ellos eran guardados con celo y precauciones singulares. Y es que, por encima de su valor artístico, estaba el histórico y espiritual: se veneraban como las reliquias de un santo o, en todo caso, de un personaje histórico de talla excepcional. El padre sacristán se excusó diciéndome que aquel candado no se abría nunca, que en realidad la Sala Capitular sólo se usaba en contadas ocasiones a lo largo del año.

Mientras nos encaminábamos a la salida, le di fervientemente las gracias y aproveché, antes de que cerrara definitivamente aquel cofre del pasado, para lanzar una última mirada apresurada a su conjunto, tratando de fijar su imagen en mi memoria, de prolongar la emoción de una experiencia que seguramente no tendría en mi vida ocasión de repetir.

Estaba decidido a buscar y dejar registradas todas las referencias a Vasco de Quiroga que existieran en Michoacán, pero era preferible —pensé— seguir las huellas de mi paisano desde el principio; regresaría, por tanto, a la ciudad de México, visitaría su primera fundación —el pueblo hospital de Santa Fe de los Altos— y después, mejor equipado para una estancia más prolongada, retornaría a estas tierras michoacanas.

Antes de despedirme de Morelia visité la Biblioteca Pública Universitaria, que ocupa ahora el local de la que fuera iglesia de los jesuitas hasta su expulsión en 1777. Me habían dicho que allí había una estatua de D. Vasco, pero en realidad lo que aquí encontré no era más que el molde en yeso de la estatua que se halla en el Jardín de las Rosas. Una bibliotecaria me explicó que tanto esta horma de Quiroga como la de Cervantes estaban

abandonadas en un desván y prefirieron rescatarlas y colocarlas en aquel lateral de la biblioteca. En ella descubrí, además, un mural de no mucha calidad que representa a grandes personajes de la historia de la Humanidad, entre ellos Gutenberg, Einstein... y Vasco de Quiroga.

Unas horas después, mientras el autobús que me llevaba de vuelta al Distrito Federal recorría las últimas calles de Morelia pensaba —justo al pasar frente al restaurante “España” que antes no había visto— que aquella no sería en mi vida una ciudad de paso más. Me había revelado demasiadas cosas, pero no era sólo eso: desde el primer momento sus calles, sus patios, su ambiente todo me había resultado familiar. Morelia es una mezcla fascinante, primaveral, de materiales genuinos michoacanos con elementos seculares castellanos, tapizado todo ello con una luminosidad que tiene algo de la España meridional. Ahora, a la salida, me unía a ella algo más: el profundo interés y respeto por D. Vasco, nuestro Vasco, castellano y michoacano.

2. EN SANTA FE DE VASCO DE QUIROGA

En los alrededores de la Central Camionera de Observatorio, en el mexicano Distrito Federal, se encuentra la terminal —o base— de decenas de camionetas —o “peseros”— que hacen su recorrido a diferentes puntos del oeste a centro de la ciudad. Aquello es un hormigueo febril de gentes y vehículos. Después de dar algunas vueltas y tropezones y de preguntar a varios transeuntes, hallo por fin “la número cinco”, cuyo rótulo frontal anuncia “Santa Fe”. Este pueblo histórico, separado hace décadas de la ciudad, se vio engullido, casi sin darse cuenta, por el crecimiento insaciable de la gran metrópoli; él mismo también se extendió considerablemente al irse sumando al núcleo original las diversas colonias que hoy lo circundan. Desde 1928 el pueblo de Santa Fe está incluido oficialmente en la municipalidad de México, adscrito a la Delegación “Alvaro de Obregón”. Antiguamente, desde los tiempos de D. Vasco, recibía el nombre de “Santa Fe de México” o “de los Altos”, pero a partir del 22 de septiembre de 1977 pasó a llamarse Santa Fe de Vasco de Quiroga, en honor a su fundador.

Me sumo a la cola, no excesivamente larga, de los que esperan para abordar “la cinco” y a los pocos minutos estoy arriba, pues están saliendo unidades continuamente. La ruta callejera que seguimos es una continua subida: pasamos por el viejo “Camino Real de Toluca”, por el “Camino de Santa Fe”, a continuación por la “Avenida Vasco de Quiroga” (existen varias calles en la ciudad de México, según me enteré después, con este nombre). Tras unos veinte minutos de trayecto, descendiendo a la altura de la calle “Corregidora”, a cuya entrada un letrero no pequeño proclama: “Bienvenidos al Centro Histórico de Santa Fe de Vasco de Quiroga” (después vería otros idénticos en este antiguo pueblo quiroguiano). Me cuelo en él por esta calle, adornada ahora toda ella con guirnalda multicolores: por aquí

pasó no hace mucho tiempo —me explican— una multitudinaria procesión de la Virgen. A medida que avanzo voy topándome con el “Mercado de Santa Fe”, con varias tiendas “Vasco de Quiroga” y, al final, con una puerta monumental —de triple arcada de medio punto y verjas de hierro— que da acceso al gran recinto parroquial, cercado con un muro blanco. Inmediatamente penetro en el atrio, una extensa explanada que se abre delante de la iglesia, y mientras camino despacio por el ancho pasillo central, construido con losas de granito, observo con curiosidad —todo ojos— cuanto me rodea: al frente, la iglesia con su torre y las dependencias parroquiales; a los lados, árboles de diversas especies y varias mamparas. En la primera con que topo, situada en el lado derecho, leo:

“Visitante:

Esta comunidad te saluda para honrar su historia. En la época prehispánica este lomerío era conocido como Acaxochitl (lugar donde hay cañas de flor). Se funda el primer pueblo hospital (utópico sueño de Tomás Moro). En 1531-1532 lo funda D. Vasco de Quiroga, conteniendo este espacio el hospital, la rectoría, la casa de los niños expósitos (obra precursora de la Seguridad Social en América), pueblo hospital que perteneció al Obispado de Michoacán hasta el 2 de enero de 1872. Gobernado por las “Reglas y Ordenanzas” que dejó su fundador para los hospitales de Santa Fe de México y Michoacán. El sentido humano de la obra quiroguiana destaca porque difundió virtudes humanas, amor al prójimo, progreso para bien propio y de la patria. Rendimos homenaje a este gran humanista del siglo XVI. Centro histórico Santa Fe de Vasco de Quiroga. Recopilador Dr. Carlos Jiménez Hernández”.

Un poco más adelante, en este mismo lado, se alza sobre un pedestal cuadrangular una estatua en piedra, tamaño natural, de Vasco de Quiroga. Este aparece calvo, entrado en años, pero bien erguido —no es un anciano— y su rostro refleja serenidad y firmeza. Lleva indumentaria de obispo y agarra con la mano derecha la cruz que pende sobre su pecho, justo al lado del corazón. Cada uno de los laterales del citado pedestal está ilustrado con una placa. Uno muestra el escudo de Santa Fe, derivado —éste también— del original de los Quiroga. Los otros tres exhiben, respectivamente, las siguientes inscripciones:

“En este lugar, a dos leguas de la ciudad de México, en los años de 1531-1532 se levanta el Hospital de Santa Fe de México, primera obra del Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga en la Nueva España”.

"Se erigió a iniciativa de la Asociación de Vecinos del lugar y cooperación generosa de los habitantes de esta comunidad. 14-III-1966".

Es seguro que a la mayoría de ellos no les sobra mucho cada mes de su salario.

"Homenaje perenne de gratitud y amor que rinde el pueblo de Santa Fe de México a su fundador, el Ilmo. Sr. Dn. Vasco de Quiroga en el IV Centenario de su muerte. 1565-1965".

Así, pues, el reconocimiento fervoroso, la manía exaltadora de D. Vasco no eran exclusivos de los michoacanos; hasta aquí se había extendido este delirio —mezcla de respeto y devoción— que, sin embargo, jamás había llegado a afectar a mi Castilla mesetaria, en la que este hombre nació y se formó.

En el lado izquierdo del atrio, tras el citado pasillo central, se levanta una típica cruz de piedra y, unos metros más allá, otra mampara con dos largos textos:

"MANANTIALES DE SANTA FE Y ERMITA

Tesoro invaluable para la historia son los manantiales de Santa Fe, que surtieron de agua a la ciudad de México desde tiempos de la colonia, corrían por el río de Tlacuayacan (Tacubaya), surtiendo los molinos que alimentaban al pueblo hospital. Estas aguas llegaban hasta la Mariscala (hoy eje Lázaro Cárdenas) por la arteria de la antigua Calzada de la Verónica para llegar a la fuente de Tlaxpana, acueducto que corría sobre mil arcos, donde continuaba por San Cosme y San Fernando. En 1576 el Ayuntamiento de la ciudad de México compra al Cabil-do de Morelia el manantial de Santa Fe, por propuesta del virrey Martín Enríquez de Almanza. 1875 el General Porfirio Díaz, presidente de la República, dispuso que se procediera a la limpia de los manantiales de Santa Fe".

Estos manantiales surtieron de agua a la antigua Tenochtitlan desde los tiempos del rey azteca Itzcoatl (1427-1440). Hernán Cortés, durante el sitio a la ciudad, ordenó bloquear el acueducto para consumar la conquista. Posteriormente éste fue destruido y reconstruido varias veces, hasta que en 1889 quedó definitivamente derribado. Respecto a los manantiales fue, al parecer, en tiempos de Porfirio Díaz cuando empezó a escasear el agua en ellos y dejaron, en consecuencia, de abastecer al Distrito Federal, aunque aún siguen proporcionándosela a esta barriada.

El segundo texto dice:

"ERMITA

Los antepasados construyeron en este bosque la ermita a quien con entrañable amor les brindó parte de su vida, el insigne D. Vasco de Quiroga, sitio de retiro y meditación. Esta ermita también fue habitada por el venerable Gregorio López que muere en ella el 20 de junio de 1596. El padre Francisco Loza, cura rector de la catedral de México, vivió en la soledad y el retiro en esta ermita durante veintisiete años".

La ermita se halla, rodeada de árboles, en una hondonada situada por detrás de la iglesia. Fue construida entre 1532 y 1534 y reedificada en 1695. En su fachada puede leerse esta escueta y significativa inscripción: "Escuela de amor de Dios y desprecio del mundo". Hoy lamentablemente se encuentra bastante deteriorada, prácticamente en estado de abandono, a pesar de que en 1932 fue declarada monumento histórico.

Me aproximo a la fachada de la iglesia, que es de cantera y de estilo renacentista. Tiene una sola puerta, con arco de medio punto, y sobre ésta se abre una gran ventana circular; a los lados de ambas, como enmarcándolas, sendas parejas de pilastras adosadas. Remata la fachada un frontón clásico en el que se observa el escudo de armas original de la familia Quiroga, con los consabidos seis dados, las barras de oro, la encina terrazada y esa especie de estacas de plata, en los respectivos cuarteles, todo ello superado por las infulas episcopales. A la izquierda se yergue la torre con su cubo pintado de blanco y su campanario, de cantera, dividido en dos cuerpos. Esta fachada, por lo que pude averiguar, no es la original; es obra, al parecer, de Toribio de Alcaraz, un cantero traído por D. Vasco para la construcción de su enorme catedral en Patzcuaro, de la que sólo pudo concluir la nave central. Este Alcaraz vendría posteriormente —en 1583— a Santa Fe de los Altos para rehacer este edificio¹⁹.

La iglesia que ahora tenía delante, con su enorme atrio, era, pues, el centro del antiguo pueblo-hospital; en torno se levantaban la escuela, los hospitales sanitarios —se dice que hubo dos— el hospicio —cuyo edificio aún se conserva— y, por supuesto, los conjuntos de casas denominadas "familias"... Parece que fue en 1531 cuando D. Vasco compró, con dinero de su propio salario de oidor, las primeras tierras —una estancia llamada Acatzuchitl, que significa "flor de caña"— para crear esta "República Hospital de Santa Fe"; en 1532 compró otras y, al fin, pudo ser inaugurada ofi-

¹⁹ Efectivamente, tal como pudimos comprobar después, existe un gran parecido entre esta fachada y la de la basílica de Patzcuaro, aunque hay también evidentemente notables diferencias entre ellas: las torres están en el lado contrario y los materiales también son distintos.

cialmente, el 14 de septiembre de 1532, por el presidente de la Segunda Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal.

Conviene distinguir con claridad desde el principio las dos acepciones que en la época de Quiroga tenía la palabra "hospital". Por un lado, ya se usaba en aquel entonces con el mismo significado que en nuestros días, es decir con el de "centro curativo o sanitario". D. Vasco fundó, sobre todo en Michoacán, una amplia red de hospitales de este tipo (el primero, el de Santa Marta, en Patzcuaro). Pero, por otro, el término "hospital" aún conservaba en el siglo XVI su ascendencia latina: derivado de "hospes" ("huésped", "forastero que recibe hospedaje") se aplicaba también, en sentido más amplio, a instituciones o edificios que albergaban a necesitados o viajeros. Para diferenciarlos, a estos últimos se les llamó, a partir del siglo XVIII, "pueblos-hospitales". Como ejemplo de tales, Vasco de Quiroga creó los de Santa Fe de los Altos (o de México) y Santa Fe de la Laguna (junto al lago de Patzcuaro)²⁰.

Esta fue la fórmula elegida, adoptada —y hasta cierto punto inventada— por Quiroga para congregar a los indios dispersos, que huían de las crueldades avasalladoras de los españoles, de las encomiendas o de los trabajos forzados. Los pueblos-hospitales eran "centros de adoctrinamiento, de enseñanza de vida en común gobernada por normas que abarcaban el régimen de propiedad, el trabajo, las relaciones familiares, la organización cívica, además de los servicios asistenciales a los enfermos, los ancianos y las viudas"²¹. Por tanto, lo que fundamentalmente perseguía Quiroga con ellos era —aparte de reunir a los indígenas desperdigados— educarlos conforme a las normas de la educación europea, asistir a los enfermos y necesitados, y establecer focos de irradiación religiosa y cultural que alcanzan también a otros indios paganos. Hoy podemos afirmar que aquellos hospitales quiroguianos fueron los primeros sistemas sociales y económicos de auténtica inspiración humanística que existieron en América.

En este aspecto —como en tantos otros que veremos más adelante— Vasco de Quiroga abrió caminos nuevos en la historia, se adelantó a su tiempo.

El mismo nos explica en su Testamento los motivos que le movieron a fundarlos:

²⁰ Algunos autores, como Felipe Tena Ramírez, defienden que hubo un tercer pueblo-hospital, el de Santa Fe del Río, que habría sido fundado en 1539 en un lugar no especificado, al norte de Michoacán (ver su libro **Vasco de Quiroga y sus pueblos de Santa Fe en los siglos XVIII y XIX**, edit. Porrúa, México 1977. Nosotros nos atenemos, sin embargo, aquí a aquello de lo que hay certeza. D. Vasco en su testamento habla sólo de "dos ospitales de yndios que intitulé de Santa Fe, confirmando el título con la obra e yntencion de ella".

²¹ Ver la obra citada de Tena Ramírez, pág. 20.

"... muchos años antes de tener orden eclesiástica alguna ni renta de Iglesia, movido de devoción y compasión de la miseria e incomodidades grandes y pocas veces vistas ni oídas que padescen los indios, pobres, huérfanos e miserables personas, naturales de estas partes, donde por ello muchos de los de edad adulta se vendían a sí mismos e permitían ser vendidos, e los menores y huérfanos eran y son hurtados de los mayores y vendidos, y otros andan desnudos por los tianguises, aguardando a comer lo que los puercos dexan, y esto demás de su derramamiento grande y falta de doctrina cristiana e moral exterior y buena policía, fundé y doté a mi costa e de mis propios salarios, con el favor de Dios... y del Emperador..., dos hospitales de yndios..."²².

Fueron, por tanto, la compasión, el amor a tantos indios desvalidos los móviles que impulsaron a Quiroga, quien tenía, por lo visto, una concepción de la conquista y la colonización muy diferente a la de la mayoría de los invasores españoles, más justa, más igualitaria, más humana.

Para la organización y gobierno de sus pueblos-hospitales dejó escritas las "Reglas y Ordenanzas", inspiradas, por un lado, en las formas de convivencia de la Iglesia cristiana primitiva y en el modelo de sociedad descrito por el santo canciller de Inglaterra Tomás Moro en su *Utopía*²³, por otro. Por primera vez en la historia una concepción teórica sobre una Sociedad Ideal es ensayada en la práctica y corresponde a Quiroga el mérito de haber sido él quien —colocándose a la vanguardia una vez más— la aplicara a la realidad concreta de los pueblos americanos. Y lo hace con pleno convencimiento, pues estaba persuadido de que Moro sólo podía haber escrito su *Utopía* pensando en América, después de tener noticias de las condiciones del Nuevo Mundo y de los indios que lo poblaban.

Algunos estudiosos²⁴ han cotejado las Ordenanzas de D. Vasco, la *Utopía* de Moro y el Nuevo Testamento cristiano, y han puesto de manifiesto las no pocas coincidencias que existen entre los tres textos. Citemos algunos datos que pueden servir de ejemplo: en los pueblos-hospitales no había propiedad privada, sino régimen comunal; la propiedad raíz era inalie-

²² Ver "Testamento del Rvmo. y Venerable Sr. D. Vasco de Quiroga primer obispo de Michoacán" en *Vasco de Quiroga y Obispado de Michoacán*, Fimax Publicistas, Morelia 1986.

²³ Silvio Zavala fue el primero en estudiar la influencia de Moro en la Nueva España y en D. Vasco. Ver sus obras *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España* (México, 1937) y *Recuerdo de Vasco de Quiroga* (Edit. Porrúa, México 1965).

²⁴ Así Manuel Ceballos en su ponencia "Los hospitales-pueblo de Vasco de Quiroga: Visión de una sociedad deseable" presentada en el CREFAL, Patzcuaro (Michoacán) en octubre de 1989.

nable y su usufructo correspondía a todos los moradores del pueblo; el trabajo (fundamentalmente agrícola y artesanal) se organizaba en jornadas de seis horas, el producto obtenido de él se distribuía proporcionalmente, según las necesidades de cada familia, y el sobrante se empleaba en obras pías y remedio de necesitados.

El gobierno de los hospitales, por otra parte, respondía a un régimen patriarcal: en la base de toda la construcción quiroguiana se hallaba su concepto de "familia" —conjunto de diez o doce parejas casadas de un mismo linaje— cada una de las cuales era presidida por el abuelo más antiguo —el padre de familia— debiendo todos los miembros respetarle y obedecerle. Los padres de familia elegían, a su vez, a las otras autoridades del pueblo: el principal, los regidores (tres o cuatro, escogidos anualmente) y los jurados. La máxima autoridad era el rector, que debía ser un sacerdote adicto a los fines del hospital.

Estas "repúblicas de indios" gozaban de gran autonomía respecto a los poderes civiles. Los indígenas eran libres para ingresar o renunciar a ellas; claro que todo aquel que deseaba afiliarse debía comprometerse a acatar las Ordenanzas, pero el desacato a las mismas no se resolvía con la intervención de un poder público, sino mediante el padre de familia, los regidores o el principal, de acuerdo a la ordenación jerárquica familiar establecida.

Cuenta Cristóbal Cabrera —un clérigo castellano, de Burgos, que acompañó constantemente, durante casi siete años, a D. Vasco como coadjutor— que a todos los pobres que acudían a estos pueblos se les daba allí hospedaje, alimentos y catequesis. Y a los que querían regresar a sus casas "se les despedía con tanta benignidad, se les agasajaba con tantos dones, favores y dinero que a su paso por otras tierras... no cesaban estos indios de pregonar a voz en cuello y al son de trompeta, ante cuantas gentes encontraban, lo bueno del Evangelio y la apostólica benignidad del Obispo".

¿Qué tenía todo esto que ver con las otras instituciones de la colonia, con las encomiendas y reducciones, las otras dos fórmulas ensayadas por los poderes coloniales para reunir en comunidades a los indios vencidos y desperdigados? Las diferencias entre el sistema quiroguiano y los otros eran, pues, esenciales, arrancaban de la misma raíz. Tanto la política de Quiroga como su actitud personal estaban basadas en un auténtico espíritu de justicia, respeto y hasta amor al indígena, lo que no solía ocurrir en los otros casos. Por eso sus experimentos, aunque fueran aislados, obtuvieron tanto éxito; por eso los indios, que comprendieron la benevolencia del fundador, se acogieron voluntariamente a ellos; por eso casi todas las instituciones creadas por D. Vasco han pervivido durante siglos y su figura sigue siendo en la actualidad respetada, venerada, homenajead.

El historiador norteamericano B. Warren ha acogido el relato que hace don Juan, el gobernador de Santiago Tlatelolco, en marzo de 1536 —como parte del juicio de residencia que se le practicó a D. Vasco— por constituir, dice, la mejor descripción sobre el proceso de construcción de Santa Fe de México. Cuenta D. Juan que el oidor Quiroga vino a pedirle a él y a otros principales españoles que le construyeran una “casa de paja en Guajimalpa” y ellos se la hicieron. A los pocos días regresó y dijo que quería que los indios del barrio de México le edificaran una casa en Santa Fe y los del barrio de Santiago, otra; igualmente logró que se las construyeran y a cada una de ellas él la llamó “familia”. En realidad, no eran propiamente casas: estaban formadas por un patiecito, a la manera de corral, rodeado de diez casitas con una sola puerta. Quiroga les volvió a llamar —sigue relatando D. Juan— y les solicitó que levantaran otras dos casas como las primeras, pero más amplias y esta vez se las hicieron de quince casitas cada una. Después les pidió que le edificaran una cocina amplia, a fin de preparar alimentos para los que allí quisieran hospedarse, y una iglesia, ya que todo era para servicio de Dios; y le construyeron, además, al lado de ésta, cuatro celda para frailes y un refectorio. Y poco después los indios de Texcoco, de Otumba y de Tepeapulco construyeron una familia más, como las primeras... Así es como surgió y fue creciendo esta Santa Fe de México.

De 1532 a 1535 D. Vasco fue comprando nuevos terrenos para acrecentar las propiedades de su nascente pueblo y al tiempo que levantaba nuevos edificios, iba haciendo preparar la tierra y sembrar las primeras plantas. Muchos de los testigos que intervinieron en el juicio de residencia a Quiroga declararon que éste había gastado en su pueblo de Santa Fe todo lo que podía ahorrar o que antes hubiera ahorrado de su salario. Y el propio arzobispo Zumárraga, en una carta al Consejo de Indias, fechada en febrero de 1537, llegó a afirmar:

“... siendo oidor, gasta quanto S. M. le manda dar de salario a no tener un real y vender sus vestidos para proveer a las congregaciones cristianas que tiene en dos hospitales... haciéndoles casas repartidas en familias a su costa y comprándoles tierras y ovejas con que se puedan sustentar...”²⁵.

Así, ya no me extrañaba tanto que, cuatro siglos más tarde, se siguiera erigiendo estatuas en su honor, colocando placas de agradecimiento, dedicándole calles y plazas ¿Cuándo llegarían mis paisanos de Castilla a valorar la grandeza moral, la generosidad de este hombre?.

²⁵ Tomado de B. Warren: *Vasco de Quiroga y sus hospitales-pueblo de Santa Fe*, Universidad Michoacana, Morelia, 1977, p. 68.



Estatua de D. Vasco y la parroquia, fundada por él, en Santa Fé de Vasco de Quiroga.

Antes de entrar en la iglesia, prefiero asomarme a las dependencias parroquiales, que se hallan a la derecha: he visto entrar allí a algunas personas y pienso que tal vez podrían darme alguna información. Un sacerdote joven me atiende con una amabilidad extrema y me guía por la casa cural mientras comenta algunas generalidades acerca de D. Vasco; pronto se da cuenta, sin embargo, de que ya sé algo sobre el tema y cambia de táctica: "Ha de conocer a Juan Jiménez, él es quien mejor podrá explicarle todo". Le llama inmediatamente por teléfono y, a los diez minutos, ya tengo allí a Juan, un santafereño de apariencia sencilla y tez morena, sumamente dinámico e interesado en rescatar y divulgar la historia de su pueblo y de D. Vasco, sus dos grandes amores de adulto. Si Tata Vasco sigue haciendo milagros, Juan es uno de ellos. En seguida comienza a mostrarme libros y papeles, a hablarme de Vasco con pasión, como si fuera a faltarle tiempo para enseñarme todo lo que él sabe y tiene.

"Este pueblo, como sabrá, fue fundado el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz. Antiguamente se celebraba esta fiesta en Santa Fe, pero luego se perdió esta tradición, como tantas otras. Ahora el nuevo párroco, Manuel Zubillaga, está muy interesado en recuperarlas, en volver a las raíces y esto va a venir muy bien para nuestros propósitos".

¡Qué curiosa coincidencia! En esa misma fecha inauguró Quiroga su segundo pueblo-hospital, el de Santa Fe de la Laguna, y también se celebra en Madrigal, su patria chica, la fiesta mayor; en ella se venera precisamente la imagen que más devoción inspira en este pueblo castellano, la del Cristo de las Injurias, una antigua talla gótica ante la que en más de una ocasión debió rezar D. Vasco siendo niño. Entre todas estas circunstancias no podía dejar de haber alguna relación derivada de razones personales.

"Este pueblo-hospital fue la primera institución de beneficencia social del continente —afirma categórico Juan— por eso se la considera parte de la raíz cultural de América. Y eso se lo debemos a Tata Vasco, todo aquí arranca y tiene relación con él. Ese es el motivo de que hayamos adoptado como escudo de Santa Fe el de Quiroga, ligeramente modificado".

Así, por lo que hasta ahora llevaba descubierto, este de la familia Quiroga había dado origen en la Nueva España a otros cuatro escudos similares que me salían una y otra vez al paso: el del Colegio de San Nicolás, el de la Diócesis de Michoacán, el de la Universidad Michoacana y el de Santa Fe de Vasco de Quiroga, que tenía ahora delante. No cabía duda de que este castellano honorable sí había dejado una marca imborrable en los cimientos de la nueva cultura mexicana.

"Aquí cada año, sin falta, le hacemos un homenaje y se le recuerda constantemente. Para que se haga una idea, tanto el "kinder" como las escuelas de primaria y de secundaria más antiguas del barrio llevan el nombre de D. Vasco. En todos los grados de la enseñanza tiene, pues, un centro dedicado. El centro comunitario de Santa Fe se llama asimismo "Vasco de Quiroga" y en la Universidad Iberoamericana, que está aquí, a dos pasos, existe la sección de aulas "Vasco de Quiroga", con un gran medallón en el patio correspondiente alusivo a él; y en el Instituto Politécnico, donde yo trabajo, hay un mural con la efigie de Tata Vasco ocupando el lugar central. En la ciudad de México puede encontrar varias calles y hasta toda una colonia consagrada a este paisano suyo; también tiene un retrato de él, con la respectiva inscripción, en el Museo Nacional... Y otro en el mismo Palacio de Gobierno, en los grandes murales de Diego Rivera. ¡Ni se le ocurra marcharse de México sin haberlos visto!".

Después me pide que le acompañe. Anda por aquellas dependencias parroquiales como Pedro por su casa. En una de ellas se detiene ante un magnífico retrato de D. Vasco, fechado en 1737, una auténtica pieza de museo. Está de pie, con su amplia capa purpurada de obispo sobre túnica blanca; el rostro un poco abatido, como apesadumbrado; con dos dedos de su mano derecha parece acariciar la cruz que le cuelga sobre el pecho, mientras agarra con la izquierda un gorro negro, sacerdotal, apoyado sobre una mesa; tras éste aparece también la amarilla mitra episcopal. En el ángulo superior derecho del gran cuadro vuelvo a encontrar el escudo de los Quiroga y en la parte inferior, una inscripción en latín que hace referencia a la integridad y rectitud del primer obispo de Michoacán, "natus in villa de Madrigal Vurgensis Archiepiscopatus, anno 1470", muerto "in civitate de Patzcuaro anno Domini 1565", y a su carácter de fundador de los pueblos de Santa Fe y del Colegio de San Nicolás de Bari...

"Sepa Ud. —comenta Juan— que aunque el Colegio de San Nicolás que pervivió y se hizo famoso fue el de Patzcuaro, aquí también fundó uno para niños que llamó "San Nicolás" y que después, claro, desapareció. El de Patzcuaro, como sabrá, se trasladó a Morelia y en él se gestaron la libertad e Independencia de la nación...

¿Y no sabe que aquí, en Santa Fe, residieron Fidel Castro y "Che" Guevara antes de lanzarse a hacer la revolución a Cuba? Sí, hombre, hacían sus prácticas en el campo de tiro "Los Gamitos".

Debería haberle preguntado en qué basaba tales afirmaciones, pues no he podido confirmar después la existencia de ese Colegio de San Nicolás en Santa Fe; en realidad, sí hemos hallado después referencias a cierto colegio en este "hospital de México", pero nunca con ese nombre.

Me lleva a continuación a lo que él denomina "Salón histórico", una pieza amplia donde se exhiben fotografías, pinturas, objetos relacionados con la historia de este pueblo; así veo un cuadro de Gregorio López²⁶, otro de un Cristo crucificado —traído en el siglo XVIII— y los retratos de algunos religiosos menos conocidos. Me sorprende hallar allí una inscripción enmarcada referente a la visita oficial que hizo la ex-alcaldesa de Madrigal de las Altas Torres en 1982. Hay además una litografía de Santa Fe fechada en 1855, algunas reproducciones de cuadros de D. Vasco y fotografías sobre sus fundaciones más notables.

Pasamos después al interior de la iglesia, que consta de una sola nave —no muy grande— y está muy restaurada, hasta el punto de parecer reciente. Se halla bajo la advocación de la Virgen de la Asunción, cuya imagen, según Juan, es del siglo XVI y seguramente fue mandada fabricar por Quiroga; en todo caso está hecha con la técnica, típica michoacana, de pasta de caña de maíz. Y otra vez, automáticamente se me disparan las asociaciones, tan gratificantes como sorprendentes: de las dos parroquias del Madrigal abulense, una está dedicada —desde antes del nacimiento de D. Vasco— a San Nicolás de Bari y la otra, a la Virgen de la Asunción. Esta ininterrumpida serie de coincidencias levantaba una vez tras otra en mi memoria una emocionada polvareda de recuerdos; eran —así lo interpretaba yo— como guiños de reclamo que me lanzaban mis raíces, demasiado olvidadas.

Las imágenes de pasta de caña, por otra parte, debieron ser muy abundantes en esta primera época de la colonia, pues aún encuentro dos "cris-tos" —uno en la sacristía y otro en la capilla del Santísimo Sacramento— elaborados con esta técnica purépecha. Los dos son del siglo XVI —me informa Juan— pues los más antiguos, como éstos, "llevan los pies clavados superpuestos, mientras que los posteriores los tienen separados".

Eran las nueve de la noche cuando salíamos de aquel muestrario de reliquias del pasado y yo comenzaba a estar cansado, pero Juan insiste en que le acompañe a su casa, donde tenía grabadas —me dice— varias "cassettes" de radio y de "vídeo" con temas relativos a D. Vasco. ¿Cómo podía

²⁶ Moró en la ermita de D. Vasco de 1589 hasta que murió, en 1596, y es aquí muy recordado y venerado. Nació en Madrid en 1542 y pasó a México en 1562; aquí escribió su **Te-soro de las medicinas** y llevó, la mayor parte de su tiempo, una vida eremítica; murió rodeado de prestigio y en olor de santidad; sus restos reposaron en la parroquia de Santa Fe hasta que en 1616 fueron trasladados a la catedral metropolitana.

negarme? En el camino —que hacemos a pie— pasamos por delante del hospicio fundado por el inefable “Tata”, la primera casa-cuna del continente; es un edificio modesto, austero y hoy deshabitado, que queda muy cerca del recinto parroquial, a pocos metros de su puerta menor, por la que habíamos salido.

Subimos por una calle de apariencia tranquila: en el breve trecho que nos separa de su casa, Juan saluda con familiaridad a varios vecinos. Al llegar, atravesamos un patiecito y nos colamos en una vivienda modesta, pero arreglada. Al punto mi entusiasta compañero me ofrece un refresco y se apresura a sacarme un montón desbordante de papeles, referentes a D. Vasco, que extrae de estanterías, cajones y “escondites”: “fotos”, recortes de periódicos, programas de actos culturales, carteles... Aquello es un aluvión que yo devoro afanoso y deslumbrado, separando todo cuanto pudiera interesarme fotocopiar o me resulta especialmente curioso, como un folleto que narra, en lenguaje de “comic” la “vida ejemplar” de Tata Vasco.

Acto seguido nos liamos con las grabaciones: por la pantalla o el “radiocassette” van desfilando las fiestas de Santa Fe, diferentes actos de homenaje a D. Vasco, varias interpretaciones de canciones dedicadas a él, calles y edificios del “centro histórico”, la ermita y sus alrededores, discursos y conferencias sobre diversos temas quiroguianos... La casa de Juan es todo un archivo-almacén de materiales diversos sobre Tata Vasco y no puede haber, les aseguro, archivero más entusiasta y dadivoso.

A las once y media cede, por fin, a mi cansancio y me acompaña hasta la parada, pero a esas horas ya no pasan por allí “buses” ni camionetas y he de tomar un taxi. Tiendo la mano emocionado y agradecido a Juan, no me atreví a darle un abrazo, que era en realidad lo que en esos momentos estaba deseando.

Había decidido que al día siguiente saldría de nuevo hacia Michoacán. Antes de hacerlo acudí, una vez más, a la imponente plaza del Zócalo, una de las más grandes del mundo; ante sus proporciones los inmensos edificios de la catedral y el Palacio Nacional —que la limitan— no lo parecen tanto, se muestran como encogidos. En los meses que llevaba en México no había tenido la oportunidad propicia para penetrar en este último, que hallé ahora inundado de guardianes bigotudos y azules, y de turistas que pululaban con sus cámaras, “filmadoras” y anteojos; pronto —si es que logras entrar por la puerta acertada— te ves deslumbrado por los impresionantes murales de Diego Rivera sobre la historia de México. Las paredes que cercan aquella majestuosa escalera irradian un arte y colorido sobrecogedores: ellas quedaron radicalmente transformadas, alcanzaron la cima de la gloria el día en que el —posiblemente— más grande muralista de

nuestro siglo se puso a laborar sobre ellas, marcándolas con su sello imperecedero. Uno puede pasar allí horas, abstraído del mundo, si se entretiene en examinar cada episodio nacional, cada escena, cada figura con detalle. En aquel magno escenario, en aquella edición de lujo de la historia mexicana no podía faltar la figura egregia de Tata Vasco; allí, dentro del espacio ilustrativo de la vida colonial, aparecen hombres y mujeres representativos de diversas profesiones, actividades y clases sociales de la época; en medio de ellos dos figuras sobresalen: el fraile Pedro de Gante, que introdujo el sistema de educación de indígenas en México y, al lado, Vasco de Quiroga, que con rostro indulgente sostiene una mazorca en una mano, al tiempo que reparte con la otra —magna, magnánima— granos de maíz a un grupo de indios afligidos.

Tomo algunas fotos y me prometo volver allí con más tiempo a perderme, a recrearme en aquel milagro pictórico. Esa misma tarde recojo mis provisiones y salgo para Patzcuaro.

3. PATZCUARO, LA CAPITAL DEL PASADO

Para llegar a Patzcuaro he de pasar de nuevo por Morelia; hacemos una breve parada en su estación, pero esta vez no desciendo. A sesenta y tres kilómetros de aquella, por la carretera de Tiripetío, se halla la antigua capital de Michoacán, mirándose en su lago, deleitándose en la belleza del paisaje que la rodea. Patzcuaro es el prototipo de ciudad mestiza, en eso reside precisamente su encanto: ha sabido conservar a través de los siglos una arquitectura española modélica en su género, sin perder en absoluto su esencia mexicana, la gracia de su pintoresquismo purépecha. Pero, además, uno tiene la impresión de que también en otros aspectos se mueve entre dos aguas. Así, si sus ciento veinte mil habitantes hacen que podamos considerarla toda una ciudad, por otro lado su aspecto apacible y arcaico, el aire lugareño de la mayoría de sus calles y plazas nos producen la impresión de encontrarnos más bien en un gran pueblo castellano. Es, evidentemente, una ciudad del presente, con sus hoteles, casas de artesanía y centros nocturnos, pero al mismo tiempo, paseando por sus calles angostas y empedradas, semialumbradas por faroles herrumbrosos, uno piensa que ella es ante todo una ciudad del pasado. Tal vez a algunos esta fisonomía vetusta pueda ocasionarles enojo, a mí me produjo por el contrario la plácida sensación de haber aterrizado en un medio más puro y habitable, de hallarme en una ciudad todavía a la medida del hombre.

Si en Morelia predominan, como decíamos, los edificios en piedra, de dos pisos, aquí hallamos sobre todo la casa baja construida de adobe, con sus muros enjalbegados o encalados, aunque la parte inferior de los mismos —el “guardapolvo” que aquí llaman— está casi siempre pintado de rojo. En toda la atmósfera de Patzcuaro palpita ese color rojizo; no sólo por el citado zócalo, sino también por los tejados —casi siempre al alcance de la vista— por el colorido mismo del polvo, de la tierra, y por los continuos aleros, de ascendencia hispana —muchos de ellos vermejos— que sobre-

salen, con sus ménsulas de madera, en casi todas las calles de esta acogedora urbe. Claro que también se alzan algunas mansiones de dos plantas —no faltaron aquí tampoco algunas nobles familias— pero en aquellas el dintel es bastante más frecuente, frente a la arquitectura arquitrabada que campea en Morelia. Por ello —y por otros muchos motivos— ésta tiene un aire sin duda más señorial; el que se respira en las calles tortuosas de Patzcuaro, animadas de población purépecha, resulta en compensación más sereno y relajante, suavizado por la cauta reserva y la gentil dulcedumbre del indígena.

Al topónimo "Patzcuaro" se le han atribuido diversos significados: es "lugar donde tiñen de negro" para unos y "lugar de cimientos para templos" según otros²⁷. Pero es este último el que parece imponerse como más probable. En efecto, según una vieja crónica de autor anónimo, el origen de Patzcuaro fue la erección en tal lugar de un templo de Tata Uriata, el Padre Sol; en seguida se constituyó, por tanto, en centro religioso de los tarascos y fue el último baluarte en que ellos se defendieron de los conquistadores españoles. Como consecuencia de la victoria de éstos la ciudad casi se despobló, pero por poco tiempo. Pronto sería reconstruida y convertida de nuevo en núcleo religioso gracias a la intervención decisiva de Vasco de Quiroga, quien al año y medio —aproximadamente— de establecer su sede episcopal en la vecina Tzintzuntzan resolvió trasladarla a Patzcuaro —a comienzos de 1540— a pesar de la oposición que para ello encontró entre españoles e indígenas. Unos años más tarde proclamó además, a esta urbe retoñada, capital de la provincia de Michoacán. En ella levantó templos, hospitales y el primer colegio-seminario de América: el de San Nicolás Obispo. Hoy la obra benéfica de D. Vasco resuena todavía en cada uno de los rincones de la añorante Patzcuaro, en el corazón agradecido de cada uno de sus habitantes.

Apenas desciendo del autobús me despido de dos compañeras de viaje mexicanas, muy interesadas por las cosas de España: está empezando a anochecer y he de buscar un hotel. Lo primero que me sale al paso es un mercado callejero, apretado y animoso, con el colorido variopinto que le prestan las ropas, las artesanías —de barro, madera y cobre— y las múltiples frutas y verduras; lo atravieso curioso y desemboco en la plaza Gertrudis Bocanegra. Allí me hospedo, en un hotel modesto situado en uno de sus soportales.

Al día siguiente salgo temprano, estoy deseoso de perderme por aque-

²⁷ Para los primeros el nombre completo inicial sería "Tzacapu-Amúcul Patzcuaro", que literalmente significa "dónde están las piedras en la entrada donde se hace la negrura", mientras que para los segundos el nombre de Patzcuaro derivaría de la palabra purépecha "petá-hazcuara" o "petahzácuaro", "lugar de cimientos para cúes".

llas calles, de escudriñar ciertos lugares que llevo especialmente marcados en mi itinerario. En el centro de la plaza, arbolada, se alza la estatua furibunda de Gertrudis Bocanegra —la heroína de la Independencia fusilada aquí por los realistas en 1817— y, a un lado, el edificio más alto, el antiguo templo de San Agustín, con sus dos torres, fundado en 1576 y hoy convertido en Biblioteca Pública. Entro inmediatamente en él y vuelvo a sentir la sensación ambigua, desconcertante que experimenté en Morelia, al ver una biblioteca instalada en una iglesia. El verdadero tesoro de ésta se halla allá, al fondo de la gran nave, ocupando toda la pared cabecera: es el impresionante mural de Juan O'Gorman, ilustrativo de la historia colonial y estratificado en varios niveles; en el superior se representan los tiempos inmemoriales de los orígenes y la vida en la época precolombina; debajo, se muestra la llegada arrasadora de los conquistadores españoles, son los años aciagos de guerra, malos tratos y furias desatadas; contrasta la acción benefactora de los religiosos y algunos otros colonizadores en el siguiente nivel. Precisamente en el centro de éste destaca la figura de D. Vasco, en primer plano: aparece arropado, resguardado por una gran cortina que porta un ángel y respaldado por Tomás Moro y varios sabios antiguos y medievales, que parecen aconsejarle; con la mano derecha agarra una red de pescar (una de las principales fuentes de recursos de estos pueblos ribereños del gran lago) al tiempo que levanta la izquierda, magnificada, extendida, en actitud de enseñar a un grupo de indios artesanos que se encuentran trabajando sentados. Encima, presidiendo esta escena, se halla una fuente exuberante que se nutre de un libro y de la propia tierra y lleva marcado el rótulo "UTOPIA". La imagen no puede ser más significativa. Allí permanecí durante una hora, prendido por la fuerza y colorido que emana de aquel magno fresco histórico. Al dirigirme hacia la salida aún veo, en un muro lateral, un pequeño cuadro con el "Escudo de Armas del Illsimo. Sr. D. Vasco de Quiroga". Visito, a continuación, el Teatro Emperador, que se levanta justamente al lado, en el lugar que ocupaba el antiguo colegio de los agustinos. Allí tengo también la oportunidad de contemplar varias pinturas murales, de calidad muy desigual a la anterior. Una de éstas, firmada por un tal R. Cueva del Río, ilustra el encuentro del último rey purépecha, Tangaxoan II, con el conquistador español Cristóbal de Olid, acaecido en las cercanías de Patzcuaro en 1522; la otra —que lleva la firma de Bárcenas y la fecha de 1957— es un variado muestrario del trabajo artesanal en la región: hombres y mujeres se afanan aquí aplicando esmaltes a charolas y bateas de madera, fabricando guitarras o vasijas de barro, trabajando en un telar o elaborando una gran red de pescar... En la parte superior aparece el lago de Patzcuaro y, al lado, en el ángulo derecho, la figura reducida de un clérigo anciano, Tata Vasco, quien, cabalgando con sotana negra sobre

una mula blanca, parece contemplar complacido este florecer artístico que él mismo había impulsado. Eran dos solamente los locales que llevaba visitados y otras tantas las representaciones de D. Vasco que ya había encontrado, no tardaría en comprobar que en Patzcuaro es casi imposible dar veinte pasos sin hallar alguna referencia a él.

Subiendo por las calles Degollado y Buenavista uno viene a parar a la parte más alta de la ciudad, a una especie de plataforma anchurosa en la que antiguamente estaban asentados los "cúes" o templos indígenas y que hoy se halla ocupada por las tres grandes construcciones de Quiroga en este lugar: "la Basílica", el Colegio de San Nicolás y el templo del Salvador (más conocido hoy como "de la Compañía"). Esta práctica substitutoria, que por otra parte no constituía nada nuevo en la historia del cristianismo, respondía a un doble objetivo: reemplazar a los centros ceremoniales paganos por otros cristianos y aprovechar, en la medida de lo posible, los materiales de construcción extraídos de aquellos.

Me acerco en primer lugar a la Basílica, que se yergue al lado de una espaciosa plaza arbolada, con su fuente y sus bancos de piedra. Una celosía de ladrillo, no muy alta, delimita el atrio rectangular, al que se accede por una portada triple, monumental, con sus respectivas rejas de hierro forjado. En los alrededores proliferan los puestecitos de venta de objetos relacionados con el culto (desde velitas hasta escapularios) y algunos otros de dulces y artesanías.

La fachada, de estilo neoclásico, está constituida por dos cuerpos o niveles, rematados con un gran frontón triangular; la impresión que produce en su conjunto es de austeridad, de sencillez, en ella los elementos decorativos son mínimos: tan sólo algunas columnas de resonancias corintias, flanqueando los ejes de la iglesia, y las estatuas de los cuatro evangelistas que se resguardan en sendas hornacinas. Una torre se alza a la derecha, solitaria y chata, inacabada.

Un mendigo ciego hace sonar insistentemente las monedas de su lata, que se alarga pedigüña, apostado en la puerta misma del templo. Por encima de ésta, que aparece coronada por un arco de medio punto, se abre la ventana coral, de forma circular, y, a los lados, lucen sus llamativas letras mayúsculas dos largas inscripciones que destacan sobre el muro blancuzco. A la izquierda se lee:

"D. Vasco y la Virgen de la Salud.

3 de febrero de 1470 nació D. Vasco en España [en realidad esto nadie puede asegurarlo, pues no está comprobado] 25 de agosto de 1530 se embarca el Lic. Vasco de Quiroga para la Nueva España, viene como Oidor de la Segunda Audiencia. [Pa-

rece, sin embargo, que fue el 16 de septiembre]. A fines de diciembre de 1530 desembarca en Veracruz. 9 de enero de 1531 llega a la ciudad de México. 1533 visita Michoacán por acuerdo de la Segunda Audiencia.

1536 el Papa Paulo III funda la Diócesis de Michoacán y D. Vasco es nombrado Obispo de ahí.

22 de agosto de 1538 toma posesión de su diócesis.

1540 mandó D. Vasco fabricar una imagen de María Santísima a unos indios de Patzcuaro a la que poco después, por los muchos favores y curaciones de enfermos que de ella obtuvieron los indígenas, mandó grabar a los pies este epígrafe: "Salus informorum".

1737 la Virgen de la Salud fue elegida patrona de Patzcuaro.

8 de diciembre de 1899 se efectuó la coronación pontificia de esta imagen.

1924 el Papa Pío XI la nombra Patrona Principal del Arzobispado de Morelia.

20 de diciembre de 1962 después de un atentado la imagen quedó ilesa".

Hasta este momento aquella Virgen había sido una desconocida para mí, poco sospechaba entonces que en lo sucesivo, durante el tiempo que permanecería en Patzcuaro esta imagen no iba a dejarme ya ni a sol ni a sombra: en las paredes de las calles, en los muros de las casas, en ventanas y tiendas, sobre los pechos de incontables devotos, sobre los vidrios de los coches, no cesaría de toparme con carteles, estampas, escudos y medallas de esta Virgen acaparadora. Después me enteraría de que es una de las tres más veneradas en México, de que existen, bajo su advocación, no sólo una Asociación de Damas, sino también una Orden de Caballeros.

La otra inscripción, la que está a la derecha del portón, dice:

"BASILICA DE SANTA MARIA DE LA SALUD

1554 emprendió el Ilmo. D. Vasco de Quiroga la construcción de este edificio para su catedral, con proporciones grandiosas, pues lo que existe es apenas una de las cinco naves que se habían proyectado. Pasan los siglos sin noticias.

1805 se dedica nuevamente al culto, después de costosa reparación.

1845 se cierra por grandes averías del temible terremoto del 7 del abril.

1857 ya reconstruida vuelve a abrirse al culto.

1858 otro terremoto, del 19 de junio, derriba la torre, cuarte la bóveda, etc.

- 1867 el incendio del 5 de enero deja en ruinas este edificio.
- 1872 el Arzobispo Arciaga se propone reconstruirla.
- 1883 quedan terminados los trabajos y se consagra al culto.
- 1908 se erige colegiata por breve del Papa Pío X.
- 1924 se eleva a Basílica Menor por breve del Papa Pío XI".

El interior, por su aspecto, parece corresponder a un templo más reciente. Consta de una ancha nave cerrada, al fondo, por un ábside semicircular; la cubierta es de bóveda de cañón, algo rebajada y profusamente decorada con pinturas de lacerías verticales y cenefas. Por el pasillo central, entre las dos filas de bancos, varias personas avanzan penosamente de rodillas hacia el altar mayor con los ojos clavados en la Virgen; otras rezan estáticas, pero también fervorosamente. La tenue luz que se cuela por las reducidas ventanas abiertas en los muros sólo logran mantener a la nave en semipenumbra; contrasta con ésta la luminosidad del presbiterio, que se halla en un nivel más elevado y separado del público por una balaustrada de mármol. En el centro de él se levanta un templete o ciprés de ocho columnas, que casi alcanza a tocar la bóveda y constituye el principal foco de atención de la iglesia: no en vano cobija a la histórica y adorada imagen de la Virgen de la Salud. A medida que me aproximo parsimoniosamente hacia ella, voy contemplando las capillas que se abren en los muros laterales, o los grandes cuadros y retablos que los adornan, todo marcado por un persistente estilo neoclásico y por cierto aire de grandeza.

Con todo, este templo dista mucho de la utopía arquitectónica que, con respecto a él, concibiera D. Vasco. Como decía la inscripción, en efecto ésta que tenía ante mis ojos no era más que una de las cinco naves que habían de formarlo, las cuales debían estar exentas, dispuestas en la forma de los dedos abiertos de una mano. Escribe fray Diego Besalenque en su **Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán:**

"... luego trató de hacer la iglesia catedral que había de permanecer, la cual comenzó de cal y canto, de cinco naves, que todas iban a parar al altar mayor, y eran naves cerradas de bóveda, que los que estaban en la una no podían ver a los de la otra. Ella era una obra no vista en esta tierra, y con tanta grandeza se iba haciendo que, acabada, pudiera ser octava maravilla del mundo en edificios".

Aún pueden observarse restos de los cimientos de las cuatro naves no natas y algún pilar, en el exterior, destinado a servir de unión entre esta nave central y su adyacente. Las obras, tal como afirma la inscripción, debieron comenzar en 1554, por disposición de Quiroga; no tardaron en llover las críticas, sobre todo de los franciscanos, al costoso proyecto del obis-



Teatro Emperador Caltzonzin y biblioteca Pública "Gertrudis Bocanegra".



La Basílica de Ntra. Sra. de la Salud, única nave construida de las cinco proyectadas por D. Vasco.

po y a los sacrificios a que eran sometidos los indios que en él debían trabajar. Con todo D. Vasco persistió en su empeño por concluir la que sería la catedral más grande de la cristiandad americana, situada además en un lugar privilegiado por su belleza (dominando el paisaje del lago); sólo después de su muerte consiguieron sus opositores —en la década de los setenta— que tan descomunal proyecto se diera por descartado²⁸.

La imagen de Nuestra Señora de la Salud muestra, en su conjunto, una forma casi piramidal, pues debido al miriñaque los amplios manteos que la cubren se van ensanchando progresivamente hacia los pies. Mide algo más de un metro de altura, aunque vista desde aquí abajo queda algo empuñecida. Su rostro, de color dorado, está un poco inclinado hacia el lado derecho y semeja por sus facciones al de una indita tarasca; lleva las manos juntas sobre el pecho y su vestido blanco está ricamente bordado con hilo de oro, al igual que el manto azul; sus pies parecen asentarse sobre una luna de plata, símbolo de la Inmaculada Concepción. Completan su atavío aureola y corona de oro, collares de perlas, pendientes, anillos, una cruz con piedras azules, varios prendedores y unas llaves.

D. Vasco la mandó fabricar para colocarla como titular en la capilla principal del Hospital de Santa Marta, que fundó al lado. Se cuenta que fueron tantos los favores y curaciones que de ella obtuvieron los indígenas que el propio D. Vasco mandó grabar después, a sus pies, el epígrafe "Salus infirmorum", por lo que pasó a llamarse desde entonces "Virgen de la Salud". Desde sus orígenes adquirió, por tanto, fama de milagrera y hoy no es raro presenciar en torno a esta basílica caravanas de autocares en que centenares de devotos, procedentes de diversos puntos del país, acuden en peregrinación a venerarla y a solicitar sus mercedes.

Tan sólo una vez se ha puesto la mano sobre ella para modificarla: fue en 1690, cuando el cura Carreño decidió desbastarle el manto y los pliegues y aplicarle el armazón actual; pero ni siquiera en aquella ocasión llegaron a alterarse la cara ni las manos, que conservan su estado original. Y es verdad generalmente admitida que cuando el 20 de diciembre de 1962 un anticlerical se acercó a la imagen —hasta corta distancia— para descargar sobre ella diez balas de máuser, ésta quedó milagrosamente intacta. Tal vez fuera este incidente el que motivó que se colocaran los gruesos vidrios que ahora la circundan, protegiéndola por los cuatro costados.

Por detrás del citado templete se abre un pasadizo —que se amolda a la forma semicircular del ábside— con unas escaleras que te elevan a la altura misma de la estatua. El largo manto de la Virgen se prolonga hacia

²⁸ Para una mayor documentación al respecto, ver el libro de Mina Ramírez *La Catedral de Vasco de Quiroga*, El Colegio de Michoacán, Zamora (México) 1986.

atrás, se cuelga a través de una ranura abierta en la luna de vidrio posterior y alcanza a cubrir una parte de dicho pasadizo, como un palio. De este modo millares de devotos pueden desfilar por debajo de él, acogerse a su protección, acariciarlo con arrobamiento... y propinar, con recogida unción, sobre el vidrio protector los tres golpes prescritos para formularle a la Virgen un deseo. Y deben ser muchos los que ésta satisface, pues los muros de este pasillo están prácticamente recubiertos con exvotos: fotografías, escritos de acción de gracias, figuritas de plata (brazos, piernas, animales, corazones, ojos...), trenzas de pelo, ramos de novia, escayolas, zapatitos...

La Virgen de la Salud está hecha, como tantas imágenes de la época, con pasta de caña de maíz. Esta técnica venía de mucho antes de que llegaran los españoles. Los indios acostumbraban a hacer imágenes a sus dioses pequeñas y ligeras de peso para llevarlas a la guerra, con el fin de que ellos les protegieran. La materia que utilizaban para fabricarlas era "la médula del tallo del maíz, bien seca y molida, mezclada con bulbos de orquídeas silvestres". Resultaba así una pasta consistente y maleable, que se aplicaba sobre unos armazones previamente montados y se iba modelando hasta que se conseguían las figuras deseadas. La de esta Virgen, concretamente, fue hecha bajo la dirección de un fraile franciscano y es, al parecer, la primera en tamaño casi natural que hubo en el continente americano, siendo concebida en principio como una Inmaculada Concepción. Ha sido sin duda, y es, la más venerada en Michoacán y su nombre se ha mantenido ligado, durante siglos, al de Vasco de Quiroga, sin que podamos precisar quién de los dos ha prestado mayor ayuda al otro para ganarse la devoción de que ambos gozan entre los indígenas.

Pero lo que más me interesa de esta iglesia se encuentra debajo, en lugar más íntimo y recogido, como si fuera un valioso tesoro que no se muestra abiertamente. En un deambulatorio que transcurre tras el altar mayor se abren tres pequeños cubículos, invisibles desde los bancos distribuidos por la nave. En el central, muy tenuemente iluminado por un piloto rojo permanentemente encendido, se halla el sepulcro de D. Vasco; en el suelo, unos cestitos con flores. Penetro en él algo sobrecogido. Los restos están celosamente guardados en una caja fuerte, que muestra la típica rueda de la numerada del dispositivo secreto. Nada hay de especial en su superficie verduzca, apenas una escueta frase ("Illmus. Vascus A. Quiroga") y un pequeño dibujo que representa una casita, un camino y un campesino minúsculo que lo atraviesa. Allí sí se respira la austeridad que caracterizó a D. Vasco y ha caracterizado siempre a nuestra Castilla. Bien sé, "Tata", que esta lucecita roja, encendida en tu Michoacán, no se apagará nunca; como sé que ella es apenas un pequeño símbolo de tu luz. Tu verdadera luz brilla esplendorosa en las plazas, en tus pueblos-hospitales, en la experiencia tra-

dicional, perfeccionada, de los artesanos, en las almas de los indios que amaste, en los líderes que bebieron de tu pensamiento reformador y humanitario.

Los otros dos cubículos, más sencillos, guardan respectivamente los restos del primer abad de la basílica y los de Josefa de Nuestra Señora de la Salud y Gallegos, conocida por "la Beatita", una especie de trabajadora social muy pobre, que tuvo la iniciativa de fundar el cercano convento de Santa Catalina de Siena y se hizo muy popular en Patzcuaro por su generosa asistencia a enfermos y embarazadas. Aún algunas mujeres, cuando están encinta, acostumbran a colgarse una oración en la que se pide la intercesión de esta solícita comadrona.

La curiosidad me empuja a colarme en la sacristía abierta. Es una sala espaciosa que reviso inmediatamente con una ojeada apresurada. Enseguida descubro, en lugar preeminente, otro notable retrato de D Vasco. Lleva capa purpurada de obispo sobre un roquete blanco que semicubre, a su vez, la sotana negra. Aparece como un hombre de avanzada edad, unas breves canas circundan la expandida calvicie; está de pie, con su mano derecha descansando en una mesita y sujetando con la otra un libro de rezos que tiene entreabierto. En uno de los ángulos inferiores una inscripción repite los datos más destacados de su biografía y en la parte superior se muestra el escudo de la diócesis de Michoacán, derivado del de armas de los Quiroga. Otros cuadros cubrían buena parte de los muros, entre ellos uno que reproduce la imagen de la Virgen de la Salud en su forma original.

De pronto unos pasos a mis espaldas me sobresaltan, tengo la impresión de haber sido sorprendido en una falta. Pero en el rostro del sacerdote que descubro al girarme no hay muestras de enfado o de reproche. Le explico atropelladamente mis intenciones y él me tiende la mano con amabilidad. Es D. Antonio Carmona, canónigo de esta basílica, quien inmediatamente se presta a abrirme el sepulcro de D. Vasco y se explaya en explicaciones sobre él.

Desaparece un momento y, al regresar, me invita a acompañarle. Se mueve por aquellos ámbitos con extrema familiaridad, pero la caja fuerte se le resiste un poco. Después de marcar varias veces la numeración secreta, el dispositivo cede. "Es que la abrimos muy pocas veces", aclara. Los restos —el montoncito de huesos venerables— se mantienen en una urna de plata; entre ellos se distinguen claramente el cráneo, el fémur —alargado como corresponde a una persona de estatura— y otros de las extremidades. ¿Qué pintaba allí, sin embargo, aquella bolsa de celofán? Estaba cuidadosamente ligada, aunque al parecer sólo contenía un poco de tierra negra. El canónigo Carmona comenta que había sido depositada precisamente por una paisana mía, alcaldesa de Madrigal, que al visitar estos pagos de



Imagen de la Virgen de la Salud, mandada fabricar por D. vasco.

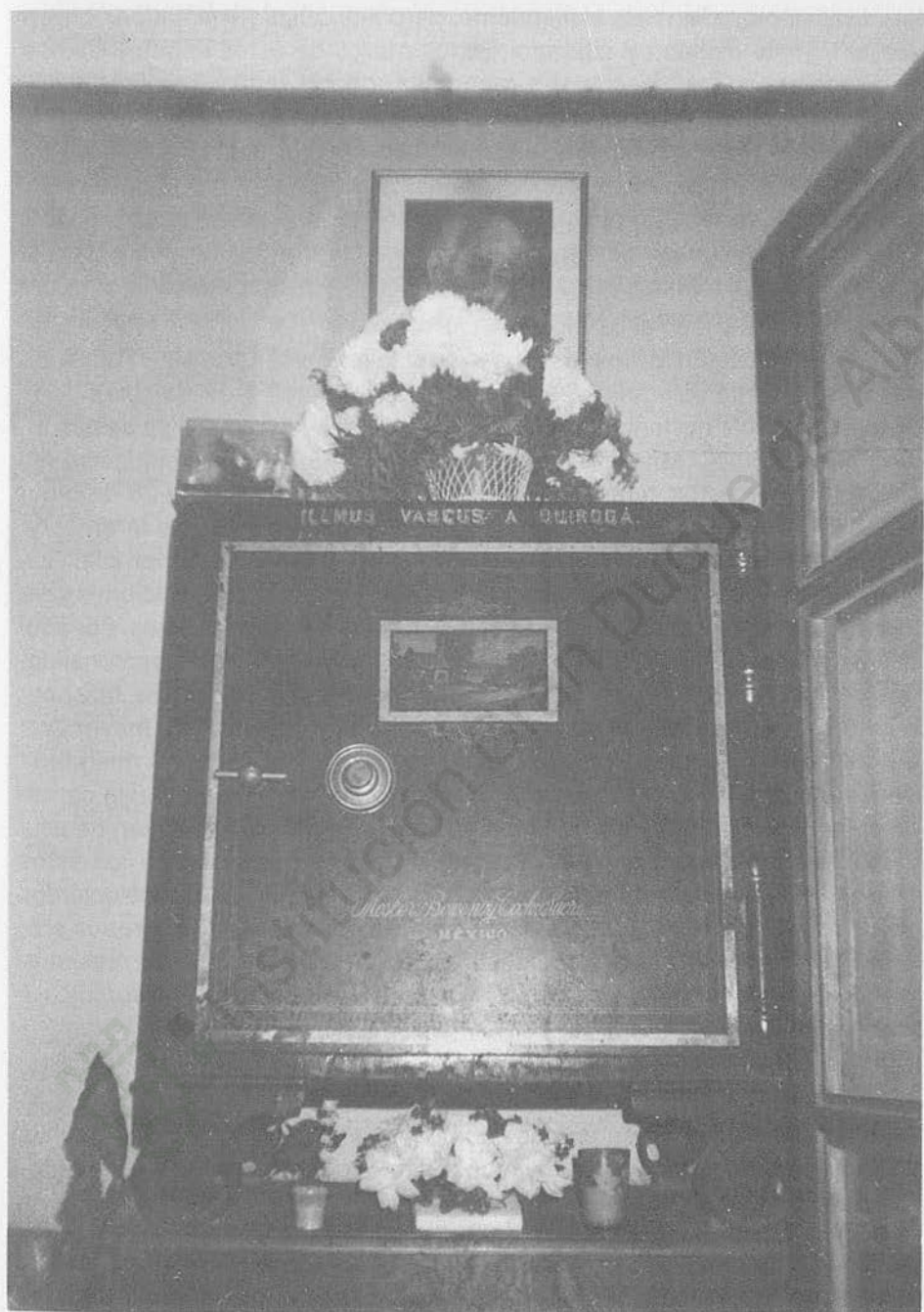
D. Vasco, invitada por el Ayuntamiento de Patzcuaro, había traído consigo unos puñados de tierra recogida de entre las ruinas del palacio de los Quiroga para ofrecérselos a los michoacanos. Una descarga de emoción me sacudió de arriba abajo: aquellos granitos negros y apretados que tenía ante mi vista eran pues, tierra de mi tierra...

A continuación el padre Carmona me condujo a otras dependencias catedralicias y me mostró varios libros referentes a D. Vasco, sin dejar de hablarme del inimitable obispo fundador, del "Ambrosio de las Indias" (por haber recibido, como este santo, todas las órdenes religiosas en un solo día), del castellano utopista que desarrolló toda su grandeza entre los indios, de los milagros que se le atribuían... Cuando me despido, dándole efusivamente las gracias, aún me regala un ejemplar de la obra **Vasco de Quiroga y obispado de Michoacán**, editada por el Arzobispado de Morelia²⁹. En la dedicatoria me da la bienvenida "a esta tierra unida a Madrigal de las Altas Torres por el agradecimiento". Y añade: "... para que hable a sus paisanos de una gloria de allá y de acá". Así lo hago, D. Antonio.

Llegados a este punto nos vemos obligados a romper el hilo de nuestra narración, a dar un salto en el tiempo. Un año después de los hechos que estamos contando, residiendo ya en España y tras haber escrito una buena parte de este libro, me enteré, gracias a la carta de un amigo mexicano, de la erección de un mausoleo a D. Vasco dentro de la misma basílica de Nuestra Señora de la Salud. De pronto me encontré con que mi relato quedaba desfasado, rebasado por la dinámica de los acontecimientos y decidí volver a México, visitar de nuevo Patzcuaro —para actualizar algunos datos y completar otros— tan pronto como las circunstancias me lo permitieran. Así lo hice en el verano de 1991. Consideré, sin embargo, conveniente mantener mis observaciones primeras relativas al sepulcro de Quiroga —por constituir éstas un testimonio no sólo de mis experiencias en aquel viaje, sino también de la forma en que durante años permanecieron los venerados restos— y añadir, por supuesto, a continuación las modificaciones halladas en mi visita posterior. En lo tocante a los demás aspectos tratados, he de decir que el texto primero seguía teniendo, en su conjunto, plena validez, por lo que sólo me limité después a agregarle pequeños detalles.

Patzcuaro en el mes de julio presenta un semblante algo diferente. Las lluvias, porfiadas y abundantes en esta época, la tornan una ciudad más fría, húmeda y oscura; sus árboles se hacen más presentes y los aleros de

²⁹ Al cumplirse los cuatrocientos cincuenta años de la erección de este obispado, él mismo publica dicha obra que recoge los escritos originales de D. Vasco, pues —tal como señala la introducción— "qué mejor cosa que volver a nuestras fuentes primeras para beber el agua pura y cristalina de las enseñanzas de nuestro primer obispo, Don Vasco de Quiroga".



"Caja fuerte en que se conservaban anteriormente los restos de Vasco de Quiroga".

las casas acompañan más al viandante, pero sus calles y mercados conservan la misma vitalidad y colorido. En los muros de éstos llegué a tiempo de observar aún varios carteles y escudetes sobrevivientes, relativos al 450 aniversario de la Virgen de la Salud y al traslado de los restos de D. Vasco, efectuado en el anterior mes de octubre. Para recabar datos sobre tales celebraciones consulté varios periódicos de esas fechas y me puse en contacto con el cronista de la ciudad, Enrique Soto, que al punto se brindó a proporcionarme generosamente no sólo toda la información que poseía al respecto, sino también algunos de los "posters" y programas de actos, impresos con motivo de las mismas.

Nunca —según varios testigos— se habían presenciado en Patzcuaro eventos de tanta solemnidad y fervor popular; nunca —en palabras de E. Soto— "se había gastado tanto dinero en pólvora y cohetes ni se había juntado tanto gentío" (asistieron, al parecer, en conjunto, unas veinticinco mil personas). Los actos centrales tuvieron lugar los días 26, 27 y 28 de octubre, pero desde una semana antes acudía cada día un obispo diferente, de México, para officiar una misa en la basílica patzcuarense en honor a D. Vasco y las actividades culturales (conferencias³⁰, conciertos, exposiciones y representaciones teatrales) se prolongaron durante casi todo un mes. Por aquí desfilaron las máximas autoridades del Estado y destacadas personalidades del país; el Nuncio de Su Santidad en México e incontables obispos; la principal cadena de televisión mexicana y los periódicos de mayor tirada; varios embajadores y rectores de diversas universidades; los miembros del Consejo Supremo Purépecha y, por supuesto, el grueso de esta comunidad. Todo el mundo coincide en subrayar la devota participación de esta última: la población indígena de la región lacustre se volcó en los actos como si su gran padre y protector hubiera muerto no hacía cuatrocientos años, sino justamente el día anterior. En la misma basílica varios grupos procedentes de comunidades diversas cantaron, rezaron, bailaron, presentaron "kanecuas" (coronas de flores) y otras ofrendas, hicieron discursos... Y todo ello en un clima estremecido de exaltación y respeto.

Los restos, mantenidos en todo momento en la citada urna de plata, fueron extraídos de la caja fuerte en que se hallaban, paseados en una procesión multitudinaria —engalanada con flores, cirios y sahumerios— por las calles céntricas de Patzcuaro, velados durante toda una noche —cantándoles alabanzas, a la antigua usanza— por miles de personas, conducidos a la plaza principal (la plaza "Vasco de Quiroga"), donde se celebraron la misa

³⁰ Entre los conferenciantes destacan los doctores Silvio Zavala y Francisco Miranda, dos de los más grandes especialistas en D. Vasco y la Universidad Michoacana expuso una interesante "Iconografía de Tata Vasco", con obras de arte antiguas relativas a él y objetos que le pertenecieron.

y el acto central de la inauguración, y devueltos de nuevo en procesión a la basílica para ser depositados en un rebuscado mausoleo, creado expresamente para tal fin. Créanme que, diez meses después, varias personas que habían acudido de otros lugares (Distrito Federal, Morelia...) a las que tuve entonces ocasión de consultar, todavía hablaban de este evento impresionados.

Enrique Soto tuvo la gentileza de acompañarme y mostrarme detenidamente el mausoleo de D. Vasco. Volvía, pues, a visitar la basílica de Nuestra Señora de la Salud, esta vez acompañado. Nada más entrar uno topa —en la cara interior del muro de la fachada, junto a la puerta— con dos textos enmarcados, en grandes letras. Uno es el Himno a Tata Vasco, en los idiomas español y purépecha. Dice así:

"Gloria y honor Tata Vasco son para ti
con tu corazón diste fe, diste amor a mi patria
y este Michoacán es testigo
que fuiste ternura y gran bondad.
A Morelos las clases tú le diste, Señor,
diste luz a las antorchas de ayer
derramaste tu valor
y la patria te premia y te da su amor.
Fuiste clarín celestial de grandeza,
a mi raza diste fortaleza.
Que vivas glorioso te dice Michoacán"³¹

El otro texto explica detalladamente el simbolismo del mausoleo:

"En el diseño del mausoleo o monumento sepulcral de Don Vasco de Quiroga, no sólo se ha buscado proporción y armonía, sino que, además, contenga en su forma y decoración un carácter alegórico de tipo histórico y religioso. De esta manera y analizando el pedestal toscano en cuyo hueco se ubica la urna con los venerables restos, se advierte que tiene volumen cúbi-

³¹ Reproducimos, como curiosidad, la versión purépecha del mismo que es en definitiva la original: "Kani k'eri, ambe, Tata Vasco, jindeskare t'u

cheeti mintsita jinguni inskusti jakajkukua
inskusti uembekua juchari k'uripuni
ka p'urhepecha isi undasindi
iski t'u jindeskia uandakua ambakitia.
Ka Morelosini t'urena jorhendisicare
T'ure inskusta t'inskua arhini kurhikakua ni
Ka uitsindekua cheeti uandakua etsakorhesti
iamendú k'uripuni uekaka inskuni.
T'u eskare vandakua auandarhu anapu.
sanderu k'eri juchari kuiripueri:
ka p'urhepecha isi uandasindi
eski t'u jindeskia uandakua ambakitia"

co tanto en lo exterior como en el pequeño espacio interior, con 80 cms. por lado, esto en razón a conceptos simbólicos muy usuales en tiempos de D. Vasco y que, en base a las Sagradas Escrituras llegaron a plasmarse en monumentos de tanta importancia como lo es El Escorial, considerándose que la forma cúbica tiene resonancias sagradas y es del agrado de Dios, pues Salomón configuró el lugar más santo en el templo de Jerusalén.

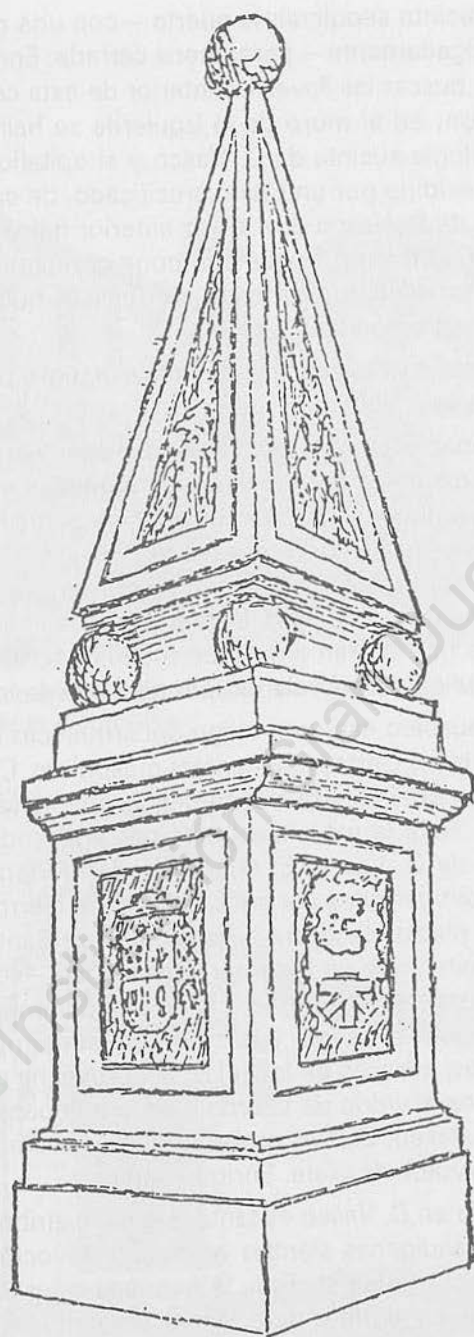
"Dispuso dentro, en lo más interior de la casa, el "debir" para el Arca de la Alianza de Yavé. El "debir" tenía veinte codos de largo, veinte codos de ancho y veinte de alto" (Reyes I. 6, 19-20).

Los cuatro escudos repujados y cincelados en placas cuadradas de cobre no sólo tienen una presencia por simetría y armonía heráldicas, sino por razón histórica. El de Don Vasco por ser imprescindible en este sitio y los de Tzintzuntzan, Patzcuaro y Valladolid (Morelia), por ser las tres innegables ciudades en que ha tenido asiento la sede episcopal michoacana y no en ningún otro lugar, además, y como coincidencia, fueron también las tres únicas ciudades que recibieron escudo de armas en Michoacán durante la época virreinal.

En lo que se refiere a la pirámide sobre el pedestal, representa la utopía cristiana, evangelizadora y humanista de Don Vasco, por ello muestra en sus cuatro caras, también en cobre repujado y cincelado, a los cuatro evangelistas, en sus alegóricas formas del águila de San Juan, el león de San Marcos, el toro de San Lucas y el hombre de San Mateo, todos alados conforme a la descripción apocalíptica.

En lo referente a las cinco esferas, constituyen una alusión a la Humanidad redimida y evangelizadora. El número cinco se asocia con el ser humano por tener éste cinco miembros que lo configuran y dan vida: cabeza, brazos y piernas. Además Cristo redime al género humano derramando su sangre por cinco llagas. Y, por último, con inspiración en las deseos y aspiraciones que Don Vasco tenía para formar una ideal y cristiana sociedad, no sólo en general, sino especialmente en la comunidad michoacana; las cinco esferas aluden a la Sabiduría, la Justicia, la Honestidad y el Trabajo, siendo la que culmina, remata y conjuga el Amor".

Al lado —en la parte trasera del templo, pero ya en el muro lateral izquierdo— se abre una capilla del siglo XVIII, cuadrada y no muy grande,



"Moderno mausoleo de D. Vasco".

que constituye el recinto sepulcral; la puerta —con una celosía que permite contemplarlo holgadamente— permanece cerrada. Enrique se separa un momento para ir a buscar las llaves. El interior de esta capillita presenta la siguiente disposición: en el muro de la izquierda se hallan, en letras bien visibles, una cronología sucinta de D. Vasco y el epitafio; al fondo, un retablo neoclásico presidido por un Cristo crucificado, de caña de maíz³²; a la derecha, el cuadro de D. Vasco que la vez anterior había encontrado en la sacristía y, en el centro mismo, lo que compone propiamente el monumento sepulcral: sobre un decorado pedestal, un obelisco que alcanza casi a tocar la pequeña cúpula octogonal.

El texto del epitafio va expresado en latín, español y purépecha. La versión castellana dice así:

"Impaciente por librarte de las redes engañosas del mundo, abrazas con amor las redes de humildes pescadores.

Creando los Pueblos Hospitales de Santa Fe, realizas el utópico sueño de Santo Tomás Moro.

Los siglos venideros repetirán tu nombre y serán tus obras las que hablen por ti para siempre.

Que por el gran amor que tus hijos te tienen sigas, como buen Tata que eres, velando por ellos desde lo alto".

La obra del mausoleo estuvo a cargo del arquitecto Manuel González Galván y no deja de tener ciertas resonancias masónicas. Con sus cinco metros de altura es pieza que no pasa fácilmente desapercibida. Dentro del pedestal ahuecado se aloja la urna, ejecutada por artesanos de Taxco, que contiene los restos de D. Vasco. El hueco queda fuertemente protegido: sus cuatro caras están cerradas por sendas rejas de hierro, cubiertas, a su vez, por las citadas placas de cobre —esculpidas en Santa Clara— que al ser removibles permiten que en determinadas fechas —sólo en ellas— los restos puedan ser vistos directamente. Enrique va abriendo las placas, una a una, con sus respectivas llaves; y mientras yo contemplo una vez más los venerados huesos, a través de las rejas, él aprovecha para golpear tres veces con los nudillos el vidrio de la urna y se queda pensativo, formulando interiormente su deseo. En una repisa que se forma en el pedestal observo decenas de exvotos de plata. Enrique explica:

"La fe en D. Vasco es tanta que se le atribuyen varios milagros. Los indígenas sienten verdadera devoción por él y, si te oyen hablar mal de su Tata, te expones a ser atacado. En realidad, entre las grandes autoridades del país, históricamente, los

³² Se le llama "Cristo de Animas", por un antiguo documento encontrado en su interior: una bula papal del siglo XVII para la obtención de indulgencias en favor de las ánimas del purgatorio, una copia de la cual se exhibe debajo.



Primera catedral de Michoacán (1566), mandada construir por D. Vasco. Al lado, el Colegio de la Compañía.



Primitivo Colegio de San Nicolás, creado por Quiroga, hoy Museo de Artes Populares.

purépechas sólo han reconocido a dos tatas: Tata Vasco y Tata Lázaro Cárdenas, pues éste también se preocupó por ellos. El primero les dio más, pero también les exigió más; bueno, les dio todo, pero igualmente les pidió todo. El resultado ha sido una gran obra conjunta que ha sobrevivido a través de los siglos. D. Vasco, como sabrá, es el precursor de la Seguridad Social en México y en toda América Latina, así como de las misiones jesuitas del Paraguay”.

Después de un rápido recorrido por el templo, me muestra un gran escudo de la diócesis —implantado por D. Vasco— y una gran pancarta enmarcada, con las palabras que Juan Pablo II pronunciara sobre Quiroga durante su visita a México³³. Uno y otra permanecen guardados en las dependencias parroquiales y se exhiben solamente en determinadas festividades.

Al lado de la basílica, sólo separado de ella por la avenida Benigno Serrato, se encuentra el inmueble del primitivo colegio de San Nicolás Obispo, hoy destinado a Museo de Artes Populares. Es un amplio edificio de adobe, sobre cimientos de piedra, de una sola planta y absolutamente carente de ornamentación. Una serie de ventanas, espaciadas rítmicamente y enmarcadas con chambranas de madera, rompen la maciza austeridad del muro, rematado por un alero. Sólo la puerta principal, que ocupa todo el chaflán, se ve enfatizada por una portada barroca del siglo XVIII, que va rematada por una esbelta espadaña con tres nichos perforados; el central, más alto. Por encima del dintel, en un espacio comprendido entre dos pequeñas hornacinas, hay una placa de piedra con estas palabras:

“El Ilustrísimo y Reverendísimo D. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, fundó en esta casa, por el año 1540, el Real Colegio de San Nicolás Obispo, el cual fue trasladado a la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, el 10 de octubre de 1580, en donde existe aún con el nombre de Primitivo y Nacional Colegio de San Nicolás de Hidalgo.

El Gobierno del Estado mandó colocar esta lápida conmemorativa el 10 de octubre de 1906”.

En el vestíbulo, todavía otra inscripción:

“Al ilustre D. Vasco de Quiroga y a todos los nicolaítas que durante 450 años han distinguido al Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo.

Ing. Leonel Muñoz. Rector. Patzcuaro, febrero 1989”.

Aún a costa de pecar de reiterativos, queremos reproducir aquí todas

³³ Estas palabras aparecen reproducidas en la parte final, entre las frases notables referentes a D. Vasco.

las referencias y testimonios que fuimos encontrando relativos a D. Vasco; su abundancia constituye, precisamente, la mejor prueba del cariño y reconocimiento que allí mantienen hacia su Tata. Y es que las generaciones michoacanas —nada devotas, en su mayoría, de la colonización española— han sabido distinguir a unos colonizadores de otros y valorar —tal vez más acertadamente que nosotros— a quienes adoptaron actitudes auténticamente civilizadoras frente a los que allí fueron solamente a “hacer las Américas”. Por eso no han tenido —ni tienen— el menor empacho en homenajear, a través de incontables estatuas, cuadros, calles, plazas, rótulos, inscripciones públicas y actos diversos a quien fuera precisamente uno de sus colonizadores.

Cuando le pido a uno de los encargados del museo que me fuera indicando los objetos allí existentes relacionados con D. Vasco, me responde con toda naturalidad:

“En realidad en esta región casi todo tiene relación con él. Los conquistadores y encomenderos habían destruido pueblos y ciudades; llega D. Vasco, los reconstruye y empiezan a florecer. El desarrolla mucho, por ejemplo, la artesanía; trae alguna técnica nueva a los indios, pero casi todas las que éstos usaron eran de antes. Lo que él hizo fue organizarlos y enseñarles sobre todo formas, modelos que no conocían. Y es que antes los objetos tenían preferentemente un uso religioso, mágico, ritual. Con D. Vasco se amplían sus usos, se emplean para menesteres cotidianos y, claro, se diversifican las formas...”

En el museo inmediatamente salta a la vista la mezcla, o mejor, el sincretismo de civilizaciones. En los suelos las piedrecitas se combinan con huesos de reses y en muchas dependencias se observan artesanados semejantes a los mudéjares nuestros o restos de los frescos originales, sobre los muros blancos. En seguida topamos con una vieja pila bautismal en piedra —decorada con figuras en bajorrelieve y cargada de resonancias de los tiempos evangelizadores— que, según me aseguran, perteneció a Tata Vasco; también con varias imágenes cristianas, pero que llevan un indiscutible sello americano, pues los rostros acusan evidentes rasgos mestizos; y con algunos muebles de estilo castellano.

Las distintas dependencias del colegio se distribuían en torno a un patio renacentista, hoy alegrado con un jardincito y un pozo en el centro. La cocina es amplia, guarda olor a humo dormido en sus paredes y sabor hogareño en sus chimeneas y fogones; me dicen que es la típica michoacana, pero su disposición se asemeja a la de las cocinas de muchas casas solariegas castellanas. En las alacenas se amontonan vasijas, ollas de diferen-

tes tamaños, cazuelas y cántaros de barro... No faltan las típicas ristras de ajo trenzadas, el lavadero de madera, los arcones; pero hay otros utensilios que hablan de raíces diferentes, como el molcajete (especie de almirez que sirve para moler especias y preparar salsas) o el metate (piedra negra abarquillada, usada para moler maíz)...

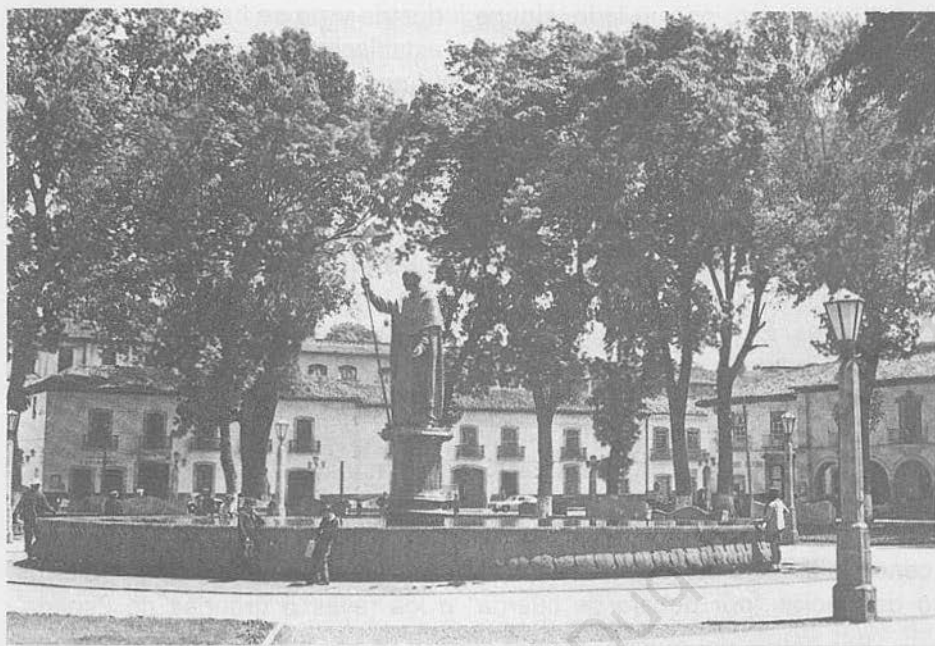
En el espacioso comedor se exhiben vajillas de Tzintzuntzan, cerámicas de Santa Fe de la Laguna, objetos en cobre de Santa Clara, monstruos y figuras fantásticas de Ocumicho... No podían faltar aquí las máscaras, de madera o barro, que representan animales, personas o seres monstruosos. Me explican que se usan en las fiestas (navidades, carnavales...) en las pastorelas y en las danzas, como la de "los viejitos", originaria de Jarácuaro, muy típica hoy en todo Michoacán y ya famosa en todo el país.

Una de las salas está reservada exclusivamente a objetos de madera, de los que había asimismo una amplia variedad en tamaños, formas y estilos de decoración. Unos, fabricados aquí, en Patzcuaro, remarcen el perfilado de sus figuras con laminilla de oro; otros, procedentes de Quiroga, se adornan con pinturas efectuadas con pinceles; los hay también decorados con técnicas prehispánicas, como la denominada "maque", muy típica, que consiste en la aplicación con las manos de un barniz denso y brillante. También los materiales utilizados son muy diversos: se usan maderas de haile, de cirimo, guajes, cortezas de calabaza, panikua (o pajas largas de trigo) el tule (para petates y figuras).

Amplio surtido hallamos igualmente en la sala dedicada a la cerámica. Hay piezas representativas de Santa Fe, de Puruándiro, de Sinapara, Cucucho, Patamba, Capula, Ocumicho... Cada colección local tiene sello propio, rasgos característicos. Y no podían faltar, evidentemente, los conjuntos de figuras alusivas a la ofrenda del Día de Muertos³⁴; ni las manufacturas textiles, elaboradas en su mayoría con técnicas de origen prehispánico; los indígenas, en este aspecto, utilizaban el telar de cintura (o "patakua") y, como material, el algodón; los españoles, en cambio, introdujeron el telar de pedal y el uso de la lana.

Esta diversidad de industrias y de estilos tiene su base, como se ha dicho, en la misma organización inicial de que les dotó D. Vasco. El pretendió que cada pueblo se especializara en un tipo de artesanía, de esta forma

³⁴ La Fiesta de Muertos es una de las más típicas y extendidas de México. La noche del 31 de octubre las gentes visitan los cementerios para hacer ofrendas a los niños muertos y en la noche del primero de noviembre hacen lo mismo con los adultos: llevan velas, sahumerios y un arco adornado con flores amarillas del que cuelgan figuras de azúcar, panes y frutas. Así se ponen a invocar el "descenso de las Animas", a las que se ofrecen, además, aquellos objetos y alimentos que ellas preferían en vida.



Estatua de "Tata" Vasco. En la plaza Vasco de Quiroga de Patzcuaro.



Casa de los 11 Patios. En la calle Madrigal de las Altas Torres, en Patzcuaro.

todos poseerían, por un lado, alguna industria y no se harían, por otro, la competencia entre sí. Paralelamente fue estableciendo los "tianguis" o mercados, a los que los artesanos de cada lugar concurrían periódicamente para vender sus productos.

Vuelvo a encontrar un Cristo de caña de maíz, cuya fabricación —se dice— fue dirigida por D. Vasco, al igual que la de la Virgen de la Salud. En todo caso, sí debía ser del siglo XVI, pues llevaba los pies superpuestos. Las primitivas eran, por lo general, más fieles a los modelos europeos, cristianos, debido a que su elaboración fue más vigilada, dirigida, por los evangelizadores. En las posteriores se permitió un mayor grado de libertad al artesano indígena, ya iniciado, por eso suelen mostrar más rasgos amerindios. No fueron raros los casos en que se escondieron secretos en el interior de estas imágenes, tanto por parte de los indios como de los españoles; los primeros guardaban a veces aquí sus dioses o ídolos, para escamotear las imposiciones religiosas de los invasores y poder así seguir adorándolos; los españoles, para no ser menos, aprovechaban la aparente inocencia o la inviolabilidad de las mismas para enviar mensajes encubiertos o denuncias "por debajo de cuerda" a los reyes o grandes de España.

Por detrás del museo, aunque dentro de sus pertenencias, se observan aún importantes restos de los antiguos "cúes" o "yácatas" prehispánicas. Fue éste precisamente —como decíamos— el lugar elegido por D. Vasco para fundar lo que sería la principal arma de los colonizadores cristianos en esta región para suplantarlo a las religiones paganas.

Quiroga pronto se dio cuenta de que para una organización sólida y duradera de su diócesis necesitaba más clérigos; preferentemente educados bajo su tutela, con espíritu de servicio, sensibles a los problemas de los indígenas, buenos conocedores de sus lenguas y culturas, partidarios de la integración cultural y racial que él postulaba. Al aceptar el obispado había contraído la responsabilidad de atender a las necesidades espirituales de una inmensa multitud de gentes heterogéneas y debía, por tanto, formar ministros competentes, buenos conocedores del campo que habían de arar y sembrar. Así, adelantándose al Concilio de Trento, funda este centro de San Nicolás, el primer colegio-seminario de América, destinado primordialmente a formar a quienes serían sus colaboradores en el presente y a convertirse en pilar firme de la diócesis de Michoacán para el futuro.

Y determinó que en él fueran admitidos "mozos españoles y limpios que no bajasen de veinte años de edad a instruirse en latinidad y materias morales por espacio de cuatro años, para que sin demora considerable fueran útiles a la Iglesia"³⁵

³⁵ Ver el libro de J. José Moreno *Vida de Don Vasco de Quiroga*, Balsal Editores, Morelia, 1989.

Pero no se quedó ahí: quiso, además, que, cumpliendo también las funciones de colegio, hubiera en él alumnos indígenas que aprendieran a leer y escribir y, al mismo tiempo, enseñaran sus respectivas lenguas a quienes iban a ser sus pastores. Con esto D. Vasco, como dice Francisco Miranda, daba un paso más en relación con lo ya iniciado en sus pueblos hospitales, pues mientras en éstos

"... los indios permanecían aislados de los otros grupos de la población, españoles y mestizos, aquí se les integra en la sociedad. Esta medida de Quiroga tiene una gran profundidad pedagógica para llegar al fin que se proponía en toda su obra que era elevar a los indígenas de su posición de inferioridad frente al español, dándoles oportunidades en su colegio. El obispo, preocupado por el mejoramiento de los indios, no encuentra manera más apropiada de favorecerles que fundando un colegio donde, junto con la ciencia, se les inculcara la religión y tuvieran ocasión de tratar con los españoles..."³⁶

Así lo deja sentado D. Vasco en su testamento:

"Sean perpetuamente en él gratis enseñados los hijos de los yndios vecinos y moradores de esta ciudad de Mechuacán y de los barrios de la laguna que también ayudaron en los dichos edificios que quisieren y sus padres enviaren allí a estudiar y ser allí enseñados en todo lo que allí se enseñare o leyere y esto sea gratis, como es dicho..."

Además dejó establecido que en este centro quedaran reservadas algunas habitaciones para que pudieran disponer de albergue gratuito los indios que tuvieran que acudir a Patzcuaro para resolver cualquier asunto ante las autoridades civiles o religiosas.

Con todo ello D. Vasco dejaba constancia no sólo de su preocupación por los indígenas necesitados, sino también de su decidida voluntad de que se produjera un contacto íntimo entre sus clérigos y los indios a quienes posteriormente iban a catequizar y administrar; aquello no era, pues, sólo un seminario, era también un campo de entrenamiento.

En cuanto a los resultados, sabemos por una información que se hizo en 1576 para conseguir del rey alguna merced —el documento se halla en el Archivo de Indias de Sevilla— que hasta ese tiempo

"... habrían salido del colegio más de doscientos sacerdotes que, instruidos en las lenguas del reino, habían predicado y

³⁶ Ver la obra de Francisco Miranda: *Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás*, Universidad Michoacana, Morelia 1990, p. 140.

propagado maravillosamente nuestra fe; que había salido otro número igualmente considerable para las religiones, donde obtenían actualmente el honor de la prelación y, por último, que en todas las iglesias de este reino en las prebendas y dignidades, añadiendo todos que esto y más se juzgaba corresponder a la instrucción y mérito que del colegio sacaban”.

Con el correr de los años, el Colegio de San Nicolás fue incorporando nuevas cátedras: Filosofía, Teología, Escolástica, Moral... Ya hemos hablado del posterior traslado del mismo a Morelia, en 1580 y de la importancia decisiva que tuvo en el movimiento de la Independencia mexicana. Digamos, como anécdota curiosa y significativa, que cuando nuestra María Zambrano tuvo que exilarse con motivo de la Guerra Civil, vino a parar a Morelia y a ocupar, de 1939 a 1940, la cátedra de Filosofía en este Colegio de San Nicolás; años más tarde, al recibir en 1988 el “Premio Cervantes” no pudo evitar dedicar un recuerdo emocionado en su discurso a este centro nicolaíta, que entonces la acogiera.

Al abandonar yo aquel monumento de la historia michoacana y a la variopinta muestra de arte popular que ahora contenía pensaba justamente en las palabras, nada exageradas, que aquel empleado me había dicho al entrar: efectivamente en estas tierras prácticamente todo guardaba relación con Tata Vasco.

Justo al salir, a la izquierda, entre este museo y el colegio de la Compañía se alza, sobre dos escaleras, una pequeña plataforma rectangular, de escasa altura sobre el nivel de la calle. Es un depósito de agua. Sobre éste se asienta, a su vez, un pedestal octogonal, rematado por un templete que alberga una estatuilla en piedra de la Virgen de la Salud. En el pedestal se lee:

En esta caja se distribuye el agua del manantial que el gran Padre D. Vasco de Quiroga hizo brotar con su báculo pastoral en 1540.

Cuando este agua fue insuficiente para la población, el Sr. General de División D. Lázaro Cárdenas hizo traer el caudal de los manantiales de San Gregorio en 1940.

Patzcuaro guarda gratitud a sus bienhechores”.

Tradicionalmente ha venido circulando en Michoacán la leyenda del milagro que hizo Tata Vasco con el agua. Ante la escasez de ésta en Patzcuaro —en la actualidad sigue escaseando ocasionalmente— se dice que el tenaz obispo golpeó con su báculo en el suelo e inmediatamente comenzó a brotar un caudal de agua salvadora. Para las gentes sencillas de Patzcuaro este milagro del agua de su Tata es una verdad incuestionable. Y es



"Calle Madrigal de las Altas Torres" (Patzcuaro)".

que, según el P. Carmona, no son pocos aquí los que le han tenido, y tienen, por santo.

Versión muy diferente me daría, unos días después el historiador B. Warren, menos aficionado que los mexicanos a explicaciones míticas o sobrenaturales; éste me confesó que, según testimonio de un indígena recogido en una crónica de la época, D. Vasco había decidido asentar aquí su colegio por existir en las cercanías un buen manantial de agua. Y realmente debió ser ésta una de las razones.

En efecto, a unos veinticinco metros de distancia por detrás, en la calle Alcantarillas, se encuentra dicho manantial, cubierto por una cimbra que se eleva sobre la superficie irregular de la calle; por tener aquella una forma cóncava, semejante a la del caparazón de una tortuga, el ingenio popular le ha asignado el nombre de "Fuente de la Tortuguita". Otra inscripción, sobre el muro blanco vecino, insiste en el milagro de D. Vasco:

"Tú que pasas
detente y escucha.
Aquí el inmortal
DON VASCO DE QUIROGA
hizo brotar este manantial
al golpe de su báculo.
Así lo asegura una tradición
constante a través de los siglos.

Recuérdalo
y venera la memoria del pastor que tanto bien nos hizo.
Septiembre, 14 de 1956".

El Colegio de la Compañía quedó lógicamente clausurado como tal a finales del siglo XVIII, cuando se expulsó a los jesuitas de estas tierras. Posteriormente se le fueron dando otros usos (así, funcionó durante algún tiempo como centro federal de enseñanza, que llevaba, por cierto, el nombre de "Vasco de Quiroga"); pero desde hace algunos años se encuentra fuera de servicio y, a pesar de que sus muros han sido blanqueados, presenta hoy el aspecto de un caserón deshabitado. Según proclama un llamativo cartel adosado a la fachada, es patrimonio del Estado de Michoacán y está siendo restaurado por el Municipio de Patzcuaro para ser destinado a "Casa de la Cultura y Museo en honor de D. Vasco de Quiroga, benefactor de nuestra raza purépecha"³⁷ ¿Es que los michoacanos no iban a cansarse nunca de airear este nombre?

La Compañía de Jesús llegó a establecerse en Patzcuaro gracias a las

³⁷ Las obras, sin embargo, en nuestro segundo viaje se hallaban interrumpidas.

gestiones de Vasco de Quiroga, quien, consciente del espíritu combativo de esta nueva orden y de los trascendentales servicios que podría aportar a su diócesis, entra en contacto con Francisco de Borja para negociar la venida de algunos de sus miembros. Y los jesuitas llegaron finalmente, aunque unos años después de la muerte del providencial obispo (debió ser en 1572); inmediatamente se entregaron a la construcción de su colegio, que comenzó a funcionar como tal a comienzos del siglo XVII.

Contiguo a éste, caminando hacia el sur, hallamos el Templo de la Compañía, como se le denomina en la actualidad, aunque originariamente, cuando fue erigido por D. Vasco, llevaba el nombre de "El Salvador". Me aproximo hacia su fachada principal que mira al norte, con su única torre, algo "chaparrita", animada por las campanadas de un antiguo reloj, que, según me dijeron, había inspirado sugestivas leyendas. Es un edificio envejecido, de adobe; la blancura de sus viejos muros encalados se ha visto progresivamente carcomida por el marrón verduzco impuesto por el paso del tiempo y el abandono.

Al entrar, sobre el parteluz de madera que divide la puerta, se lee este letrero:

"Templo de la Compañía, edificado por mandato de D. Vasco de Quiroga en 1540, siendo su primera catedral".

El interior es de una sola nave, sin crucero —como todas las catedrales michoacas del siglo XVI— y presenta un aspecto bastante destartado. Nuestras pisadas resuenan espectralmente sobre el piso de tablones ajados. Enseguida topo, sobre el muro lateral derecho, con una efigie de D. Vasco, aunque esta vez sólo se trata de una pequeña reproducción en blanco y negro, enmarcada, del retrato que vimos en el Museo Michoacano de Morelia; en el muro de enfrente otro texto — en cartulina y con letras más que regulares— insiste en explicar la especial significación de este templo:

"Esta iglesia fue mandada edificar por el Ilmo. Sr. Don Vasco de Quiroga para establecer la primera catedral de Michoacán, iniciándose la obra en el año 1540 y abriéndose al culto en el año de 1546.

Este templo conservó su dignidad catedralicia hasta 1565 en que fue trasladada la sede a la actual basílica, fallecido el Sr. Vasco de Quiroga.

En 1572 se les sedió (sic) a los padres jesuitas para que se establecieran".

Al lado, clavadas con chinchetas, hay varias esquelas, unas escritas a mano y otras, a máquina. Reproduzco solamente dos:

"Doy gracias al Señor D. Vasco de Quiroga por su intercesión ante Dios Nuestro Señor para que sanara a mi esposo de la grave enfermedad que padecía. Como lo prometí hago público mi agradecimiento por el favor recibido.

María Teresa P.S."

"Para la mayor Gloria de Dios y de su siervo D. Vasco de Quiroga hago saber a los que la presente vieren que: mi esposo Pablo Rodríguez adquirió el feo vicio de la embriaguez, lo que trajo a nuestro matrimonio una vida amarga, llena de disgustos y de quebrantos. Yo acongojada recurrí llena de fe al santo de D. Vasco, pidiéndole el remedio de mi necesidad y un día en que mi situación era ya desesperada vine a orar ante los restos del buen obispo, le pedí llena de angustia que viera mi necesidad y que me alcanzara de Dios Nuestro Señor el remedio a tanto mal; después llamé tres veces a la puerta de su urna y desde entonces (año 1943) mi esposo dejó de beber y hoy vivimos pobres, sí, pero contentos con la bendición de Dios y de D. Vasco.

Felipa V. de R."

De pronto un hombre joven sale de la sacristía y me acercó a él por ver si puedo sonsacarle algo; es Eugenio Calderón, un profesor de historia de "secundaria", quien se ha ofrecido gratuitamente —según afirma— para cuidar de este monumento de Michoacán venido a menos. Apenas llevamos hablando cinco minutos, cuando me confiesa, en tono de queja, que, debido a la falta de mantenimiento, algunas de sus partes amenazan ruina y que él no había cesado en los últimos meses de lanzar gritos de auxilio a las autoridades del Estado y del país para conseguir la urgente restauración de este histórico edificio.

Después me pide que le acompañe, pues quiere mostrarme algo en lo que nadie repara. La parte superior de los muros laterales se halla decorada, a todo lo largo de la nave, con pinturas de lacerías vegetales; pero éstas se ven interrumpidas, a intervalos iguales, por lo que en principio parece una serie de escudos independientes y después resulta ser cada uno de los cuarteles que formaban el escudo de D. Vasco. En el muro de la derecha se hallan los correspondientes al original, traído por Quiroga, mientras que en el opuesto aparecen los del escudo de la diócesis de Michoacán (en éste sólo cambia un cuartel con respecto al anterior: las barras de plata son sustituidas por una cruz griega).

Y Eugenio me hace descubrir algo aún más curioso. Camufladas entre los follajes pintados se esparcen diversas fechas sueltas, casi imperceptibles desde abajo: 3 febr. 1470 (fecha en que se supone que nació D. Vas-

co), 1529 (año en que la emperatriz le propone venir como Oidor a México), 1531 (en cuyos comienzos es recibido solemnemente en la catedral azteca), sept. 13 de 1533 (tal vez referida a la fundación del pueblo hospital de Santa Fe de la Laguna), agosto 6 de 1538 (en que es electo obispo de Michoacán), 1546, 1555, marzo de 1565 (fecha en que muere)... Allí estaba, pues, insinuada, casi perdida por las nubes, toda una cronología de Quiroga. Y seguramente habría más fechas escamoteadas. Durante unos minutos parecía que estábamos jugando a uno de esos pasatiempos de observación atenta.

Eugenio es buen conocedor de D. Vasco y habla de él con pasión. Cuando le digo que en su tierra éste es un personaje prácticamente desconocido, se ríe incrédulamente y lo toma como una bufonada irónica mía.

"Yo en clase tengo que explicarle cada año. Bueno, en todas las escuelas se le estudia. Pues, si no, ¿a quién vamos a estudiar, "mano"? Si él es el mero padre de la civilización michoacana. Sin él no seríamos lo que somos. Pero es que, además, aquí muchas personas le rezan como si fuera un santo. ¿Ha visto aquellos papelitos de agradecimiento? Y el nombre mismo de "Vasco" lo llevan muchos niños".

Nos hemos ido acercando al altar mayor. Unas escaleras dan acceso al presbiterio. Allí, en el muro de la izquierda, está incrustada la gran lápida de mármol que antiguamente cubriera la tumba de Tata Vasco. Grabada sobre ella está el escudo de la diócesis y, debajo, una extensa inscripción en latín cuya traducción al castellano dice así:

"A D. Vasco de Quiroga, varón santísimo por su calidad apostólica y por sus demás excelentes virtudes, padre verdadero de nuestra patria, quien desempeñando íntegra y ejemplarmente el cargo de Real Orden y después consagrado obispo de Michoacán, abrió con inspirado acierto para la verdad de Cristo estas abruptas regiones y quien no sólo ablandó con ley de humanidad a los duros terrígenas, amándoles con singular benevolencia aún para sus artes mecánicas y hecha muy sabiamente por él mismo la distribución de ellas, dio admirables ordenanzas que guardando la memoria de tan singular maestro son todavía observadas fielmente por los indios de los pueblos".

Eugenio me explica que originariamente sus restos fueron depositados en un ataúd de madera policromada y enterrados bajo el suelo de esta su primera catedral; a continuación fueron mudados al interior de una capillita que ahora iba a abrirme y enseñarme y, finalmente, en 1940, trasladados a la Basílica de la Salud, como yo ya sabría.

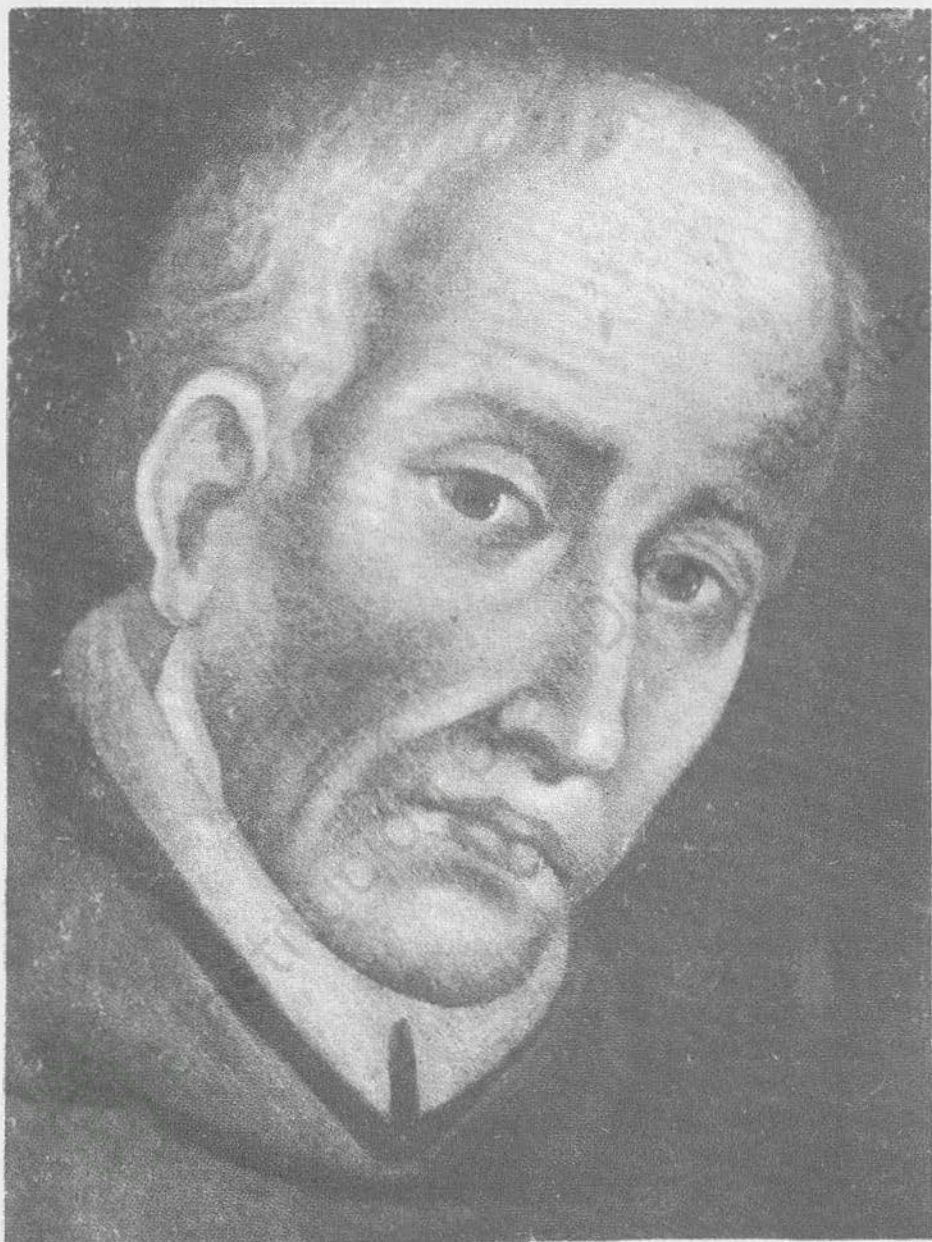
En seguida pude comprobar que en efecto este muro que habíamos

estado observando era compartido por el presbiterio y por una capilla, que hoy permanece cerrada. Dentro de ésta, justo por detrás de la gran losa citada —como la otra cara de una misma moneda— se abre una hornacina donde anteriormente estuvieron asentados los restos venerables y hoy se halla un busto en mármol del bienamado Tata; enfrente, un retablo moderno, aunque bastante deteriorado, parece servir de marco a una pintura renacentista, con algunos rasgos de influencia bizantina: es una valiosa efigie de la Virgen con el Niño, en otro tiempo muy adorada y hoy caída un poco en el olvido, como todo en este templo desamparado. Dispersos por el retablo distingo —una vez más— el escudo de la diócesis michoacana y los símbolos episcopales del báculo y la mitra. Eugenio comenta que esta pintura pudo pertenecer a D. Vasco y que tiene cierto parecido con la conocida Virgen del “Popolo”... Mientras abandonamos la capilla, no deja de lamentarse.

Antes de dirigirnos a la salida, aún me muestra un cuadro de San Nicolás de Bari —en el muro derecho del presbiterio— santo al que D. Vasco guardó siempre especial devoción, tal vez recordando la iglesia de su Madrigal abulense en que fuera bautizado y las diversas estatuas de este apóstol que en ella habitaban. Al despedirnos, me pide que al día siguiente visite su casa —pues quiere regalarme algunas fotos y carteles sobre D. Vasco— y que, al regresar a España, le envíe algunos libros acerca de él. Cuando le replico que aquí en España no existen y que realmente es muy poco conocido, duda, se queda vacilante —tal vez pensando que debe ser una disculpa que me eximiría de corresponderle— no le entra en la cabeza. Y así, un poco desorientado, se marcha.

Yo también quedé pensativo. ¿Cómo iban a poder entender estas gentes que el gran Vasco de Quiroga fuera un desconocido en su tierra? Ellos, acostumbrados a su omnipresencia, a convivir con su memoria desde niños, a estudiarle, festejarle, homenajearle, rezarle... ¿Cómo podría yo convencer a mis paisanos, por otro lado, de la inmensa estima, de los incontables agasajos que en estas tierras se le brindaban a este castellano colonizador, más vivo aquí sin duda que la misma Santa Teresa en Ávila o que la propia Isabel la Católica en su Madrigal y su Castilla? Metido en estas cavilaciones abandoné mis andanzas por ese día y regresé al hotel.

Mi primer objetivo al día siguiente fue la “Plaza Mayor” o —dicho con más propiedad— la plaza Vasco de Quiroga, que constituye prácticamente el centro de la ciudad y el conjunto arquitectónico civil más importante de la misma. La grandeza de sus proporciones más que menguar acrecienta su belleza. Es verdad que algunos de sus rasgos no dejan de recordarme ciertas plazas españolas: es porticada y sus casas, de dos pisos, se ador-



"Primer retrato de Vasco de Quiroga".

nan con balcones enrejados; tiene bancos de piedra y faroles de hierro y niños jugando en el césped o correteando en bicicletas... Pero el aire de esos fresnos centenarios es distinto —los de aquí son más altos y frondosos— y aquel indio de rostro impasible, indescifrable, con un atuendo de pana tan gastado, con su sombrero perenne y sus bigotes, sólo puede ser de estas tierras, como inequívocamente mexicana ha de ser esa gran estatua encumbrada en el centro. Nunca, en ninguna plaza española pude ver ningún tipo de escultura o monumento **español** dedicado a este castellano sobresaliente. Y, sin embargo, si puede hablarse de civilizadores auténticos, de grandes protagonistas en la colonización de América, es indudable que en primera línea debe figurar Vasco de Quiroga.

No importa mucho, por lo visto, que aquí el agua pueda escasear en alguna estación: allí, en aquella plaza, no faltan tres fuentes con sus respectivos estanques circulares, de gran diámetro. En el del medio, más amplio, se yergue, sobre un pilar cilíndrico estriado, la figura en bronce del obispo Quiroga³⁸. Está calvo y canoso, como siempre, pero su rostro delgado nos parece aquí un poco más dulcificado, compasivo; sostiene con su mano derecha un báculo magnificado, arzobispal, como quien lo alza para golpear en el suelo, entre sus pies. Justamente debajo brota un chorro de agua generoso, que salta y canturrea en el estanque. Me llama la atención, además, la cruz que pende sobre su pecho y la grandeza de sus manos y pies. Es una estatua del escultor Francisco Zúñiga, erigida —según reza la inscripción allí presente— el 14 de marzo de 1965, durante las solemnes ceremonias celebradas en esta villa para conmemorar el IV Centenario de la muerte de su primer obispo y bienhechor. Según me dijo Enrique Soto, durante el tiempo en que él trabajó para el Ayuntamiento —que se halla en esta plaza— como encargado del Archivo Municipal o con otros cargos, en más de una ocasión tuvo oportunidad de ver a grupos de indígenas que se habían pasado la noche velando junto a esta estatua, o que venían a solicitar permiso para colocar exvotos en ella. Tanta era la veneración que sentían hacia D. Vasco.

Por otro lado, no han podido asentar esta efigie en escenario más grandioso. Ocupa el lugar de honor en una de las plazas más amplias, bellas e importantes de México. Plaza alabada por las plumas de Juan José Arreola, Madame Calderón de la Barca y otros escritores, y rodeada de magnífi-

³⁸ Según me informaron, originariamente la estatua se erguía sobre un pedestal levantado con piedras (una por cada municipio de la región lacustre) y de entre éstas brotaba el agua. El monumento se erigió por suscripción popular: claro que participaron algunas instituciones públicas, pero la mayor parte de los fondos se obtuvieron de particulares; hasta los niños, en las escuelas, llevaban su pequeña aportación monetaria o llaves grandes que, fundidas, constituirían el material para la estatua.

cos edificios. Allí, al sur, está el Portal Guerrero y la conocida "casa de la escalera chueca". En el costado oriental se halla el Portal Matamoros y la que fuera primera vivienda de la ciudad; se encuentra, además la "casa del gigante", la más señorial, donde estuvo alojado el Barón de Humboldt. Al norte, la antigua casa de D. Antonio de Huitziméngari —hijo del último emperador purépecha, que detentó hasta su muerte el cargo de Gobernador Civil de la provincia— y el Portal Morelos. En el lado oeste se abre el Portal Hidalgo, donde se encuentra la casa en que se hospedó "madame" Calderón de la Barca para escribir sus cartas descriptivas de las bellezas de Patzcuaro, la "casa de los Escudos" —donde nació la heroína Gertrudis Bocanegra— el Ayuntamiento, la Oficina de Turismo... Y en el centro de todo ello, Tata Vasco.

Junto al Ayuntamiento, en el espacio que queda entre dos arcos descubro una placa que dice:

"Plaza Vasco de Quiroga. IV Centenario de su muerte. H. Ayuntamiento 1963-1965. Lic. Agustín Arriaga, Gobernador Const. del Estado".

Penetro en el edificio. En la escalera de acceso doy con el escudo de Patzcuaro —pintado sobre el muro blanco— y con una inscripción que, en grandes letras azules, me revela algunos datos interesantes sobre la historia de la ciudad:

Patzcuaro, antigua capital de la provincia de Michoacán, fue fundada por los hermanos Veapani II y Curatame I poco antes de 1360. Este a su vez fue descendiente directo del caudillo Hireti Ticatame, quien hacia el año 1200 dio origen a la dinastía del grupo chichimeca conocido como purépecha e impropriamente llamado tarasco.

En julio de 1522, con la llegada del español Cristóbal de Olid a Michoacán se consumó la conquista del imperio nativo, semejante en extensión y poderío al imperio mexica.

Por Cédula Real del 20 de septiembre de 1537, el Ilmo. Sr. Don Vasco de Quiroga cambió a Patzcuaro la sede del Obispado que se hallaba en Tzintzuntzan, iniciándose así la castellанизación de la ciudad.

Carlos V de España (sic) mediante Cédula del 21 de julio de 1553 le otorgó el escudo de armas".

Este escudo fue concedido, en efecto, por una real provisión expedida en Valladolid en la fecha indicada, gracias a las gestiones que realizó Vasco de Quiroga, que a la sazón se hallaba en España (permaneció aquí de 1548 a 1554) y muy probablemente fue él mismo quien lo diseñó para su

ciudad predilecta. En él se representa la planta, de cinco naves, de la catedral iniciada por D. Vasco; una laguna, que muestra la misma forma que la de Patzcuaro, y, sobre la superficie de ésta, "una iglesia con su peñol, que es la advocación de San Pedro y San Pablo"³⁹ y otros tres peñoles o islas.

Allí pude enterarme, además, de que el Ayuntamiento patzcuareño, en mayo de 1983, dejó instituida la "Presea Vasco de Quiroga", condecoración que sería entregada tentativamente cada año (el 28 de septiembre) a algún ciudadano distinguido por sus dotes científicas, culturales, humanísticas o de apostolado, considerando que éste, a su vez, se vería "ennoblecido por el calor y el abrigo de la muy ilustre ciudad de Don Vasco de Quiroga". La medalla es de oro y lleva grabados, en sus respectivas caras, los escudos de D. Vasco y el de la ciudad de Patzcuaro.

De nuevo tuve que atravesar la plaza para dirigirme al "Palacio Huitzimengari", un hermoso y algo descuidado edificio colonial, hoy administrado por el Consejo Supremo Purépecha y destinado a la venta de artesanías, a clases de idioma purépecha y a otros diversos servicios para la comunidad indígena. Me llaman la atención especialmente el patio —emperadrado, pequeño, pero bien proporcionado, sugestivo dentro de su envejecimiento, con un silencio sólo alborotado por los múltiples ecos del pasado— y un largo y significativo poema que, con grandes letras y algunas incorrecciones, ocupa casi todo un muro de la escalera de acceso a la segunda planta. Nos atrevemos a reproducirle:

"SOY INDIO

Soy indio no porque lo fuera
la situación geográfica del blanco
y las mismas me nombraron. (?)
Nuestros Estados, las Naciones
fueron solamente nuestras
con su sabiduría, sus guerreros
dioses y astronomía,
su calendario exacto
su numeración vigesimal.
Pero llegaste, blanco,
—cuán bárbaro fuiste—
arrasando todo a tu paso
como si las naciones
no tuviesen dueño.

³⁹ Esta iglesia hace alusión a una que construyeron el citado Antonio Huitzimengari y su cuñado Pedro Pantzi en medio de la laguna, en memoria de las festividades de S. Pedro y S. Pablo, días en que ellos, respectivamente, recibieron el bautismo.

Fuimos ciento treinta y cinco grupos
dieciséis millones de habitantes
a los cuales masacraste
y en menos de cien años
quedaron sólo un millón
a los que llamaste indios.
¿Dónde están los nativos cubanos?
¿Los de alte Dominicana (sic)
qué hiciste de ellos?
Sin misericordia, sin compasión
los masacraste.
Malditos asesinos
¿por qué a estas tierras llegaron?
¿Acaso allá, de donde son, en su tierra
no había qué comer?
Cuatro cientos años nos juzgaste
por lo que nos llamaste como quisiste
y hoy nos tienes olvidados
después de habernos quitado
nuestras tierras y el oro
nuestros dioses y creencias.
Hoy cultivo las tierras
pero la cosecha es tuya
yo cuido los montes
tú derribas los árboles
soy yo quien trabaja
y me tienes en la miseria.
Pero debes de cuidarte, blanco,
de un millón que quedamos antes
ahora somos treinta millones
y llegará el día en que te vayas,
bárbaro blanco.
Achaati nomambé ukujatsiri Chatarhu anapu"⁴⁰.

No puede ser más representativo del sentir de un amplio sector de la población indígena. Es probable que muchos oídos blancos se sientan heridos o respondan con una sonrisa despectiva a este poema, pero creemos que nadie puede discutir la legitimidad de un purépecha para escribirlo. Es la voz de una raza vencida, secularmente relegada, tal vez cansada de es-

⁴⁰ El autor termina con esta frase en purépecha cuya traducción sería "el señor que escribió es de Chaturhu" (o Pichátaro, como hoy se llama a este pueblo).

cuchar la historia contada por los otros, la que habla en estos versos. Es posible que a D. Vasco, instrumento intelectual de la colonización y decidido impulsor de ella, también le pudieran sonar un poco duros, pero nos sospechamos que en absoluto le sorprenderían; a él, que en repetidas ocasiones se enfrentó a la violencia de conquistadores y encomenderos para proteger a los naturales de estas tierras, cuyas estructuras sociales y mentales, por otra parte, supo comprender, valorar y, en buena parte, respetar.

Tal vez el ejemplo más significativo de ello es su **Información en Derecho**, cuyo texto, por fortuna, nos ha llegado íntegramente. El emperador Carlos I había prohibido la esclavitud en el Nuevo Mundo, pero en 1534 se retracta de ello y expide una provisión que permitía el restablecimiento de aquella. Eso es lo que mueve a D. Vasco a escribir este enérgico alegato, destinado seguramente a un alto miembro del Consejo de Indias; en él rechaza firmemente la nueva disposición real y critica a los españoles que hacen la guerra para esclavizar, reprochándoles sus abusos, calumnias, enriquecimiento y vida regalada. Sale, por el contrario, en defensa de los indios...

“Porque quererse ordenar de manera que los súbditos quedando miserables, agrestes, bárbaros, divisos e derramados, indoctos, salvajes como de antes, por aprovecharnos dellos y para que mejor nos sirvamos dellos, como de bestias y animales sin razón, hasta acabarlas con trabajos, vejaciones y servicios excesivos, sería una especie de tiranía... y habrán de perecer todos de necesidad que no se excusaría”.

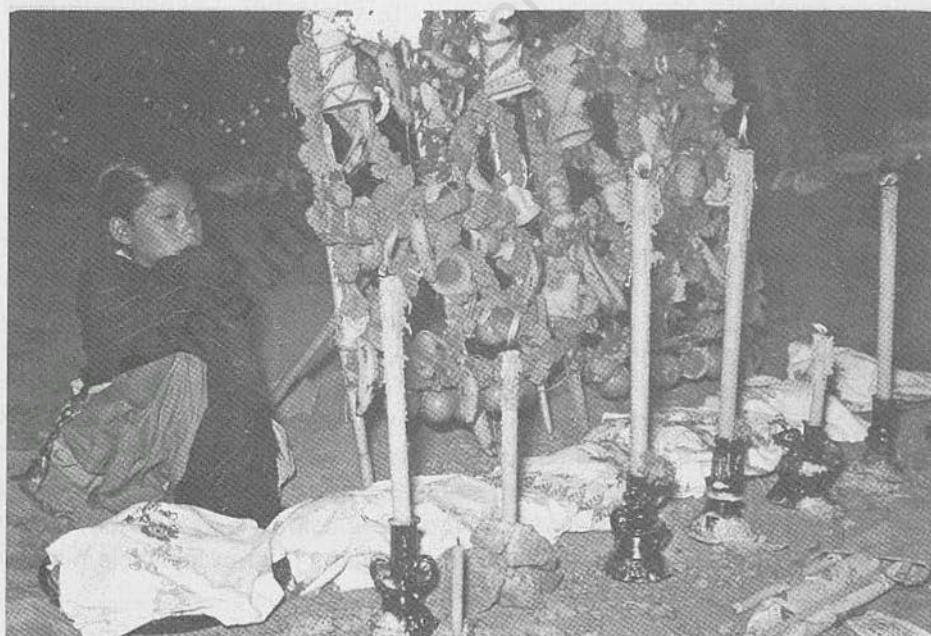
Al mismo tiempo insiste D. Vasco aquí en la fórmula de convivencia que él había propuesto como remedio general para este Nuevo Mundo: la creación de cierto tipo de pueblos, es decir, los utópicos pueblos-hospitales que él ya había experimentado.

Parece que esta **Información en Derecho** sí contribuyó poderosamente a la abolición de la esclavitud indígena, alcanzada formalmente en 1542; pero no logró, por otro lado, su segundo objetivo: el indio siguió siendo congregado predominantemente a la fuerza, no para ser levantado, considerado un súbdito igual ante la ley y organizado a la manera de los pueblos de Santa Fe, sino para ser controlado y sujetado a las exigencias de intereses colonialistas, cuando no puramente personales. Por eso nadie debería escandalizarse —pensaba yo— de aquella voz primaria, airada y rotunda que se alzaba desde aquel poema.

La empinada calle Vasco de Quiroga sale de uno de los rincones de esta grandiosa plaza y viene a desembocar justo enfrente de la fachada del Colegio de San Nicolás. Subo por ella, pues quiero visitar el convento de



"La famosa Danza de los Viejitos".



Ofrenda a los muertos, el día 2 de Noviembre, fiesta muy popular en Michoacán.

las dominicas, que guardaba —según me habían informado— varios objetos que habían pertenecido a Tata Vasco; en la cuesta encuentro aún una tienda de artesanías “Vasco de Quiroga” —con muebles y herrajes estilo colonial— y una clínica del ISSTE (un Seguro Estatal para los Trabajadores) cuyo pasillo de entrada queda bendecido con las imágenes de la Virgen de la Salud y de D. Vasco, situadas frente a frente, en sendas hornacinas.

El actual convento de las dominicas se halla a la entrada de la calle Benigno Serrato, que se abre entre el citado colegio nicolaíta y “la Basílica”. Unos grandes ojos fijos me escrutan a través de una rendija que queda entre el torno y la pared; en seguida soy recibido en la sala de visitas por la hermana María Asunción Villegas, cuya mezcla prodigiosa de simpatía y tacto rompe todos los hielos e invita a la conversación confiada, casi a la confesión. Me dice que el primitivo convento fue fundado en 1747, estaba ubicado en la actual “Casa de los Once Patios”; posteriormente, al ser expulsadas de él, en tiempos de la Revolución, las monjas se trasladaron al actual; y me muestra el retrato original de Vasco de Quiroga, del siglo XVI, un pequeño cuadro que ha inspirado la mayoría de las representaciones que se han hecho de éste. Aparece solamente el rostro, benévolo y serio, entrado en años y un poco inclinado, con una frente ancha, amplificada por la calvicie; debajo, una escueta inscripción en latín. Saca, además, un anchuroso sombrero negro, muy gastado y un “huarache” —especie de zapatilla bordada, aún en buen estado— comúnmente considerados objetos pertenecientes al primer obispo; la atribución al mismo, sin embargo, de un Cristo de marfil, que también me enseña, es más discutida. Después de sacar algunas fotografías, de charlar amigablemente con sor Asunción y de probar el delicioso jarabe de achoque que ellas elaboran, abandono reconfortado aquel espacio sereno de vida contemplativa.

Caminando de nuevo por la calle Lerín, paso junto al Templo de la Compañía y, poco más adelante, frente al hermoso Templo de Sagrario—realzado por la larga serie de arcos y almenas que coronan la barda que le rodea— y vengo a parar a la calle Madrigal de las Altas Torres. Es corta, empedrada de adoquines irregulares, apacible (por allí no pueden circular vehículos) y guarda un cierto encanto en su vetustez venerable. Otra vez el nombre de tu pueblo —y de mis raíces— Tata, en estas tierras, proclamando el reconocimiento eterno de estas gentes. Ahora empiezo a sospechar que hoy por hoy tú puedes ser el español de la colonia más querido, más reconocido en América. No tengas muy en cuenta la gran injusticia histórica que contra ti han cometido tus paisanos.

En aquella calle tiene una de sus entradas la “Casa de los Once Patios”, de que me hablaba la hermana Asunción, un edificio del siglo XVIII

que albergó a las dominicas de Santa Catarina de Siena y que originariamente poseía once patios, algunos de los cuales, con el transcurso del tiempo, se han ido perdiendo; mucho tendríamos que lamentar todos esta pérdida si los desaparecidos eran tan pacíficamente acogedores y hermosos como los sobrevivientes. En la actualidad se halla convertido en el mayor centro de exposición y venta de artesanías de Patzcuaro. Se accede a él a través de dos enormes arcos de medio punto, de cantera; una vez transpasados éstos, nos encontramos ya de inmediato, en el primer patio del inmueble, amplio y rectangular, con una fuente poligonal en el centro y con un mural en la pared de enfrente —pintado en 1979 por artistas de la misma casa— que representa a Vasco de Quiroga, con hábito blanco y capa roja, en su faceta de gran promotor de las artesanías michoacanas. Cada una de las salas que allí asoman exhibe un tipo de éstas y en muchas de ellas encontramos además diversas piezas o pinturas representativas de Tata Vasco, cuyo espíritu omnipresente —cada vez lo confirmábamos más— seguía vivo, vivificando ininterrumpidamente estos pueblos de la región lacustre.

Justo enfrente de la “Casa de los Once Patios” tiene su asiento otra importante fundación quiroguiana: el hospital de Santa Marta, hoy cerrado al público y bastante deteriorado. Mucho ha llovido sobre sus muros desde que el primer obispo lo abriera, entre 1538 y 1540, poniéndolo bajo la advocación de Santa Marta y la Virgen de la Concepción. Y otra vez venía a mi recuerdo el Madrigal abulense, siempre presente —por lo que iba descubriendo— en el recuerdo y en la obra de D. Vasco. Existe en este pueblo castellano un hospital, fundado en 1443 por la reina María de Aragón —la primera mujer de Juan II— que está dedicado a la “Santa y limpia Concepción de Nuestra Señora” ¿Acaso éste no le serviría de referencia a mi ilustre paisano para la creación y denominación de los hospitales “sanitarios” que él regó por esta América? El dispuso que en cada parroquia de su diócesis hubiera, por lo menos, un hospital de la Concepción y que cada uno poseyera piezas para enfermería, hospedería, habitación para los “semaneros” que prestaban en él servicio y para el ayuntamiento indígena del pueblo, una capilla en que el párroco administraba los sacramentos e impartía catequesis... En ellos “se concentraba, pues, la vida moral, social, religiosa, política y hasta económica de los pueblos y para ellos obtuvo D. Vasco gracias, privilegios e indulgencias del Papa Julio III y mercedes del rey de España”⁴¹.

⁴¹ Ver **Vasco de Quiroga y Obispado de Michoacán**, Fimax Publicistas, Morelia 1986. Pág. 231.

En ninguna región mexicana hubo tantos hospitales como en esta de Michoacán. Josefina Muriel, en el estudio que hace sobre ellos dice que "en el siglo XVI había en la Nueva España 128 y de éstos, 92 en el Obispado de Michoacán y 88 de ellos estaban dedicados a la Concepción"⁴².

Ahora comprendía mejor por qué a D. Vasco se le consideraba el "padre de la civilización michoacana" y "precursor de la seguridad social". En todos los aspectos de la organización social, en estas tierras, se deja ver la intervención de su mano recta, clarividente y generosa. Escribe al respecto el salmantino fray Diego de Besalenque en su **Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán** (México, 1673).

"...llevando en procesión la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, que es titular de todos los hospitales por orden del señor Obispo D. Vasco de Quiroga cuya memoria merecía una grande historia y no quedarían conocidas sus obras heroicas, en lo espiritual y lo temporal, de su obispado. A Su Señoría, dicen todos, se ha de atribuir esta obra de los hospitales y otras muchas, de que tenemos por muy cierto ha recibido en el cielo el galardón".

Fue precisamente para éste que ahora tenía delante para el que D. Vasco mandó fabricar la estatua de la Virgen de la Salud —concebida originalmente como Inmaculada Concepción— que permaneció en su capilla durante más de ciento cincuenta años. El culto a esta imagen aumentó tanto que se hizo insuficiente el local que la alojaba y ello indujo al cura Juan Meléndez a iniciar, en 1691, la construcción de un santuario, que no fue consagrado solemnemente hasta 1717. Esta iglesia estaba ubicada justamente al lado del citado convento de las dominicas, por lo que fue denominado indistintamente "Templo de las Monjas" y Santuario de Nuestra Señora de la Salud; en la actualidad es conocido como "el Sagrario" únicamente (del que ya hemos hablado). Aquí permaneció, por tanto, dicha imagen por espacio de ciento noventa años, hasta que en 1908 fue trasladada a "la Basílica", en que hoy se encuentra.

En el otro extremo de la calle descubrí una placa conmemorativa que explica el motivo de la elección de tal nombre para ella:

"Calle Madrigal de las Altas Torres, provincia de Avila (España). Cuna de Don Vasco de Quiroga. Recuerdo de la hermandad de las ciudades de Madrigal de las Altas Torres y Patzcuaro y de la visita de su alcaldesa la Sra. Irene Juana González Sánchez.

⁴² Op. cit. pág. 232.

Abandoné esta calle un poco nostálgico para regresar a la avenida Benigno Serrato. Al final de ésta, en el extremo oriental de la ciudad, se halla "El Humilladero", una capilla cuya fundación se atribuye a D. Vasco, situada junto al camino antiguo que comunicaba Patzcuaro con Morelia, la vía de mayor afluencia en estos parajes durante más de tres siglos. Cuenta una vieja tradición que fue aquí donde el rey purépecha Tangaxoan II recibió sumisamente al conquistador español Cristóbal de Olid: a ello se debería que este sitio fuera denominado así; sin embargo el historiador Manuel Toussaint⁴³ ha rechazado tal explicación y sostiene que tanto la capilla como el nombre tienen su origen en el Cristo sobre pedestal que aquí estaba expuesto —lo que en España se conoce como "humilladero"— para ser venerado, al aire libre, por los viajeros que entraban o salían de la ciudad. Esto parece ser lo más probable. Dicho Cristo se encuentra hoy en el altar mayor de esta iglesita y en su pedestal una inscripción hace constar que "el humilladero se hizo en 1553 por mandato del obispo Don Vasco de Quiroga"... La capilla, sin embargo, debió ser construida posteriormente, en 1628, fecha que ostenta la cruz de piedra que vemos en el atrio, pequeño y rectangular, y que explicaría el estilo barroco de la fachada; en ella se muestra la puerta de entrada con un arco de medio punto, decorado con bajorrelieves y coronado por un frontón quebrado; encima de todo ello, una espadaña con dos vanos y sendas campanas.

Me puse a recorrer estos lugares con la intención de rastrear las huellas de mi paisano abulense, pensando que descubrirlas no sería tarea fácil. Nunca imaginé que fuera a encontrarme con este aluvión. Por si fuera poco, el cine principal, el "Club de los Leones" y el hotel más lujoso y conocido de Patzcuaro llevan asimismo el nombre "Vasco de Quiroga". Nadie podría decirme en adelante que los mexicanos no son agradecidos. No eran leyendas negras o resentimientos lo que aquí estaba recolectando. Y me acordé de las palabras de Miguel Bernal, aquellas que me habían aguijoneado. Ahora sabía cómo contestarlas. Habrán de admitir los mexicanos que Vasco de Quiroga fue, antes que nada, abulense-castellano por su nacimiento y formación; pero tendremos que reconocer en España que él también es michoacano-mexicano por dos motivos: por los muchos años y amor que consagró a estas tierras en las que, volcando toda su generosidad y experiencia, realizó lo mejor de su obra y alcanzó toda su talla, y porque la gratitud de este pueblo le rescató de la muerte, del olvido, para mantenerle durante siglos como una presencia cotidianamente viva y venerada. Y aún nos atrevemos a añadir más: por su personalidad polifacética, humanista, por

⁴³ M. Toussaint: **Patzcuaro**, Univ. Nacional de México, México, 1942.

los altos valores que encarnó, por la magnitud y trascendencia de su obra, Vasco de Quiroga merece ser considerado una figura universal.

Y creemos nosotros que en estos tiempos de clarines y trompetas sobre el "V Centenario del Descubrimiento" más nos valdría reivindicar la actitud civilizadora de personajes como éste que exaltar a caudillos conquistadores y capitanes de la espada. El espíritu justiciero y humanitario de unos seguramente puede haber compensado, al menos en parte, los desmanes cometidos por los otros. Sin olvidar que lo esencial del ejemplo y el mensaje de hombres como Quiroga sigue teniendo plena validez en el ámbito de un continente que sigue siendo, en alguna medida, colonizado, relegado en lo político y escandalosamente endeudado en lo económico.

Al día siguiente fui a visitar el CREFAL, un centro regional de investigación educativa financiado por la UNESCO, que ocupa un precioso palacete en las afueras de Patzcuaro, en el marco de un paraje natural casi edénico. Después de saludar al director y de fotocopiar algunos textos interesantes que hallé en su biblioteca, la encargada de Relaciones Públicas, que conocía mis objetivos y los móviles de mi visita, tuvo la gentileza de acompañarme a la Sala de Juntas, decorada con murales representativos de la historia de Michoacán. En uno de ellos aparece Tata Vasco como gran guía, mostrando el camino, con su brazo extendido, a una interminable hilera de indios que vienen cargados y como extraviados. Al fondo se divisa el lago de Patzcuaro y debajo de todo se lee esta inscripción:

"Don Vasco de Quiroga agrupa a los purépechas que vivían errantes perseguidos por los encomenderos. 1532."

Me regala a continuación algunos carteles y copias de las ponencias que se habían presentado en un Seminario sobre Vasco de Quiroga, organizado en 1989 por este centro.

Antes de marcharme de Patzcuaro quise conocer al párroco Isidro Huacuz quien, según me habían informado, además de ser un gran entusiasta de D. Vasco había visitado también Madrigal. No fue difícil localizarle en su despacho parroquial, me recibió atentamente y en seguida me confirmó que había pasado por esa villa abulense en 1980, sólo movido por la curiosidad de conocer la cuna de Tata Vasco; había realizado, por cierto —me dijo—un reportaje audiovisual sobre la misma que despertó extraordinario entusiasmo cuando, a su regreso, fue proyectándolo por distintas parroquias y pueblos michoacanos. Transcribo algunas de sus palabras:

"Hay comunidades que no le olvidan. En Santa Fe, por ejemplo, cada año esperan en el Día de Muertos el descenso de las ánimas y rezan responsos por sus difuntos. Pues, bien, el primero que rezan es por Tata Vasco.



Isla de Janitzio, Michoacan, en el lago de Patzcuaro.



Las famosas redes de Mariposa frente a Janitzio.

En especial se le recuerda en Patzcuaro, Santa Fe de la Laguna, Uruapan y Santa Fe de México. Pero casi todos los pueblos de la región de la laguna tienen alguna relación con él.

En general el pueblo purépecha lo recuerda no sólo por la fe, como evangelizador, sino también como organizador social y benefactor. por eso incluso las autoridades civiles reconocen su labor: cada catorce de marzo, en Patzcuaro, se celebra un acto luctuoso presidido por autoridades laicas, al que acuden representantes de la Universidad Michoacana (profesores o el mismo rector) y de la Casa de la Cultura; durante casi todo el mes de marzo se organizan actos culturales en su honor. En Quiroga cada diez de septiembre se desarrolla un acto civil conmemorativo al que asiste el Gobernador del Estado o un representante, se pronuncian discursos, desfilan colegios... En Uruapan y Santa Clara también se organizan actos de este tipo.

Y es que D. Vasco realiza y deja una gran obra organizativa y social. Pero además supo valorar y respetar lo autóctono, las técnicas artesanales, el espíritu comunitario de los indios, parte de sus estructuras sociales... Y dirigió la elaboración de muchas estatuas de caña de maíz, hasta España llegaron varios Cristos hechos con este material. Todo esto, claro, aquí no lo olvidamos".

El P. Huacuz es de raza purépecha y está volcado, juntamente con otros sacerdotes de esta etnia, en el loable empeño de preservar su idioma: en él oficián la misa y demás ceremonias litúrgicas, componen cantos y lecturas litúrgicas... Antes de despedirme me mostró varios discos y grabaciones de música purépecha —que él había venido recogiendo— algunos libros sobre D. Vasco de su biblioteca personal y algunos recortes de prensa. Me recomendó alguna otra bibliografía y me regaló un "canon" de la misa, en purépecha, en cuyas cubiertas aparecen la imagen de D. Vasco y de la Virgen de la Salud, respectivamente.

En el autobús que me alejaba de Patzcuaro seguía pensando en esta villa que, teniendo un aire tan peculiar, una personalidad tan marcada, era al mismo tiempo tan indefinible, contradictoria como el protagonista denso, redondo de un gran relato histórico. No es un pueblo, pero tampoco es del todo una ciudad; sabía bien que nunca podría ser "mi pueblo", pero también estaba seguro de que en el futuro ya nunca me sería del todo ajeno.

4. TZINTZUNTZAN, PRIMERA SEDE EPISCOPAL

A quince kilómetros de Patzcuaro tiene su asiento Tzintzuntzan, la antigua capital del reino tarasco, hoy reducida a un pueblecito de escaso rango, con unos dos mil quinientos habitantes. Su llamativo nombre significa "lugar de colibríes" (proviene etimológicamente del purépecha "Tzintzun", "colibrí", y en efecto sigue abundando aún por estos parajes este tipo de pájaros de plumas policromadas). Aquí residía Tangaxoan II, el último rey purépecha, que se sometió pacíficamente a los españoles pensando —tal vez ingenuamente— que de esta forma podría conservar algunos de sus privilegios. El 14 de febrero de 1530 fue condenado a muerte por Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia, y el mismo día fue dado garrote, ahogado y quemado. El 28 de septiembre de 1534 Carlos V mandó que se la llamase "Ciudad de Michoacán", le concedió escudo de armas y algunas mercedes.

Al acercarnos a la población el autobús aminora la velocidad. Un letrero nos llama la atención sobre las "yácatas prehispánicas": se divisan allá en lo alto, a la derecha de esta carretera procedente de Patzcuaro. La mayoría de las casas son de un solo piso, con muros de adobe y techos de teja (muy semejantes a las que hemos tenido durante siglos en nuestros pueblos castellanos) y se alinean a los lados de la avenida principal que atraviesa el pueblo y continúa en dirección a Quiroga. En ésta menudean las tiendas de artesanías, que aquí consisten principalmente en objetos de paja y tule: móviles decorativos, pantallas, juguetes, cestos, casitas, figuras de animales...

Inmediatamente me dirijo al templo de San Francisco, una construcción del siglo XVI que, según había leído, había sido levantada por aquellos franciscanos que, con fray Martín de la Coruña al frente, llegaron a estas tierras allá por 1525 y que serviría posteriormente de modelo constructivo para otros conventos de la zona.

El conjunto arquitectónico religioso del que forma parte se encuentra a la entrada del pueblo, por el sur. El inmenso atrio que lo circunda está cercado por una barda de piedras lajas y es sin duda el más hermoso de la región. Penetro en él por una portada sencilla, formada por dos pilastras que sostienen un arco rebajado; por el centro, un largo pasillo comunica esta puerta con la del templo parroquial: está bordeado de postes con farolas y dos hileras de bancos, cada uno de los cuales lleva el nombre de un rey o príncipe purépecha. En medio se levanta una cruz de piedra que data de 1764 y muestra en una de sus caras los símbolos de la Pasión de Cristo y, a los lados, abundan diversos tipos de árboles que sombrean y adornan la amplia explanada atrial y acogen a numerosos pajarillos que la alegran: hay fresnos, cedros, eucaliptos y, sobre todo, los legendarios olivos que, según la tradición, fueron plantados por D. Vasco, aunque más probable es que lo hicieran los propios franciscanos, pues aquel en ningún momento pensó establecer su sede en Tzintzuntzan. Alrededor se esparcen además varios nichos de piedra que indican la serie de estaciones de un "Vía Crucis".

A la derecha de este pasillo central se alza la estatua en piedra de un Tata Vasco orondo, "chaparrito", que lleva traje de obispo y un libro (tal vez la Biblia), sobre el que apoya un crucifijo (aludiendo quizás al juramento exigido para la toma de posesión del obispado). En el pedestal una placa exhibe el escudo de la diócesis y el de Michoacán, además de la siguiente inscripción:

"Don Vasco de Quiroga, ya como primer obispo de Michoacán entra en Tzintzuntzan en 1539. Recepción alegre de los indígenas y misa en la Iglesia de Santa Ana, encima del monasterio. La antigua Huitzillan al padre pastor y civilizador de la raza purépecha Tata Vasco.

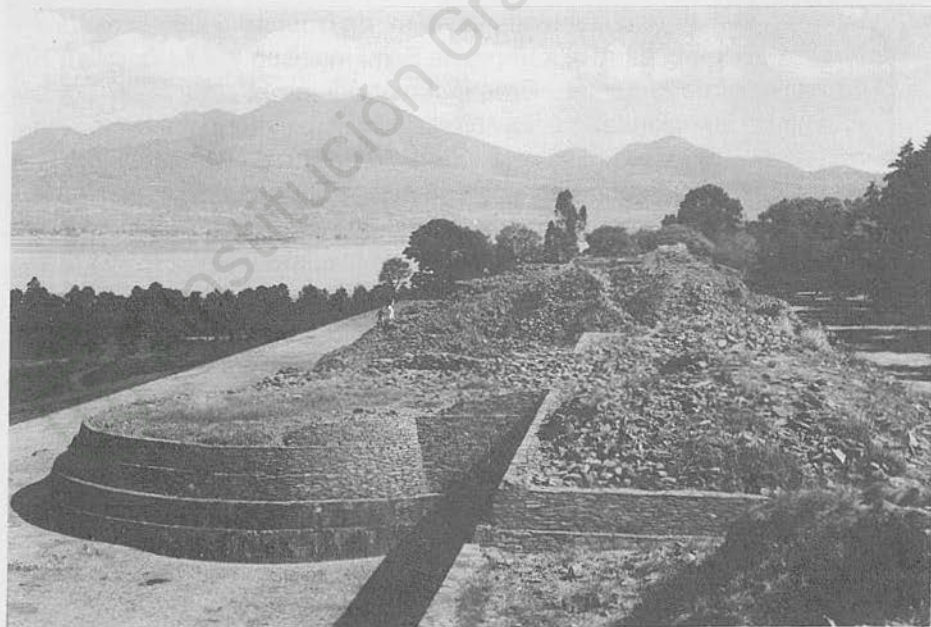
Tzintzuntzan, Mich. febrero 16 de 1982".

Fue aquí en efecto donde Vasco de Quiroga tomó posesión como primer obispo de Michoacán, pero no en 1539 —como reza esta inscripción— sino en 1538, en la forma en que lo ordenaba la bula papal, expedida dos años antes; ello convirtió accidental y efímeramente a esta iglesia de San Francisco en primera catedral michoacana. Esta era entonces, según nos dice el propio D. Vasco, "paupérrima y muy pequeña... (estaba en suelo allanado de piedra postiza, seca y movediza".

Fue poco, sin embargo, el tiempo (apenas año y medio) que aquí permaneció; desde los primeros momentos de su llegada viajó frecuentemente a Patzcuaro y estuvo pensando en la forma de trasladar allí su sede. Las razones que da D. Vasco para explicar tal decisión son preferentemente de



Artesanías típicas en Tzintzuntzan. La artesanía de Michoacán es una de las más ricas de México.



Yácatas prehispanicas en Tzintzuntzan. Al fondo, el lago de Patzcuaro.

carácter geográfico-ambiental: Patzcuaro, dice, reúne mejores condiciones, por su ubicación, entorno natural etc. Pero no debieron ser las únicas, habría que pensar más bien en otras de orden religioso que debieron tener mayor peso: Patzcuaro —que, según las concepciones urbanas de los indígenas, era considerado un barrio de Tzintzuntzan— había sido desde tiempo atrás un renombrado centro religioso de los purépechas y D. Vasco seguramente quiso que conservara este carácter, pero ahora convertido —tras consumir la erradicación de la religiosidad pagana— en principal foco de irradiación de la nueva religión cristiana. Por otra parte, se habrá de tener también en cuenta que cuando Quiroga llegó a esta ciudad para hacerse cargo del obispado, los franciscanos ya estaban aquí firmemente asentados, con sus métodos de evangelización bien establecidos y es muy probable que él prefiriera implantar su línea de actuación partiendo de cero, sin condicionamientos de ningún tipo. Sabemos, en este aspecto, por múltiples documentos de la época, que las desavenencias con los franciscanos no tardaron en producirse, que éstas, con el paso del tiempo, no hicieron más que agudizarse⁴⁴.

El cambio de sede fue aprobado por el emperador en 1539 y confirmado por Julio III en 1550, pero quienes no llegaron nunca a aprobarlo fueron los propios habitantes de Tzintzuntzan, que aún conservan una leve sombra del resentimiento que les produjo aquella espina.

Al fondo del atrio, al poniente, se alzan, de izquierda a derecha, el antiguo convento franciscano, el templo de San Francisco y la fachada en ruinas de la capilla de la Tercera Orden, construida en el siglo XVII. Del primero llama mi atención la "capilla abierta", un espacio abocinado, horadado en el mismo muro exterior; está coronada por un arco escarzano, decorado con casetones de querubines y conchas, y alberga un altar de piedra desde donde el sacerdote oficiaba la misa ante la multitud reunida en el atrio; muy sugerente es asimismo el reducido claustro interior, con sus dos niveles de arcos de medio punto, marcados por el sello del paso del tiempo. El templo de San Francisco se halla contiguo y hoy convertido en iglesia parroquial, ofrece el aspecto de un templo moderno, reciente (fue reconstruido a raíz del voraz incendio que lo arrasó en 1944).

Completan este conjunto de edificios coloniales —al lado, pero ya en el costado norte del atrio— el templo de Nuestra Señora de la Soledad, de comienzos del siglo XIX, y otro recinto, también totalmente cercado, que

⁴⁴ Sobre todo tras el regreso de D. Vasco de España en 1554. Durante los casi siete años en que éste había permanecido allí los franciscanos actuaron por libre iniciativa. Cuando llega de nuevo Quiroga intenta imponer su autoridad de Obispo y apoya preferentemente a los clérigos salidos de su Colegio de San Nicolás.



Templo de los franciscanos, en Tzintzuntzan. En este lugar tomó D. Vasco posesión de su obispado.

aloja la graciosa capilla abierta del antiguo hospital; evidentemente, también aquí se fundó uno, según los lineamientos marcados por D. Vasco para los pueblos de su diócesis. De esta institución sólo quedan unas escasas ruinas y esa encantadora capilla que tenía ahora delante. Se eleva sobre un "podium" al que se accede por una breve escalinata y consta, al frente, en la fachada principal, de una especie de portal poco profundo, con tres arcos de medio punto apoyados sobre pilares; por encima de aquellos, en la superficie del muro, aparecen tres conchas acompañadas del sol y la luna. Al fondo del citado portal se abre el arco escarzano que da paso al reducido recinto del altar, en el que se conservan restos de un retablo barroco de madera.

En el centro de este otro ámbito, perteneciente al desaparecido hospital, una pequeña piscina, dotada de una escalerita, nos trae ecos de aquellos tiempos evangelizadores en que aquí se practicaba el bautismo por inmersión; por detrás, entre ésta y la capilla abierta se eleva una cruz de piedra, sobre un pedestal también escalonado.

A la sombra de la cruz tomo asiento. Ni un alma a mi alrededor. El silencio apenas se ve perturbado por el canto de algunos gallos lejanos y el de las cigarras. Un caballo pasta con fruición entre aquellas ruinas venerables. Y me pongo a interrogar a aquellas piedras que parecen guardar el espíritu de otros siglos, a imaginar el asombro y la confusión de los naturales invadidos que, en espacio de unos días o de pocas semanas, hallaron su universo de pronto totalmente desbarajustado por aquel gran cataclismo que se les vino encima; me figuro los sacrificios, los esfuerzos, el celo quimérico de aquellos misioneros en un mundo absolutamente nuevo e innombrado. Es cierto que entre aquellas dos civilizaciones —que entraron en contacto por un accidente histórico— entre sus respectivas religiones mediaba un abismo de siglos de evolución diferente; pero también lo era que existían ligeras concomitancias entre ellas que fueron hábilmente aprovechadas por los evangelizadores y facilitaron, hasta cierto punto, la conversión de los indígenas o, al menos, el sincretismo religioso que tan frecuentemente practicaron.

Así aquel sol y aquella luna que ahora estaba viendo en el frontis de la capilla abierta bien podían ser símbolos respectivos del Dios y la Virgen cristianos; pero muy probablemente fueron colocados allí por los mismos indios, como una añoranza de su Padre Sol y de su diosa Luna. Ellos también celebraban el Año nuevo, aunque algo después que los europeos: el dos de febrero, fecha en que comenzaba para ellos el ciclo agrícola; y lo hacían con luces y luminarias, muy acordes con nuestra celebración de la Virgen de las Candelas; y oficiaban en ocasiones rituales con sacrificios hu-

manos, por lo que no les resultaba tan extraño el predicado sacrificio de Cristo. Más aún: en algunas de sus festividades diversos grupos indígenas tenían la costumbre de elaborar imágenes de sus dioses con pasta de semillas comestibles a las que rociaban después con sangre humana, extraída de algún miembro electo de la comunidad o de ellos mismos, pinchándose la lengua o las orejas; a continuación se comían estas figuras, santas por ser las representaciones de un dios, más santificadas por haber recibido la sangre del sacrificio. De tales rituales a aquel otro cristiano que los frailes les proponían —el del pan y el vino que se convertían en el cuerpo y la sangre de Jesucristo para ser consumidos después— había sólo un paso. Si a todo ello añadimos el empleo —por unos y por otros— de la música para las ceremonias religiosas —otra vía de acercamiento muy frecuentada por los evangelizadores— podremos comprender que aquella suplantación forzada, aquel salto de creencias, por duro y violento que pudiera ser, no debía resultar a los indios tan abismal, gracias a esta serie de elementos semejantes.

Este conjunto religioso cristiano, que ahora estaba abandonando pensativo, había surgido precisamente en oposición al centro religioso prehispánico hacia el que quería dirigirme; éste se encuentra a unos trescientos metros, adosado a la falda de uno de los cerros más altos, fuera de la población. Las "yacatas", el centro ceremonial de los purépechas, están asentadas sobre una amplia plataforma artificial; son cinco grandes basamentos escalonados, de planta rectangular o elíptica, construidas a base de piedras lajas superpuestas. Están deterioradas, aunque en parte han sido reconstruidas. Allá arriba el viento de la tarde golpea con más fuerza y el paisaje se hace impresionante, grandioso: a los pies, el pueblo; alrededor, las suaves ondulaciones de los cerros, y, al fondo, el gran lago, azul, brillante, habitado de islas, rodeado de montañas que se asoman a su superficie. Aquí, en este escenario espectacular, en contacto pleno con la naturaleza, el sol y el viento era donde a los indios les gustaba celebrar sus grandes ritos. Ahora comprendía el porqué de esos atrios inmensos, de aquellas capillas abiertas erigidos por los misioneros cristianos. ¿Cómo iban a poder los naturales de este Nuevo Mundo habituados a la contemplación de la tierra madre, del cielo infinito, en sus ceremonias, encerrarse de golpe en la árida penumbra de un templo? En todo caso he de confesar que en aquellos momentos también yo palpaba más de cerca la presencia de Dios en este entorno que lo que podría hacerlo en cualquier iglesia.

Desde esta elevación se divisan además, aunque a duras penas, los escasos cimientos que perviven del antiguo convento de Santa Ana, construido en lo alto de un cerro también por los franciscanos; en él se instaló provisionalmente D. Vasco al llegar a Tzintzuntzan, a fines de 1538. Ya había

estado con anterioridad en esta capital, pues sabemos que a fines de 1533, durante el viaje que hizo como Visitador a Michoacán, fundó en las cercanías de esta urbe una ciudad para españoles, que se denominó Nueva Granada; ésta, sin embargo, nunca llegó a consolidarse: poco tiempo después, los propios pobladores solicitaron quedara sin efecto la fundación de la misma, por las condiciones insalubres y lo inhóspito de aquel lugar. Algunos de ellos fueron los que, a la postre, promovieron el nacimiento de Guayangareo, la actual Morelia.

Lentamente abandoné aquel templo de la naturaleza, atravesado por brisas susurrantes de secretos históricos, muy revelador, para los oídos que quieran escuchar, de algunas hondas verdades del espíritu. Y me dirigí cabizbajo hacia el pueblo para abordar el primer autobús o camioneta que pasase en dirección a Quiroga.

5. QUIROGA, EL PUEBLO PREGONERO DE D. VASCO

A unos ocho kilómetros de Tzintzuntzan, en la ribera norte del lago, se encuentra Quiroga, el pueblo que adoptó —todo él— el nombre de D. Vasco. Antiguamente se llamaba Cocupao —palabra que deriva del purépecha y significa "Tiro de piedra"— y, a continuación, San Diego Cocupao. Pero el 3 de septiembre de 1852, por decreto del Gobernador del Estado Melchor Ocampo se le dio a esta población el rango de villa y pasó a denominarse "Villa de Quiroga", en honor del ilustre benefactor de los indios. Hoy es municipio y sus habitantes se dedican a la agricultura (trigo, maíz...) y a la artesanía (sobre todo de bateas de madera); es además un notable centro comercial y turístico, por estar ubicado desde antiguo en el cruce de importantes caminos.

Nada más descender del autobús topo, en un edificio nuevo, con un gran cartel que anuncia el "Hostal Misión D. Vasco" y, unos metros más allá, en la misma calle, un "Centro de Análisis Clínicos Vasco de Quiroga" y, poco después, las oficinas del periódico **El Vasco**. Todo ello en el espacio de unos sesenta metros. Me cuelo en la sede del periódico con la intención de conseguir algún ejemplar y, tal vez, algunos datos. Una secretaria me recibe y me presenta inmediatamente al director, licenciado Antonio Aguirre, quien me advierte que está muy ocupado; no obstante se presta a atenderme durante unos minutos:

"Se eligió este nombre para el periódico como consecuencia de la gran labor social, humanitaria, desarrollada por D. Vasco en la región. Sus frutos perduran hasta hoy, en las artesanías, en la organización social... Y aquí la gente lo tiene muy presente. Mire, cada año celebramos una fiesta, a primeros de septiembre en honor a Tata Vasco y en conmemoración del día en que este pueblo adoptó el nombre de Quiroga. Todo él, como

ve, lleva el nombre de D. Vasco. Pero, además, a él está dedicada la calle principal, un salón de baile, un cine que se acaba de cerrar... ¿Ya ha visto la estatua tan linda que tenemos en la plaza Madrigal?. Tiene que ir a verla.

El Vasco es un periódico comarcal, se ocupa principalmente de la problemática de esta zona y prácticamente sólo circula por estos pueblos ribereños del lago".

Continuamente somos interrumpidos por empleados que irrumpen en su despacho para pedirle o preguntarle algo y yo prefiero no insistir. Tras agradecerle el regalo de varios números atrasados de esta publicación que dirige, le tiendo la mano para despedirme.

Al entrar en la calle Vasco de Quiroga la abundancia de productos artesanales te deslumbra: rebozos, guitarras, objetos de cuero (cinturones, zapatos, carteras...), trajes bordados, cestos, "Cristos" de madera, jicaras, ponchos, cofres, bateas de madera hermosamente decoradas con flores y muñecos, charolas, máscaras, lámparas, juguetes, objetos de cobre, espejos, cerámicas... A todo lo largo de esta calle-carretera que atraviesa el pueblo se suceden tiendas y más tiendas atestadas de manufacturas; éstas acaban desbordando los interiores e invadiendo las fachadas y las aceras. Pero no es sólo eso: los puestos de venta se extienden más allá, continúan por otra calle más estrecha que conduce hasta la iglesia mayor —dedicada a la "Preciosa Sangre"— y se desbordan ya en la plaza que, típicamente, se sitúa frente a ésta. Es un "tianguis" pacífico, sin el vocerío alborotoso de muchos mercados. No ves aquí al vendedor agresivo que te presiona con su charlatanería o te aturde con sus pregones; éstos de aquí te ofrecen discreta, casi dulcemente, sus productos con voz atemperada, ya sean artesanías, telas o el famoso pescado blanco del lago.

Quiroga es bastante más pequeño que Patzcuaro, más modesto. Algunas de sus calles podrían ser las de muchos de nuestros pueblos castellanos: sus casas bajas, construidas de adobe encalado o de ladrillo, están rematadas con las típicas tejas rojizas dispuestas en doble vertiente y van adornadas con flores y macetas, expuestas en ventanas y balcones. El pavimento es, en unos casos, de cemento; en otros, de cantos rodados o irregulares pedruscos.

Al final de esta calle principal se abre una plaza inmensa, casi cuadrangular y algo descuidada, aunque no faltan árboles (palmeras, eucaliptos, fresnos, olivos, cedros) ni algunas flores. Es la plaza Madrigal de las Altas Torres. En el centro, la estatua de D. Vasco se yergue sobre un pedestal asentado —éste también— sobre un amplio estanque circular. Pero es una versión peculiar de Tata Vasco: aparece menos entrado en años, con más



Monumento a "Tata" Vasco de Quiroga, en la plaza Madrigal de las Altas Torres.

cabello y con un bonete cubriéndole la coronilla; dobla su cabeza hacia adelante y con rostro conmisericordioso y actitud paternal trata de aupar a un indio que, postrado de rodillas, extiende hacia él los brazos suplicante. La estatua está firmada por un tal E.E. Tamarit y fechada en 1950. Debajo de ella brota un chorro ininterrumpido de agua —también aquí— y se lee la siguiente inscripción:

“Don Vasco de Quiroga nació en la villa de Madrigal, España, el 3 de febrero de 1470. Falleció en Uruapán, Michoacán, el 14 de marzo de 1565. Fue Oidor de la Segunda Audiencia de México en los años de 1531 a 1536. Desempeñó el obispado de Michoacán durante los años 1537 a 1565. Fundó el Colegio de San Nicolás, estableció el hospital de Santa Fe, creó numerosas industrias y fundó pueblos para congregar a los indios, de los que fue un decidido protector. Por su obra humanista y civilizadora, el pueblo de Michoacán le dedica este homenaje, inaugurado por el Gobernador del Estado Daniel T. Rentería. Septiembre de 1950”.

Además de algunos datos que nadie ha podido comprobar (como el de las fechas de nacimiento) se ofrecen aquí otros inexactos (en realidad fue Oidor hasta 1538). Lo que sí es cierto —y aquí no aparece— es que por causa de este pueblo entabló D. Vasco uno de los pleitos más sonados y largos (se originó en 1539 y se prolongó a lo largo de todos los años cuarenta) de los muchos que peleó en estas tierras. Un ambicioso encomendero, Juan Infante, a quien se otorgó la administración de una extensa área y varios “barrios” de esta región del lago, reclamó Cocupao como uno de los sitios a él asignados. D. Vasco se opuso a ello por entender que éste se hallaba bajo su jurisdicción y así se originó entre ambos una ardua disputa que llegó hasta la Corte. Esta, finalmente, falló a favor del obispo, quien gracias a ello, pudo continuar sus planes de organización socioeconómica respecto a los naturales de toda esta región; concretamente en este pueblo, fiel a su postura de atender tanto a lo espiritual como a lo material, mandó construir un templo e implantó la industria de la pintura en bateas de madera.

Alrededor se alzan varios postes con sus farolas destartaladas. Un corro de hombres maduros me mira con curiosidad. Todos sabrían, seguramente, que allá en España, en Castilla existía un pueblo, llamado Madrigal, que fue lugar de origen de D. Vasco y del que derivaba el nombre de esta plaza. ¿Cuántos de mis paisanos conocerían el nombre de alguno de estos pueblos mexicanos de D. Vasco? En la parte superior de la plaza —ligeramente inclinada— un montón de niños gritaban jugando por el césped o subidos en columpios. Muchos de ellos irían por cierto a la Escuela Es-

tatal denominada —¿cómo no?— “Vasco de Quiroga”.

Al recorrer de regreso la alargada calle principal, por la otra acera, me sorprende encontrar dos hoteles contiguos y casi gemelos. En sus fachadas, adornadas con balcones y pintadas de un blanco vivo, reluciente, aparecen respectivamente estos dos grandes rótulos: “Hotel Quiroga” y “Hotel Madrigal”. Era para mí una nueva modalidad de ver estos dos nombres juntos, asociados.

El autobús que hace la ruta de Quiroga al cercano pueblo de Santa Fe es más viejo y destartado que los anteriores. En un espejo frontal que decora el interior se mezclan, con la mayor naturalidad, las estampas de un Sagrado Corazón de Jesús y de una Virgen de Guadalupe con pegatinas en inglés referentes a Texas y otra con un corazón rojo que proclama: “Yo amo Dallas”. Son mitos foráneos, de diversa estirpe y condición, que han conquistado el corazón de muchos mexicanos y que hablan de dos oleadas colonizadoras diferentes. Aquí todos los viajeros son de tez más morena y de facciones más redondeadas, abultadas; llevan trajes más toscos y gastados y no llega ya ningún rastro de perfume o desodorante ondeando en el aire: huele escuetamente a piel humana y a sudor rancio. Por lo general son rostros con arrugas marcadas, más curtidos y primitivos, pero también más candorosos y amables. El español casi desaparece por completo, relegado por una lengua muy extraña para mí, de resonancias arcaicas: el purépecha. Al pagar, le pido al conductor que me avise, por favor, al llegar a Santa Fe.

Aquellos agricultores o artesanos rurales, silenciosos e inexpresivos en la ciudad, conversan ahora animada y amigablemente, acostumbrados tal vez a que en aquel trasto con ruedas subieran solamente paisanos o, al menos, personas de su misma condición. Es curioso ver cómo se transforman: allí dentro se descargan de sus fardos, respiran aliviados y comienzan a hablar alto y a gastarse bromas como si hubieran entrado de pronto en su terreno. Las mujeres parecen aún más “chaparritas” y rechonchas, envueltas en esos amplios manteos; la mayoría de ellas lleva el pelo —espeso e intensamente negro— recogido en largas trenzas y absolutamente todas van ataviadas con el vistoso rebozo típico. A ningún hombre le falta su sombrero.

Se me ocurre entonces que, independientemente de los méritos ganados por D. Vasco en su día, éste debe haber contado con un factor añadido para mantenerse tan vivo en la memoria y devoción de estas gentes: no puede decirse que ellas hayan estado sobradas, secularmente, de protectores. El indígena mexicano está mucho más habituado a ser víctima del olvido o de los malos tratos que a verse favorecido con servicios o aten-

ciones. Por eso su alma hambrienta de efecto vibra con el recuerdo de alguien que los amó. Me vienen de pronto a la mente unas duras palabras que me largaron mis amigas antropólogas: "Aquí el único indio bueno es el indio muerto". Sabemos que están extraídas de otro contexto histórico y creemos que pueden ser exageradas, pero no dejan de tener alguna parte de verdad. En todo caso aquellos mexicanos que despotrican contra las crueldades y abusos de la colonización española —son abundantes y seguramente tienen sus motivos para hacerlo— deberían reflexionar igualmente —nos parece— sobre las actitudes, con respecto a los indígenas, adoptadas por la mayoría de los dirigentes políticos y de los grandes propietarios mexicanos posteriores. ¿Acaso las de éstos difieren mucho, esencialmente, de aquellas mantenidas por los antiguos gobernadores y encomenderos que ellos critican?

De pronto abandonamos la carretera que va a Zamora para desviarnos a la izquierda por una carretera muy angosta que bordea el lago. Ahora los paisajes que vamos descubriendo son como un regalo divino de la naturaleza. Aquel tiene una gran extensión, aunque es poco profundo y, a vista de avión, presenta aproximadamente la forma de una luna menguante; está poblado de diez islas, las más destacadas de las cuales son Janitzio y Jaracuaro.

Vamos por el medio de la vía, ni sombra de vehículos por delante ni detrás. En una parada, ante no sé qué pueblo, descienden casi todos los pasajeros. Consulto con la mirada al conductor, pero él no reacciona y seguimos la ruta. Ahora se ha terminado la carretera y hemos entrado en un camino sin pavimentar, pedregoso, sembrado de baches. Nunca hubiera imaginado que este viejo artefacto pudiera caminar por un senderucho así. De pronto pienso que hemos salido de la civilización, que hemos retrocedido en el tiempo, que el siglo XX quedó atrás.

El autobús se detiene en un pueblecito: final de trayecto. Pregunto al conductor por Santa Fe y me contesta sin inmutarse: "Híjole, Santa Fe la pasamos hace rato, mano". Así, sin proponérmelo vine a parar a San Andrés Tzinrondaro y no dejo de agradecer a aquel conductor despreocupado su descuido, pues gracias a él tuve la oportunidad de saborear el encanto de una de las aldeas purépechas más primitivas.

Absolutamente todas las casas eran de adobe, como debía suceder hace décadas en los pueblitos castellanos. Cada vez que aventuras un paso, has de intuir que debajo encontrarás suelo firme, pues las calles —evidentemente sin pavimentar— están recubiertas por una gruesa alfombra de polvo, una especie de harina negra que salta a cada una de mis pisadas en una nubecita pegajosa que, a los pocos metros de andadura, ha rebozado

ya todas mis ropas. Pasado un cuarto de hora, éstas habían adquirido casi el mismo color terroso que un perro ceniciento que me miraba somnolientemente, tumbado en medio de la calle. No tardé mucho en recorrer todo el pueblo. Con mi indumentaria de otros mundos y mi maletín ligero —y de pronto anacrónico— debía parecer a aquellos campesinos un extraterrestre.

Apenas se veían hombres en las calles. Algunas jovencitas endominadas atraviesan, con recato no desprovisto de gracia, la gran plaza porticada, para ir a visitar la iglesia. Otras mujeres, con aspecto de casadas solitarias, permanecen sentadas con su hijito en el breve peldaño que da entrada a sus humildes casas. Algunas viejecitas agrupadas observan hieráticas el deambular sorprendido de aquel forastero extraviado. Todas, incluso una niña que no pasa de tres años, llevan su ineludible rebozo y hablan —si llegan a hacerlo— en su lengua indescifrable; suelen ir ataviadas, además, con un delantal largo y bordado y con amplios manteos que rebasan holgadamente las rodillas.

Las dos calles más anchas —y ocasionalmente las más transitadas— tienen el raro privilegio de ostentar su nombre en unas tablillas descoloridas, resquebrajadas por la intemperie. En una de ellas se lee con bastante dificultad: "Calle del Virrey Antonio de Mendoza". En la otra, por el contrario, las letras están bien claras: "Calle de Vasco de Quiroga".

Es el atardecer cuando salgo del pueblo para intentar el regreso. En aquel sendero pedregoso —por donde antes trastabillaba el autobús— me cruzo ahora con las recuas de vacas que, a esta hora religiosa, regresan a sus establos; unas, a cargo de un vaquero anciano caminan libres, con su ritmo indolente por el consabido camino; otras marchan alborotadas, arreadas con piedras por un mozalbete vocinglero e impaciente.

He de caminar algo menos de un kilómetro para llegar a la carretera asfaltada: tal vez pasaría algún vehículo que quisiera "darme un aventón" hasta Santa Fe. En el trayecto un gañán bigotudo que venía de frente, se me queda mirando fijo, sonriente y me pregunta de dónde soy. Cuando le contesto que de España se desata en un torbellino de averiguaciones: que como cuánto queda de lejos, que si está cerca de Roma, que si he ido allí alguna vez, que si he visto al Papa... Poco a poco su sonrisa del primer encuentro se fue transformando en una expresión de arrobamiento. Mis respuestas lacónicas, sin embargo, no tardaron en apagar su entusiasmo: sabía que a esas horas no quedaba ya ningún transporte público que hiciera el trayecto de regreso y me temía que, si cerraba la noche, nadie —si es que llegaba a pasar algún alma por allí— se arriesgaría a recoger de la carretera a un gringo estrafalario.

6. SEGUNDO PUEBLO HOSPITAL: SANTA FE DE LA LAGUNA

Tras unos minutos de espera algo preocupada, acertó a pasar por allí, para mi suerte, el "jeep" de una patrulla de guardias que se avino a trasladarme hasta mi retrasado destino. Así fue como a primera hora de la noche, con no poco cansancio, un "kilo" de polvo y con escolta aterricé en Santa Fe de la Laguna. Al cabo me enteré de que se encontraba solamente a cinco kilómetros de Quiroga, en la ribera misma del lago.

Inmediatamente me puse a buscar un hotel, una pensión... De las cinco o seis personas a las que me acerco para preguntarles ninguna sabe darme la menor pista al respecto. A ambos lados de la carretera permanecen abiertas aún varias tiendas de artesanías: hay objetos, sobre todo, de barro, pero también de mimbre y algunas charolas y bateas de madera primorosamente decoradas... Entro en una de ellas atraído por la exquisitez de algunas piezas, pero, ante todo, por orientarme acerca de un lugar donde dormir; no es aquel un establecimiento elegante, sino más bien modesto; tanto el local como el vendedor tienen un aspecto algo desaliñado. Pero éste tiene ganas de despachar, da la impresión de que necesita imperiosamente saldar el día con algún ingreso más para su menguada caja: muestra un artículo tras otro y rebaja considerablemente los precios marcados. Compró un par de bateas pintadas y le cuento mis apuros. Me pregunta qué es lo que ando haciendo por allí. Le explico mis propósitos sobre Vasco de Quiroga, mi origen y entonces me confiesa entusiasmado que él pertenece precisamente a un gremio de artesanos denominado "Vasco de Quiroga", que éste sí que fue un hombre santo, que él había fundado este pueblo hospital de Santa Fe, que aquí todo el mundo adoraba a su Tata y que cada año se celebraban allí actos, en honor suyo, a los que acudían siempre personas importantes de fuera. En su discurso desatado sobre D. Vasco había tanto de devoción como de familiaridad. Me dice que allí no iba a encontrar

ningún hotel, que su casa era muy pobre, pero que, si a mí no me importaba, con mucho gusto me la ofrecía para dormir esa noche. Ante mis vacilaciones, él insiste. Realmente no se me ofrecían muchas alternativas. Al final acepto ofreciéndole algún dinero, pero él lo rechaza.

Benigno cerró la tienda al punto y nos dirigimos a su casa. En el camino entramos en una tienducha semiiluminada por una luz mortecina, donde compré algo para la cena; me sorprende encontrar allí, a estas horas, media docena de clientes, todos los cuales hablaban purépecha y se mostraron de pronto cautos, recelosos ante la presencia de un extraño. Las calles, escasamente alumbradas, se hallan, según me explica mi anfitrión, algo más animadas en esta noche de domingo; cada vez que Benigno se cruza con algún vecino, se saludan con confianza y campechanía. De pronto nos detenemos ante una puerta abierta. El se cuela primero para guiarme por un pasillo estrecho y oscuro, que desemboca en un patio extremadamente sencillo. Este —me explica como disculpándose— comunicaba tres viviendas: la suya, donde vivía solo, y las de otras dos familias. El retrete —un cuartucho exiguo y en sombras— el patio mismo —apenas iluminado por una lucecita amarillenta— y la cocina —que se veía en un lado de éste, sólo protegida por un tejadillo de uralita— eran comunes. A continuación me mostró “su casa”, que en realidad se reducía a una habitación desordenada, no muy grande, en la que vi solamente una cama. Una única bombilla portátil, acoplada a un cable alargadero, nos sirve para alumbrar, alternativamente, la cocina —en que nos pusimos a freir improvisadamente unos huevos— el patio —en uno de cuyos rincones cenamos en una mesa de color indescifrable— y el dormitorio. No tenían allí agua corriente, han de ir a buscarla —me dice— a un manantial no muy alejado y la sobrante la depositan, según vi, en un bidón oxidado que cubren con un saco. ¡Dios mío! ¿Cómo podrá vivir así esta gente? Sabía que aquel no era en absoluto un caso aislado, que así sobrevivían muchos de estos campesinos mexicanos. A pesar de todo, aquel trato cordial, hospitalario, de Benigno hace que me encuentre siempre a gusto; que incluso en algún momento llegue a emocionarme por el desprendimiento de este hombre humilde que ofrece todo lo poco que tiene a un desconocido que, un buen día, llama a su puerta.

Durante la cena conversamos sobre D. Vasco, sobre la forma en que él mismo aprendió a elaborar sus artesanías de madera y logró montar la tienda, sobre el problema del agua en Santa Fe —que en ocasiones escasea— sobre la necesidad que tienen los miembros de su gremio de un local social para reunirse, abrir una pequeña biblioteca, discutir sus asuntos y problemas. Están cansados —se lamenta— de acudir a Morelia a presentar sus carencias ante organismos oficiales y pedirles ayuda, pues con ello

tan sólo han conseguido algunas promesas y proyectos de ejecución siempre postergada. No suenan sus palabras a discurso panfletario, sino a verdad desnuda, a la queja serena, irrefutable, de una raza secularmente desamparada.

Para dormir, él extiende en el suelo con decisión un petate indígena —una especie de esterilla gruesa, fabricada con fibra de palma— que tenía enrollado y de pronto me le veo tendido sobre él, sin haberse sacado la ropa que llevaba puesta. Entonces me larga con la mayor naturalidad que, cuando lo desee, puedo acostarme en la cama. Me resisto con toda sinceridad, aquello me parecía un abuso por mi parte, pero de nada sirvieron mis protestas: ningún ser humano iba a convencerle para que se moviera de ese lecho duro en que ya se había derrumbado. Aquella noche algo hondo se removió en mi conciencia y me dormí cansado y conmovido, dando gracias a Dios de que aún quedaran personas de esta condición, capaces de operar estos milagros silenciosos, como la cosa más lógica del mundo.

A la mañana siguiente Benigno se disculpó por no poder acompañarme a visitar el antiguo hospital de D. Vasco, pero no deja de indicarme dónde se encuentra la casa de José Dimas, quien podría mostrármelo y, con toda seguridad, explicarme todo “mucho mejor que él”. Le pregunto si éste tiene algo que ver con unos “hermanos Dimas” a cuyo concierto de música purépecha había yo asistido en Morelia. “No es que tenga que ver, mi hermano, es que es el mismo, que vive con su hermana Ángela justo en esa casa de la plaza”. Estos Dimas —me explica— son grandes conocedores del folklore michoacano, además de recopiladores y notables intérpretes de las más antiguas canciones purépechas.

Poco después de las ocho salimos de casa. Las calles son estrechas, unas de tierra y otras adoquinadas con pedruscos desiguales, por los que caminan penosamente algunos borricos que atraviesan bien cargados; de día ofrecen un aspecto más animado, alegre. Las casas, bajas, de adobe y con tejados rojos, me hicieron recordar, una vez más, el pueblo castellano de mi infancia. De pronto me encuentro en una plaza grande, cuadrangular, bajo cuyos soportales adintelados, soportados por postes de madera, algunas vendedoras —siempre con sus amplios manteos y rebozos— exhiben sus productos tendidos en el suelo: pescado blanco y loza negra —típicos de esta región— frutas, verduras, cestos de mimbre... Tan sólo hablan español cuando, contestando a mis preguntas, me indican la casa de los Dimas. Veo pasar a varias muchachas o a jovencitas con sus bebés, que van a buscar agua en una fuente redonda que hay en el centro; algunas llevan cubos de plástico, pero la mayoría portan en su hombro —ayudándose del ineludible rebozo— unas ánforas de barro, decoradas con orondas

flores de colores vivos. Yo me quedé mirándolas curioso: para mí éstas son estampas de otro mundo, de otra época.

José, de cerca, no parece tan joven como en aquella velada musical; me recibe cortésmente y enseguida se presta a guiarme y abrirme el venerado hospital que, aunque quedaba —según me dijo— en un extremo del pueblo, estaba cerca. A pesar de su reserva, produce la impresión de un hombre afable. Salimos al punto.

Tras atravesar la plaza hemos entrado en un recinto amplio, ajardinado, rectangular —cercado por un muro bajo— dentro del cual juegan algunos muchachos y se levanta la iglesia parroquial. En la fachada, sobre la puerta principal, veo grabados en bajorrelieve la mitra y el báculo típicos del emblema episcopal. José me explica que fue fundada por Tata Vasco, poniéndola bajo la advocación de San Nicolás Obispo, santo al que él tuvo especial devoción y uno de los patrones de este pueblo; de ahí que las grandes fiestas de Santa Fe —añade— sean, además de la del Día de Muertos y la de Reyes, las dos patronales: la de la Exaltación de la Cruz, el 14 de septiembre —por haber sido el día en que D. Vasco fundó esta comunidad— y la de San Nicolás de Bari, el 6 de diciembre. “Tendría que ver las danzas de Negros, de Moros y de Viejecitos que se bailan aquí en esos días”. Me quedé mirándole estupefacto.

Ahora caía en la cuenta de que Vasco de Quiroga, durante los treinta y cinco años que permaneció en estas tierras mexicanas, no había olvidado nunca al pueblo castellano que fue su cuna; es lo que podía deducirse de muchos de los datos que había venido recogiendo. Le tiene presente unas semanas antes de morir, cuando escribe en su testamento:

“... con más cincuenta ducados que den los dichos hospitales, así mesmo perpetuamente en cada un año, para que en la dicha Iglesia del Señor San Nicolás de la Villa de Madrigal donde soy natural, sobre la sepultura donde están mis padres, se digan perpetuamente ciertos aniversarios con toda su solemnidad y devoción por los dichos mis padres y defuntos...”.

Para fundar sus dos pueblos-hospitales eligió precisamente la fecha del 14 de septiembre, día del Santo Cristo patrón —y, por consiguiente, fiesta mayor— de su pueblo natal; dispuso que el titular de la iglesia del primero —el de Santa Fe de los Altos— fuera la Virgen de la Asunción —a la que está dedicada una de las dos parroquias del Madrigal abulense— y que la iglesia del segundo —en el que ahora me encontraba— estuviera consagrada a San Nicolás de Bari, lo mismo que la otra parroquia madrigalense, en la que él mismo había sido bautizado y estaban enterrados sus padres. Quiso también poner bajo la tutela de este su santo predilecto —como sa-

bemos— al colegio-seminario de Patzcuaro y que todos los numerosos hospitales “sanitarios” que creó estuvieran bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, exactamente igual que el Hospital Real del siglo XV existente en el pueblo que le vio nacer. Ningún historiador había reparado en todas estas coincidencias. Ahora ya poco podía extrañarme que las dos fiestas patronales, tanto del michoacano pueblo de Santa Fe, como del mesetario Madrigal de las Altas Torres fueran justamente las mismas. Aquel hombre entrado en años y buen creyente, volcado en la intensa actividad de recrear y organizar un nuevo mundo, debió rememorar a menudo sus raíces y me inclino a pensar que, en más de una ocasión, sintió alguna nostalgia de ellas.

Ahora comprendía cuán ciertas eran aquellas palabras pronunciadas por Miguel Bernal durante su ya lejana visita a Madrigal: “Michoacán, hijo indudable de Castilla”. En efecto, era Castilla, Valladolid, Madrigal, la configuración urbana de incontables pueblos castellanos lo que yo estaba descubriendo, respirando aquí a cada paso. Y fue predominantemente nuestro Vasco de Quiroga quien había imprimido ese sello inconfundible, imborrable en estas tierras. ¡Cuántas veces había oído, durante estas semanas de viaje, la expresión “Tata Vasco sigue vive”! Y es indiscutible que su espíritu está vivo, había continuado operando en la fe y en muchas de las formas de vida de estas gentes; pero ahora había ido más lejos, había alcanzado también a este paisano suyo viajero, que había topado con él casi por azar: gracias a D. Vasco llegué a reencontrarme en estos parajes lejanos con una parte de mis raíces castellanas, tan olvidadas; había recuperado, en unos momentos de confusión y desconcierto, una veta extraviada de mí mismo. Ahora no podía dejar de dolerme que el colonizador castellano seguramente más recordado y querido en América siguiera siendo en su tierra casi un perfecto desconocido. ¿Cómo explicar mi silencio y todas estas cavilaciones a José Dimas?

Del antiguo edificio renacentista de este templo parroquial de San Nicolás ya no queda nada. El actual fue construido en el siglo XVIII, como revela el estilo neoclásico de su fachada, de sus puertas laterales y de su interior. Este tiene una sola nave rectangular, con el ábside plano, y está poco iluminado: sus reducidas ventanas, de forma circular, dejan pasar poca luz. Llama especialmente mi atención el retablo neoclásico del altar mayor, que alberga la imagen de un Cristo conocido aquí como “Señor de la Exaltación”; es una impresionante talla policromada en piedra, única en esta región donde lo habitual son los Cristos de pasta de caña de maíz. En uno de los retablos laterales descubro además la estatua de un obispo, en una hornacina protegida con un vidrio; a sus pies se lee la siguiente inscripción: “San Nicolás de Bari, patrono de este pueblo, al que tuvo veneración es-

pecial Don Vasco de Quiroga". Salimos de la iglesia, junto a ella, dentro también de este vasto recinto atrial, se encuentra la casa cural, que dejamos a un lado.

Inmediatamente detrás, al norte de la iglesia, sólo separados de ella por una estrecha calle, se alzan unos muros recientemente blanqueados y más altos que los anteriores, en cuya superficie unas grandes letras rojas y negras anuncian: "Segundo hospital de Santa Fe. Fundado por Don Vasco". Lo creó en efecto, como ya sabemos, en septiembre de 1533. Atravesamos la portada de ingreso que, a diferencia de los muros, es de cantera, con un arco de medio punto apoyado sobre pilastras, y lleva un tejadillo protector. Dentro descubro un patio cuadrangular, con un pasillo central fabricado de ladrillos rojos ya bastante descoloridos y bordeado por un césped bien cuidado; hay, además, algunos árboles frutales y me llaman especialmente la atención dos cipreses venerables, que se elevan allí con la apostura de dos guardianes centenarios. Una pareja de ancianos se afana en arrancar yerbajos: son los "semaneros". D. Vasco, al morir, dejó establecido que dos matrimonios por semana prestaran el servicio de cuidar y limpiar el recinto del hospital y, más de cuatro siglos después, sigue manteniéndose dicha práctica, aunque esta institución haya dejado de funcionar como tal en la segunda mitad del siglo XIX. Siempre ha sido un trabajo gratuito y voluntario, pero —según afirmaba Dimas— prácticamente todos los matrimonios de Santa Fe, hasta la fecha, habían pasado, en un momento u otro, por el ejercicio de esta tradición dispuesta por Tata Vasco. Antiguamente los "semaneros" dormían en el mismo hospital, en la actualidad pasan allí solamente el día y regresan al anochecer a sus respectivos hogares, dejándolo todo limpio, recogido, cerrado. Cada viernes los "semaneros" en funciones hacen adornos con palmas para adornar la imagen y la capilla y, al atardecer, sacan en procesión —a la que suelen asistir los familiares— a la Virgen, dentro del ámbito del hospital.

En este secular complejo arquitectónico se mantienen en la actualidad los siguientes edificios: al frente, en el centro, se encuentra la capilla de Nuestra Señora del Rosario, a cuya puerta principal va a desembocar el pasillo antes mencionado; a la derecha de éste, sólo quedan diversos árboles (naranjos, granados...) y arbustos decorativos; y, a la izquierda, las diversas dependencias del antiguo hospital, dispuestas en forma de escuadra: la enfermería, la hospedería y otra estancia convertida hoy en pequeño museo.

La capilla es sumamente sencilla, casi austera. En el frontispicio se observa, solamente, una pequeña ventana ajimezada, en madera exquisitamente trabajada, que me recuerda alguna de las existentes en el palacio de Juan II, en Madrigal. El interior consta de una pequeña nave de planta irre-



"Cristo de la Exaltación", Patrón de Santa Fé de la Laguna.

gular que está muy iluminada. En el presbiterio un retablo neoclásico aloja en un nicho, a la Virgen del Rosario y, a los lados, sobre pedestales exentos, a la Inmaculada Concepción— la otra de las grandes devociones de D. Vasco— y a San José, imágenes que datan probablemente de la época colonial. De un madero envejecido que sale de una de las esquinas, en el exterior, pende una campana de siglos.

Las citadas dependencias hospitalarias están resguardadas por un corredor —sustentado por vetustos pilares de madera— que se extiende, a todo lo largo, por delante de ellas; huelen a cal y desinfectante y en la actualidad sólo se usan, esporádicamente, como salas de exposiciones o de lectura. La antigua cocina y los cuartos destinados a los clérigos encargados del hospital han desaparecido.

Encima de la puerta de entrada al museo se muestra un retrato descolorido de D. Vasco, de muy escasa calidad, y una larga inscripción que, en estilo un tanto tortuoso —debido seguramente a una mala traducción del purépecha— dice:

"HOSPITAL DE SANTA FE DE MICHOACÁN

D. Vasco de Quiroga llega como visitador a Michoacán en 1533, cuando aún humeaban con los copales las brasas de la idolatría, y contempla los paisajes. Pero muy pronto deja de extasiarse ante ellos. Ahora palpa las sangrantes heridas abiertas por la crueldad de Nuño de Guzmán y sólo piensa ya en sus indios, aquilata sus virtudes: "tienen sencillez evangélica", son obedientes y humildes, menosprecian lo superfluo, "hay tanto y tan buen metal de gente en esta tierra... y tan blanda es la cera y tan rasa la tabla"... Por eso dirá también: "Yo me ofrezco con ayuda de Dios a poner y a plantar en estas tierras un género de cristianos a las derechas", a ser unión de los naturales y hermanarlos por la caridad y el espíritu cristiano. Para redimirlos de su miseria, para educarles colectivamente en una digna vida humana, para obtener su "pre-comunal" (sic) era necesario construir un orden justo. Define su pensamiento: "construir un cielo en la tierra". Por eso bautiza sus hospitales con el nombre que llena todas las aspiraciones de su vida: Santa Fe. Por lo tanto funda este hospital de Santa Fe de Michoacán en 1533 y el de México en 1532, "a mi costa y con mis propios salarios, con el favor de Dios Nuestro Señor dos ospitales de yndios que titulé de Santa Fe para hospedar y recoger pobres y, sobre todo, para arraigar la fe entre ellos" (Testamento de D. Vasco).

Los hospitales de Santa Fe son pueblos o repúblicas regi-

dos por sus ordenanzas. Pertenecen a ellos indios pobres o miserables, personas huérfanas, pupilos, viudas y mestizos de todas lenguas que, recibidos en el hospital, moran en familias y casas multifamiliares, urbanas y rústicas dentro de los términos de aquel. Recíbense también recién nacidos para los que hay una casa de cuna, peregrinos que tienen su hospedería y enfermos que son llevados a la enfermería. Los capacitados trabajan y gozan del usufructo de las tierras, estancias, ganados, batanes, molinos y telares del hospital”.

Y en él aprenden a trabajar, juntamente con las letras del “A, b, c...”, con la doctrina cristiana, la moral y las buenas costumbres y prudencia. Patrones del hospital son: el Rey, que concedió a sus moradores exención de tributos y de servicio personal; el Deán y el Cabildo de la Catedral de Michoacán y el rector de San Nicolás; a los cuales compete el nombramiento del Rector del Hospital, que ha de ser clérigo presbítero. Además de éste, tiene el gobierno interno del hospital un principal y varios regidores. Y en las familias “el más antiguo abuelo es el que preside”.

El licenciado Quiroga, como oidor, era un hombre de acción; como obispo, era un hombre de fe: creía en la Providencia y en la naturaleza humana. Fueron, pues, sus hospitales fuentes efectivas de civilización y educación, verdaderos centros de salud, pero incluían también escuelas, talleres, almacenes, oficinas industriales, campos de trabajo, hospedaje para los peregrinos, centros de doctrina cristiana, moral y buenas costumbres...

Fue este hospital-pueblo un centro de tipo colectivista y comunitario, con organización económica y administración propia, según sus ordenanzas. D. Vasco de Quiroga con sus hospitales hizo una gran obra de justicia y de caridad cristiana entre los pueblos purépechas.

Este hospital de Santa Fe de la Laguna es símbolo de lo que fue y todavía, hasta el presente, un recuerdo perenne de nuestro pastor y padre.

Por eso, Tata, aunque no te hayamos levantado un monumento de bronce ni grabado tu nombre con letras de oro, eso no importa, pues sabemos que vives entre nosotros desde hace quinientos años y vives aún en nuestro corazón. Te guardaremos eterna gratitud.

Valeas

Santa Fe de la Laguna, Mich. 1 febrero 1990 Juchari Vexurini”.

Hemos querido reproducirla por los sustanciosos datos históricos que contiene y por lo significativo de las palabras finales, llenas de agradecimiento.

La década de 1520-1530 había sido un período de constante inquietud en Michoacán; ante los excesos cometidos por los buscadores de oro españoles y por el propio Nuño de Guzmán, los indios, cuando pudieron, se desquitaron con el mismo tipo de trato. Fue por eso por lo que a finales de 1532 se resolvió que Quiroga visitase esta región. Poco después de su llegada éste sentenció que la base de todos los problemas eran las diferencias religiosas existentes entre conquistadores y conquistados (pues los españoles frecuentemente justificaban las expropiaciones de objetos de oro y joyas arguyendo que ellos constituían ofrendas para los ídolos); convoca a los principales tarascos, conversa con ellos largamente y les propone construirles un hospital, siguiendo el modelo de Santa Fe de México. Según fray Francisco de Bolonia, D. Vasco les explicó que aquel debería ser un lugar donde pudieran encontrar refugio los que anduvieran errantes, a donde pudiera ir el pobre, donde los huérfanos recibieran protección y donde se practicaran los divinos oficios.

Los indios, viendo las pruebas de equidad y amor de este hombre, acogieron inmediatamente la idea y le indicaron el barrio que consideraban más adecuado —al lado mismo del lago— para construirlo. Así es como surgió este pueblo-hospital, que adquirió tan buena fama en la zona que pronto fue frecuentado no sólo ya por los tarascos, sino también por los rudos chichimecas, que aún no habían sido conquistados por los españoles; dos cédulas reales, —expedidas el 28 de septiembre de 1534 y el 27 de junio de 1538, respectivamente— reconocían su fundación y le dotaban de tierras para su mantenimiento. Poco después, no obstante, D. Vasco se vio obligado a defender a Ueameo —así es como se llamaba anteriormente este barrio— de la voracidad de Juan Infante, quien lo reclamaba, al igual que a Cocupao, como parte de su encomienda. Afortunadamente en esta ocasión, gracias a las buenas gestiones del obispo protector de indios, también salió triunfante la utopía. Una utopía que había nacido en Europa flotando en las páginas idealistas de T. Moro, que había tomado cuerpo por primera vez en América, en estas comunidades quiroguianas y que se ensayaría después, en diversos puntos de este continente, a manos de religiosos franciscanos y jesuitas, que aprendieron la lección de Tata Vasco.

El piso de este museo queda medio metro por encima del nivel del patio y está construido de tablones, algunos de los cuales se hallan hoy tan carcomidos e inseguros que has de caminar sobre ellos como pisando huevos. Allí dentro se guarda el sillón de D. Vasco, protegido por una urna de

vidrio; es una pieza austera, con respaldo bajo, fabricada toda ella en madera labrada y hoy renegrida; hay además copias ampliadas de diversos documentos de la época (algunas páginas de las Reglas y Ordenanzas para el gobierno de los hospitales, un "Vocabulario de la lengua de Michoacán" y textos extraídos del **Arte de la lengua** y del **Thesoro espiritual de la lengua**, del franciscano francés Maturino Gilberti, con quien Quiroga mantuvo también no pocos pleitos) y un retrato del siglo XVIII del venerado primer obispo, debajo del cual se lee la siguiente inscripción:

"Verdadero retrato del Ilmo. y muy venerable Señor D. Basco de Quiroga, primer obispo consagrado desta Santa Iglesia de Valladolid, Pasa a la mitra de Oidor de México, erigió los hospitales de indios, de quien fue amantísimo; fundó los hospitales de los Altos de Santa Fe de México el uno y el otro en esta Santa Fe de la Laguna; gobernó veintiocho años; murió en edad de noventa y cinco en el pueblo de Uruapan y se trasladó su cuerpo a Patzcuaro a la Iglesia de la Compañía, donde está, y fue fundador del Colegio de San Nicolás Obispo, que oi está en la ciudad de Valladolid y es su patrón el Benerable (sic) Señor Deán y el Cabildo de aquella Santa Iglesia".

Otros de los objetos allí expuestos son: una antigua casulla desgastada, bordada en oro, una talla de madera, dañada por el fuego, de un Cristo crucificado, una gran charola con el retrato de Tata Vasco y un "pindekuario" (especie de diario o "memorandum" de la parroquia, escrito por un clérigo del siglo XVIII).

Mientras me entretengo en la contemplación de estas reliquias, José comenta con los "semaneros", en purépecha, algo sobre Madrigal y D. Vasco. Noto que me observan con curiosidad y simpatía. El tono en que hablan siempre de su Tata es sumamente familiar, como quien estuviera habituado a nombrarle muy asiduamente.. Cuando callan, el leve vientecillo que remueve de pronto las hojas de los árboles arranca a estos muros celadores de secretos, rumores de un pasado sufrido y generoso, ecos de una historia emprendedora de caminos nuevos. Todo aquí tiene un aire vetusto, de sencillez gastada por el tiempo; pero en modo alguno da la sensación de descuido, de abandono. Desde el corazón agradecido de estos santaferreños Tata Vasco sigue velando por su obra.

Mientras abandonamos el recinto del antiguo hospital, vamos conversando animadamente. Santa Fe de la Laguna cuenta en la actualidad con unos cuatro mil habitantes, casi todos los cuales son bilingües purépecha-español y guardan celosamente los rasgos de su identidad indígena. Dimas, ahora más suelto, se explaya en explicaciones sobre el pueblo, respondiendo a mis preguntas:

"Aquí seguimos viviendo de la agricultura, de la pesca del lago y, sobre todo, de la artesanía del barro, como en tiempos de D. Vasco. Casi todos aprendemos desde niños estos tres trabajos y acabamos dominándolos, aunque luego nos dediquemos preferentemente a uno de ellos. Las tierras siguen siendo comunales, como estableció Tata Vasco y guardamos profundamente el sentido de la comunidad, de la solidaridad. Si alguno no tiene trabajo o tiene problemas sabe que nunca le va a faltar qué comer: puede ir a casa de sus familiares o de cualquier vecino de la comunidad, con la mayor naturalidad. Muchas veces lo hacemos".

Aquello, en verdad, no era pura palabrería, yo lo había experimentado personalmente con Benigno y tuve ocasión de confirmarlo después hablando con distintas personas.

"Por eso no tenemos tanto apego al trabajo ni vivimos agobiados por él. Trabajamos más por afición a algo o por servicio que por dinero. Si uno de nosotros sale de la comunidad y las cosas le van mal sabe que puede regresar a ella y no se va a morir de hambre. Aunque tienes que reintegrarte —eso sí— a las costumbres de ella, a los servicios que sucesivamente todos vamos prestando: "guardias de noche", "semaneros", "cabezas de día", "jefes de tenencia", "cargueros"... La comunidad se sigue rigiendo por cuatro jueces, elegidos cada tres o cuatro años, que deciden sobre los problemas sociales o morales que van surgiendo. Muchas de estas instituciones y cargos fueron establecidos por Tata Vasco".

Yo bien sé que estas gentes, en determinados momentos, si les "pisan el callo", pueden llegar a ser violentas; pero habitualmente el carácter purépecha respira mansedumbre y afabilidad y es una etnia profundamente religiosa.

"El idioma purépecha sin duda se va afianzando. En el periódico **La voz de Michoacán** puede ver con frecuencia crónicas o artículos y hay incluso alguna radio que emite solamente en esta lengua.

Mis hermanos Angela, Néstor y yo hemos recopilado muchas canciones tradicionales, pues se habrá dado cuenta de que los purépechas, desde muy antiguo, hemos tenido una gran afición a la música, guardamos un folklore muy rico. Después las vamos interpretando en las fiestas de los pueblos y en actos culturales.

Existe un "Himno a Tata Vasco" que nosotros hallamos registrado en un disco, interpretado por el desaparecido "Trío purépecha"; aquel salió por 1965 y se llamaba precisamente así: "Gloria a Tata Vasco". Se dice que esta "pirekua" la compuso Domitilo Alonso, miembro de este grupo, que vive en Tirindaro; pero no es seguro que lo hiciera él, yo creo que venía de más atrás. El himno tenía muchos castellanismos, nosotros pulimos la letra, añadimos algunos arreglos y le incorporamos a nuestro repertorio".

Hemos llegado a su casa, modesta pero arreglada. Su sobrina Guadalupe nos ofrece amablemente un poco de queso blanco, casero, y un refresco. No tengo prisa por marchar: apenas los conozco, pero ya tengo a su lado la sensación de compañía profunda, de amistad, de calor humano. Seguimos hablando de D. Vasco, del proyecto, bastante avanzado, de erigirle allí un busto, de los problemas derivados de la escasez de agua —durante la época seca— en Santa Fe, de Madrigal... Me invitan a pasar allí la noche, pero tengo que continuar mi viaje: he de regresar a Patzcuaro para tomar al día siguiente un autobús hacia Uruapan, en donde —según se dice— falleció Vasco de Quiroga.

7. URUAPAN, EL FINAL DEL CAMINO

Aunque mi propósito al llegar a Patzcuaro era salir inmediatamente hacia Uruapan, Eugenio Calderón me invitó a acompañarle a una exposición de pintura y fotografía artística que se iba a inaugurar en Santa Clara del Cobre, un pueblo que dista unos veinte kilómetros de Patzcuaro famoso en todo el país por la esmerada artesanía de dicho metal. Los autores que exponían eran el propio Eugenio, cuya faceta de fotógrafo yo desconocía, y Guillermo Cordero, un notable pintor afincado en Patzcuaro. Era una muestra monográfica sobre el "templo de la Compañía" y su patrimonio artístico. Eugenio me explicó que se les había ocurrido embarcarse en esta tarea con el fin de llamar la atención sobre el significado histórico de esta iglesia —primera catedral de Michoacán— la riqueza artística que guarda y el deplorable estado de abandono en que se halla.

Permanecemos en Santa Clara solamente unas horas, pero fue tiempo suficiente para obtener nuevos datos acerca del legado de Tata Vasco en este pueblo y del secular agradecimiento hacia él que allí se guarda.

Me llevan primeramente ante el monumento a D. Vasco, instalado en una de las calles principales: sobre un "podium" cuadrangular, cercado con unas cadenas, se alza un pedestal en el que se asienta, a su vez, un busto del primer obispo, de rostro delgado; por detrás, dos postes con farolas. Cada año —me explican— se celebra en este pueblo, del once al veintidós de agosto, la Feria Nacional del Cobre; en el programa de actividades de la misma figura ineludiblemente el acto de homenaje a Tata Vasco: desde un puente situado en un extremo del pueblo se sale en procesión, con bandas de música y coronas de flores, hacia este monumento; a sus pies se realizan ofrendas florales y se pronuncian discursos en honor del benefactor de la raza purépecha.

Cerca de allí se halla la calle Vasco de Quiroga, a todo lo largo de la cual se extienden los puestecitos de un mercadillo efervescente. Se venden, sobre todo, tejidos con esos colores gritones que aquí gustan tanto.

Falta aún una hora para el acto de inauguración de la exposición, sin contar esa otra media —al menos— que se concede de margen en estas tierras, como algo ya sacramentalmente establecido. Nos queda tiempo para visitar apresuradamente el Museo del Cobre. De camino hacia él atravesamos la Plaza Principal, amplia y arbolada; está adornada con dos pequeñas fuentes y con un bello kiosco, sostenido por gruesas columnas de cobre, que sirve para recitales, conciertos y otros actos públicos. Este fue el escenario escogido por José Rubén Romero —seguramente el escritor michoacano más conocido— para situar su célebre novela **La vida inútil de Pito Pérez**.

En el pasillo mismo de entrada al museo se encuentra un enorme retrato de Tata Vasco, rodeado de guirnaldas, y debajo el texto siguiente:

"Hacia 1522 los indígenas poblaban las márgenes del río Sisipucho, y al saber la noticia de la Conquista del reino tarasco, huyeron a los montes abandonando las poblaciones de Taborca, Churucumeo, Itziparatzico, Cuirindicho, Huitzila y Andicua.

Después de consumada la conquista llegó a estos lugares el misionero fray Martín de Jesús o de la Coruña quien convenció a los indígenas que se agruparan en el lugar donde ahora se encuentra el pueblo, fundándose la primera "doctrina" con el nombre de Santa Clara Xacuaro.

Al llegar D. Vasco de Quiroga a los pueblos indígenas dándoles una fuente de vida propia, viendo la inclinación que tenían para labrar el cobre, del que fabricaban varios tipos de herramientas y la gran cantidad de metal que se desperdiciaba en las fundiciones pensó en darle al pueblo la artesanía cobrera, la cual después de cuatrocientos años ha conservado toda su originalidad y es el medio de sostén de numerosas familias.

Viendo D. Vasco de Quiroga el auge que tomaba la manufactura de artefactos de cobre, decidió traer artífices especializados de España para que enseñaran a los indígenas las técnicas del trabajo. A este esfuerzo de D. Vasco supieron corresponder nuestros artesanos y empezaron a destacarse como verdaderos artistas hasta convertirse actualmente en magníficos artistas productores de obras de arte".

Así, pues, D. Vasco no se había limitado a desarrollar una labor espiritual —fundando iglesias y parroquias— ni social —creando escuelas y hos-



Homenaje a D. Vasco, junto a su estatua, en Santa Clara del Cobre.



Ruinas de San Juan Parangaricutiro, en las proximidades de Uruapan.

pitales— sino que acometió también toda una fructífera y transcendental tarea de planificación económica, organizando la producción de artesanías diversas en todos estos pueblos, así como los lugares y fechas de los mercados, decisivos también para su buena distribución y consumo.

El museo exhibe las piezas que, cada año, han obtenido los primeros lugares en el Concurso de la Feria Nacional del Cobre; en otra sala, que semeja un taller típico, de los que se usan para trabajar este metal, se muestran los sucesivos pasos y formas empleados para elaborar objetos de cobre martillado; en otra podemos admirar una variada colección de piezas prehispánicas fabricadas en Santa Clara... A la salida me fijo más detenidamente en las gruesas puertas de madera, forradas con placas de cobre; en éstas aparecen distintas figurillas grabadas en bajo relieve: hay ramos de flores, el escudo de Santa Clara y —evidentemente— un pequeño retrato de D. Vasco.

Para inaugurar oficialmente la citada exposición acude el Secretario de Turismo de Patzcuaro. Es un gozo recrearse en la contemplación de aquellas bellas reproducciones: la torre, el reloj, las distintas portadas, los retablos, la nave semiiluminada, las fotografías de valiosos cuadros antiguos... perteneciente todo ello al mencionado templo de San Salvador o "de la Compañía"; es admirable la maestría con que Guillermo Cordero ha sabido imprimir en sus acuarelas las huellas del paso del tiempo: ese colorido grisáceo y verduzco de los muros musgosos, ese marrón desvaído de las maderas descoloridas y carcomidas. En varios de sus cuadros aparece —¿cómo no?— la imagen de D. Vasco; unas veces como una presencia bien explícita, palpable, otras, como una sombra insinuada, que alude a la pervivencia de su recuerdo imborrable.

Al anochecer, después de una tarde bien aprovechada, regreso orgulloso, en compañía de estos artistas, a Patzcuaro.

Al día siguiente marché por fin a Uruapan: dista de aquí unos sesenta y cinco kilómetros y es la segunda ciudad más importante de este Estado. Fue fundada por el franciscano español Juan de San Miguel en 1533, en un hermoso paraje cercano al volcán Parícutín: a este fraile se debe el trazado urbano originario —base del actual— así como la fundación de centros de enseñanza y del hospital o "Huatapera", principal objetivo éste último de mi visita a esta población.

Uruapan, cuyo nombre, de origen purépecha, significa "flor y fruto", había de ser la última estación de mi recorrido, como lo fue posiblemente de D. Vasco. Una antigua tradición asegura que murió en este lugar el 14 de marzo de 1565 y así ha quedado recogido en la creencia generalizada de las gentes y en la mayoría de los textos que habíamos encontrado, no

sólo bibliográficos sino también en aquellos otros expuestos en retratos pictóricos e inscripciones públicas. Sin embargo, en varios autores y en algún cuadro del siglo XVIII habíamos leído, para nuestra sorpresa, que su muerte había acontecido en Patzcuaro.

Los biógrafos más antiguos (Juan José Moreno, en primer lugar, Nicolás León y Rubén Landa) afirman que después de escribir su testamento —firmado en Patzcuaro “en veinte y cuatro días del mes de enero” de 1565— emprendió un viaje de visita pastoral a su diócesis y la muerte le sorprendió en esta población del oeste michoacano. Historiadores más actuales y conspicuos —B. Warren y Francisco Miranda— creen, por el contrario, que murió en la propia ciudad de Patzcuaro, basando su tesis, principalmente, en una declaración hecha por los sacerdotes de la catedral de Patzcuaro en 1573, con motivo de un pleito mantenido contra los franciscanos para privarles del derecho a tener fuente bautismal en su iglesia. Aquellos afirman que “el dicho Reverendísimo D. Vasco de Quiroga, primer obispo que fue de este obispado, falleció en esta presente vida en esta dicha ciudad...”. Estas últimas palabras sólo podían referirse a Patzcuaro. Con todo, la cuestión no está definitivamente zanjada, aunque es esta última hipótesis la que parece ir cobrando más fuerza, por estar asentada probablemente sobre bases más sólidas.

Uruapan tiene el aspecto de una ciudad rica y moderna. De hecho es un importante centro agrícola y comercial en el que destaca la producción y venta de aguacates, mameyes, chirimoyas, café, agrios... Posee asimismo universidad, que recibe el nombre —sorpréndase— de “D. Vasco”.

En el centro urbano, a un lado de la plaza Morelos y entre las calles Vasco de Quiroga y Constitución, se halla el conjunto arquitectónico del templo de la Inmaculada Concepción y la denominada “Huatapera” (o “Guatapera”, que, en lengua tarasca, quiere decir “hospital”) fundada por fray Juan de San Miguel en el mismo 1533. En la fachada de este antiguo hospital de indios destacan el alfiz —con ornamentación de figuras vegetales— un nicho con la imagen de San Francisco de Asís y dos escudos, uno es el español de la época colonial y el otro ostenta las cinco llagas características de los franciscanos. Dos amplios soportales, limitados por robustas columnas de piedra, se extienden respectivamente por los costados norte y poniente del edificio, que dan al llamado “Patio de las cazuelas”, adornado con una fuentecita. Caminando por uno de ellos observo sobre el muro una placa con esta inscripción:

“1565-1965. Homenaje a D. Vasco de Quiroga, Ilustre Humanista y precursor del indigenismo mexicano, en el IV Cente-

nario de su fallecimiento. El Instituto Nacional Indigenista y la Junta Cívica conmemorativa.

Uruapan a 14 de marzo de 1965".

Y es que fue aquí, en este hospital, donde dice la tradición que murió Tata Vasco, aunque vaya usted a saber. Las ventanas alojadas en estos corredores son de una rara belleza: poseen alfiz y un marco de piedra adornado con motivos vegetales labrados en bajorrelieve, haciendo conjunto con la fachada principal. Aunque el edificio ha sido parcialmente restaurado varios de sus aposentos están semiderruidos.

Al otro extremo de la larga plaza Morelos, justo al lado del Palacio Municipal, se halla el templo de San Francisco, el primero de la ciudad, construido asimismo por fray Juan de San Miguel; ha sufrido tantas modificaciones a lo largo de los siglos que de su aspecto y elementos originarios no conserva nada. La fachada, barroca, está rematada por un frontón curvo y me llaman la atención en ella las cinco estatuas de tamaño casi natural, cobijadas en sendos nichos, que rodean la gran puerta. Una de tales imágenes había de corresponder obligadamente al omnipresente Padre de la Ciudad, pero tampoco podía faltar aquí la del andariego primer obispo, que aparece con su hábito pastoral portando un libro en la mano derecha y apoyada la izquierda en el pecho, a la altura del corazón y de un crucifijo que le pende del cuello. Y yo pensaba que los frutos de la veneración popular y del recuerdo agradecido al gran Tata no sólo se habían multiplicado a través de los siglos, sino que se habían extendido también, como podía comprobar, hasta los lugares más apartados de su diócesis.

Por detrás de la iglesia de San Francisco se alza un gran monumento al fundador de la ciudad. Este fray Juan de San Miguel fue precisamente uno de los treinta y cinco testigos que Vasco de Quiroga presentó para sus descargos en el juicio de residencia a que fue sometido. Aquel rindió los más favorables informes e hizo una brillante defensa del enjuiciado; fue el creador, asimismo, del colegio de San Miguel de Guayangareo, en 1531, para niños hijos de indígenas y de españoles, el cual acabaría fusionándose, en 1581, al quiroguiano colegio de San Nicolás, cuando éste se trasladó a la antigua Valladolid.

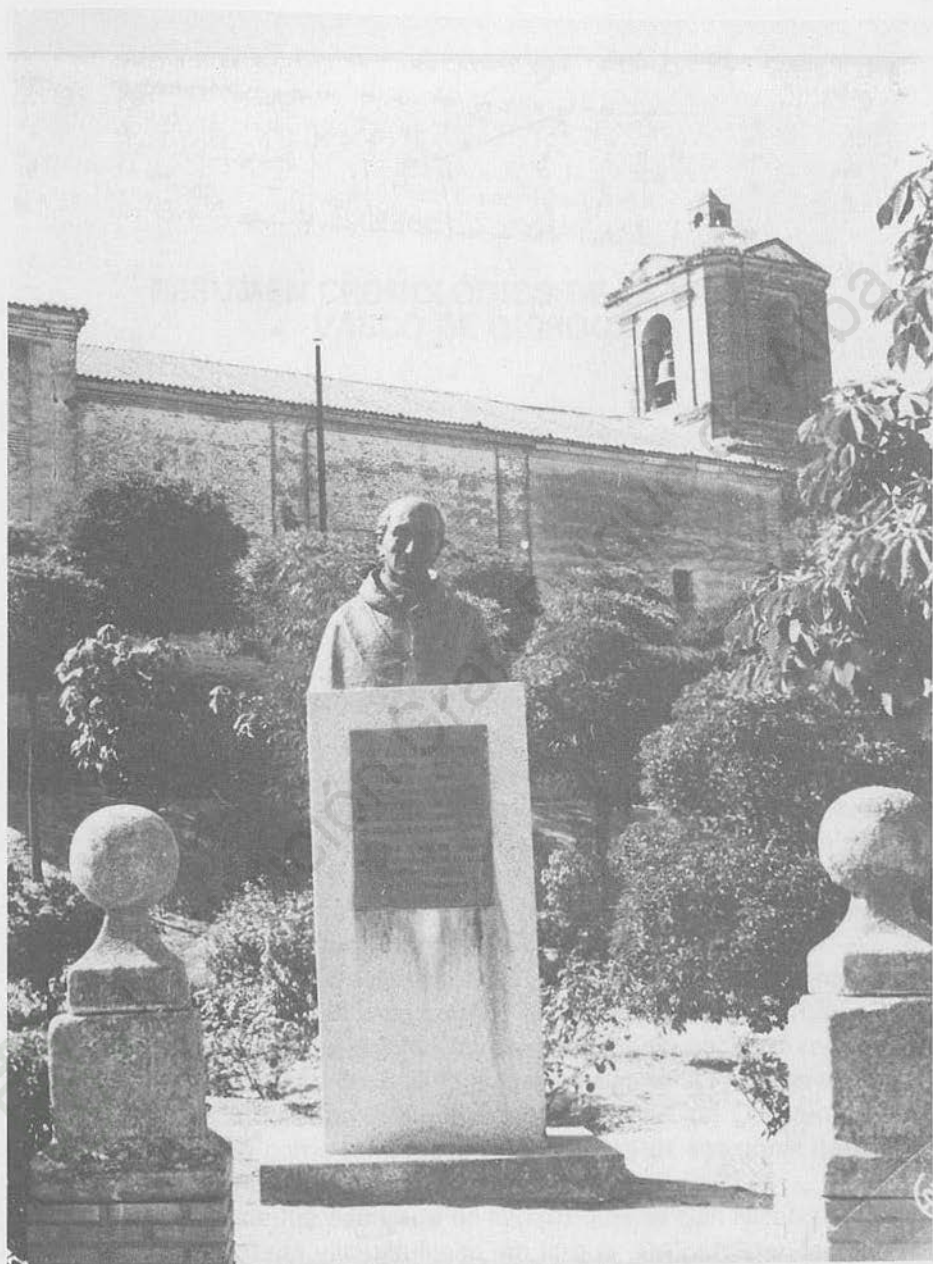
El último punto de mi recorrido por Uruapan fue el mercado de artesanías Vasco de Quiroga, que ofrece una amplia gama de productos elaborados en la región: lacas, alhajeros, pulseras, muebles, objetos finos de decoración doméstica, guitarras, canastos... Compré allí algunos recuerdos y algo sobrecargado volví a la Terminal de Autobuses para regresar a Morelia.

Después de un pesado viaje de casi seis horas estaba de nuevo en la capital del Estado, donde busqué inmediatamente, para pasar la noche, la

Posada Vasco de Quiroga. No me había alojado nunca en ella pero ahora me resultaba ya una casa casi familiar. Aproveché la mañana siguiente para despedirme de algunos amigos: Armando Mauricio Escobar, secretario de Difusión Cultural de la Universidad Michoacana, la pertinaz investigadora Esperanza Ramírez y el grupo de historiadores adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas (Gerardo Sánchez, José Napoleón Guzmán, Silvia Figueroa). A todos ellos solamente les debo agradecimiento por las orientaciones y atenciones que me prodigaron, además de regalarme algunos libros.

Al atardecer salí a dar mi último paseo —al menos de momento— por la ciudad y quise volver al acogedor parquecito de las Rosas. Quería despedirme también de aquella estatua de Tata Vasco que tan oportuna e imperiosamente se había cruzado en mi camino: ella me había incitado a interesarme por la figura histórica de mi paisano, a recorrer estas tierras michoacanas tan lejanas y, sin embargo, tan próximas a mi Castilla, había motivado que viviera todas estas experiencias, tan reveladoras como gratificantes.

Empezaba a anochecer cuando me senté en el banco de piedra más cercano a la efigie. Una pareja de enamorados, que se hallaba justo enfrente, pronto se sintió incómoda por mi proximidad y acabó marchándose con caras de fastidio. Yo permanecí allí durante no sé cuánto tiempo, recreándome en el deleite del reencuentro, en la contemplación reflexiva de aquel hombre que había sembrado en América no sólo valores humanistas universales (de las comunidades cristianas primitivas, de Tomás Moro, de Erasmo) sino también formas y rasgos de sus tierras castellanas. Gracias a él un paisano suyo, un viajero entonces confuso y desnortado, había recuperado afortunadamente una parte de unos y de otros. El, que había sido honrado en tierras mejicanas con el título de “Gran Padre de la Civilización Michoacana”, debía cargar con el otro, no tan honroso, de “Gran Desconocido” en su propia tierra.



RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE VASCO DE QUIROGA

1470-1488: Entre estas fechas nace Vasco de Quiroga en Madrigal de las Altas Torres (Ávila), sin que haya podido precisarse, hasta el presente, el año ni el día.

Tradicionalmente se ha señalado 1470 como año de su nacimiento. Ello tiene su origen, al parecer, en el epitafio que estaba sobre su tumba, donde se leía que había muerto el 14 de marzo de 1565 a los noventa y cinco años de edad; este dato fue recogido por el cronista Gil González Dávila y repetido a continuación en las siguientes biografías de D. Vasco.

Sin embargo investigaciones más rigurosas y recientes han negado, con argumentos de peso, que naciera en esa fecha. F. Miranda Godínez señala, como más probable, la de 1488 y J. Benedict Warren, la de 1478. De todas maneras ninguna de tales hipótesis ofrece una respuesta definitiva.

Fueron sus padres Vasco Vázquez de Quiroga, procedente de la provincia de Lugo, y María Alonso de la Cárcel, oriunda de Arévalo (Ávila). De este matrimonio nacieron tres hijos: Alvaro (padre del que llegaría a ser Cardenal Primado de España e Inquisidor General, Gaspar de Quiroga) Constanza (que profesó como religiosa en el convento de agustinas de Nuestra Señora de Gracia, de Madrigal) y Vasco.

Este fue bautizado en la parroquia de San Nicolás de Bari, de la citada villa abulense, en la que aún persisten las ruinas del antiguo palacio Quiroga.

Es seguro que terminó los estudios de Derecho Canónico, pero se ignoran asimismo los lugares —o lugar— en que los realizó. Es muy probable que lo hiciera en Valladolid o Sa-

lamanca, pero este punto tampoco ha podido probarse documentalmente.

No han llegado hasta nosotros más datos de su juventud.

- 1525: Es enviado como Juez de Residencia a la colonia española de Orán (Africa) en donde permanece año y medio aproximadamente. En el Archivo General de Simancas, en las Actas del Consejo Real de Castilla se halla registrado su nombramiento.

Esta experiencia sí debió resultar a Quiroga especialmente aleccionadora para su posterior actuación en América, ya que las circunstancias, aunque a escala diferente, se repetían en buena medida: tanto en un caso como en otro iba a ejercer como juez, se trataba de colonias recientes, aún por organizar, y con fricciones frecuentes entre conquistadores y conquistados; y tuvo que tratar con gentes de cultura no hispánica, en su mayoría, y de religión no católica.

- 1526: En virtud de una cédula expedida en Granada el 23 de julio de 1526 se le comisionó para actuar como uno de los representantes de la corona española en la firma de un tratado de paz con el rey de Tremecen, Estado moro limítrofe.

Por el mes de octubre debía estar ya en Granada, donde se encontraba la corte, y muy probablemente siguió las andanzas de ésta por Valladolid, Burgos y Madrid, desempeñando desde ella visitas y comisiones, como la que efectuó en Murcia a principios de 1530.

- 1529, 13 de diciembre: la emperatriz Isabel le envía una breve carta desde Madrid en que le pide se presente ante ella "para entender en algunas cosas de nuestro servicio".

- 1530, 2 de enero: la emperatriz manda a Quiroga una cédula en que le hace saber que ha sido escogido como uno de los oidores de la Segunda Audiencia de México.

En marzo se encuentra en Murcia, realizando una real comisión.

A mediados de septiembre parte del puerto de Sevilla hacia la Nueva España.

23 de diciembre: llega a Veracruz, junto con algunos de los otros oidores (Alonso Maldonado, Francisco Ceynos y Juan Salmerón).

- 1531, 9 de enero: es recibido solemnemente en la ciudad de México, donde fijará su residencia por varios años.

Intenso trabajo en los primeros meses: en carta que escribe el 14 de agosto comenta que "...no hay día en que no se tra-

- baje diez o doce horas, ya que a tierra nueva, negocios nuevos".
- 1532, 14 de septiembre: funda el pueblo-hospital de Santa Fe de los Altos (o de México) situado a pocos kilómetros de la capital azteca (hoy aglutinado por el Distrito Federal).
- A finales de año y ante los numerosos disturbios desatados en Michoacán, es elegido por sus compañeros de Audiencia para presidir una Comisión que visitará esta región.
- 1533, finales de junio: parte como Visitador hacia Michoacán. 14 de septiembre: funda el pueblo-hospital de Santa Fe de la Laguna, a unos 30 kilómetros de Patzcuaro. Frente a las encomiendas y reducciones de indios, Quiroga propone, para agruparlos y evangelizarlos, la fórmula de los pueblos-hospitales, inspirada en la **Utopía** de Tomás Moro. Estos habían de cumplir las siguientes funciones: recoger a los indios pobres, enfermos y desvalidos; instruirles en la fe cristiana y los oficios divinos, educarlos al estilo europeo y organizar equitativamente las formas de producción y distribución de bienes para su autoabastecimiento.
- A fines de año funda, cerca de Tzintzuntzan, una ciudad para españoles denominada Nueva Granada.
- 1534: a principios de enero regresa a México.
- Los pobladores de Nueva Granada solicitan quede sin efecto la fundación de la ciudad por lo insalubre e inhóspito del lugar.
- 1535: escribe en México la **Información en derecho**, escrita como objeción a un decreto real que permitía la compra de esclavos indios en la Nueva España.
- 1538: sin ser presbítero es elegido primer obispo de Michoacán, en reconocimiento a sus muestras de fe firme y a las buenas gestiones desarrolladas en esa región durante su viaje anterior.
- 6 de agosto: toma posesión de su obispado en Tzintzuntzan. En diciembre es consagrado obispo en la catedral de México por el arzobispo Juan de Zumárraga.
- 1539: Permanece en Tzintzuntzan ("Ciudad de Michoacán"), aunque realiza frecuentes viajes a Patzcuaro ("Nueva Ciudad de Michoacán").
- 1540: traslada la sede episcopal a Patzcuaro, donde funda, también en este año, el Colegio de San Nicolás, con los siguientes objetivos:
- Formar, como seminario, a jóvenes españoles no me-

nores de veinte años, de entre quienes saldrían los clérigos que necesitaba para atender su diócesis. Estos habían de ser "lenguas", es decir conocer al menos un idioma indígena.

—Instruir gratuitamente, como colegio, a jóvenes indios a quienes se enseñaba la religión cristiana, así como la lengua y cultura españolas.

—Albergar gratuitamente a los indígenas que se veían obligados a acudir a Patzcuaro a resolver sus asuntos ante las autoridades.

Construye la iglesia del Salvador (hoy "templo de la Compañía") en Patzcuaro, que funcionaría provisionalmente como catedral.

- 1541: los españoles fundadores de la abortada Nueva Granada rehúsan vivir en Patzcuaro y fundan, el 18 de mayo, una "Nueva Ciudad de Michoacán" en Guayangareo (que, a fines de siglo, pasaría a llamarse Valladolid y, posteriormente, Morelia).

Se inicia —probablemente— en Patzcuaro la construcción de la enorme catedral que Quiroga proyectó. Había de tener cinco naves exentas, convergentes a una capilla central, dispuestas radialmente, "en figura de mano" (sólo se llegó a terminar la nave central, hoy Basílica de Nuestra Señora de la Salud).

- 1542, 30 de junio: se halla en Veracruz, de donde intenta salir hacia Europa para asistir al Concilio de Trento. Desiste por causa del mal estado del navío.
- 1547: Sale para España, donde permanece hasta 1554. Están por investigar el lugar de residencia y las actividades de Quiroga durante este período.
- 1553: Consigue para la ciudad de Patzcuaro el Escudo de Armas que muy probablemente él mismo diseñó (real provisión dada en Valladolid el 21 de julio)
- 1554 15 de mayo: desembarca en San Juan de Ulúa (México)
- 1555: pleitos durante estos años con los pobladores de Guayangareo, que se oponen a la construcción de su descomunal catedral.
- 1565: 24 de enero: Dicta su testamento en la ciudad de Patzcuaro.
- 1565, 14 de marzo: tiene lugar su fallecimiento, aunque no se tiene aún seguridad del sitio en que ocurrió. Tradicionalmente se han señalado Uruapan y Patzcuaro; en la actualidad esta última hipótesis parece ganar terreno entre los historiadores.

APENDICE

Después de recorrer las tierras michoacanas y encontrar en sus ciudades y pueblos centenares de referencias a Vasco de Quiroga; después de recopilar varias decenas de libros y muchas otras de artículos a él dedicados, publicados en México, después de hablar al respecto con numerosos historiadores mejicanos y españoles, hemos llegado a la conclusión de que Vasco de Quiroga, por su labor social y espiritual, humanitaria y humanista, es en la actualidad uno de los españoles más apreciados, reconocidos y queridos en Hispanoamérica, si no el que más.

Este libro en su conjunto viene a corroborar, creemos, esta afirmación, pero además hemos querido incluir aquí algunas de las muchas frases laudatorias que se han escrito o pronunciado —en épocas diferentes— relativas a Tata Vasco, la mayoría de ellas procedentes de personalidades de reconocido prestigio.

Sirvan como modesto homenaje a D. Vasco, para estimular el conocimiento de su figura y de su obra y, si fuera posible, para conseguir en nuestra Castilla, en nuestra España un mayor reconocimiento de las mismas, tan merecido a nuestro juicio como postergado.

SIGLO XVI

● Carta del Provisor Juan García a Vasco de Quiroga

"El provincial es un Fr. Tercero Toribeo que los indios llaman Motolinea (sic), holgose tanto de la cristiandad y buen orden que halló en el obispado de Vuestra Señoría, que iba dando gracias a Nuestro Señor, diciendo que en toda la Nueva España, entre los naturales, no había la mitad de la cristiandad, ni de tres partes una, como en la provincia de Mechuacán y llevaba gran voluntad de lo comunicar con el señor Visorrey". (Carta del Pro-

visor Juan García, citada por Rafael Aguayo Spencer en **Siluetas mexicanas**, Edit. Jus, México, 1941, p. 225.

- Carta de Juan de Zumárraga, arzobispo de México al Consejo de Indias

“De la elección que S.M. hizo en la persona del Lic. Quiroga para Mechoacán (que lo puedo bien llamar dichoso) tengo por cierto y siento con muchos que ha sido una de las más acertadas que Su Magestad ha hecho en estas partes para llevar indios al paraíso, que creo que Su Magestad pretende más esto que el oro y la plata. Porque crea que el amor visceral que este buen hombre les muestra, el cual prueba bien con las obras y beneficios que de continuo les hace y con tanto ánimo y perseverancia, que nos hace ventaja a los prelados de acá”.

- De Cristóbal Cabrera, sacerdote secular nacido en Burgos, coadjutor de D. Vasco.

“Sucedió, pues, que siendo yo todavía muy joven y estando en las Indias Occidentales, un varón ciertamente santo, el Obispo de quien antes hice mención, me llevó consigo y me retuvo en su compañía por espacio de algunos años. Durante este tiempo, consultando su riquísima biblioteca, estudiábamos juntos; el mismo techo nos servía de abrigo y la mesa era común a los dos; juntos también rezábamos el Oficio Divino. En cuanto al Ministerio, yo le ayudaba con las frecuentes confesiones, y cuando visitaba su Obispado le acompañé siempre como familiar; en fin, que me sentía tan a gusto de estar a su lado y de poder disfrutar de su santa conversación, como lo está junto a la flor de loto quien tiene la costumbre de alimentarse de ella. Mientras otros desde lejos reconocían y admiraban en él la rara habilidad que tenía para convertir a los infieles, yo, que estaba tan cerca y como a la mano, me quedaba atónito por lo mismo, no haciendo otra cosa que alabar a aquel de quien descende todo buen don y toda dádiva perfecta.

Era éste el primer Obispo de Michoacán. Su promoción a dicha dignidad tuvo lugar cuando era Magistrado (Oidor de la Audiencia) en Nueva España, y después de haber dado pruebas de acendrada religiosidad.

Este santo varón, que despreciaba las riquezas y llevaba una vida frugal, que no tenía más ambiciones que la de convertir infieles por amor a Dios, empleó para ese fin en obras buenas y piadosas, con suma liberalidad y alegría, todo el sobrante del salario que recibía del Rey como paga por su oficio de Oidor, y luego siendo ya Obispo, cuanto podía adquirir por razón de obvenciones y de réditos eclesiásticos. Efectivamente de su propio peculio compró y cultivó las tierras de dos pueblos, los cuales, situa-

dos cerca de las dos grandes ciudades de México y de Michoacán, fueron formados también a sus expensas; pues en ellos edificó y acondicionó edificios destinados para hospedar, alimentar e instruir en la fe a los infieles venidos de cualquier parte. Y así, ambos pueblos que por su industria y esfuerzo estaban tan bien cuidados y provistos de lo necesario, vinieron a ser como dos bautisterios y dos escuelas generales de Catecismo a uno y otro conviene perfectamente el título por demás insigne e ilustre, que él les puso de Santa Fe.

Tomado de **Vasco de Quiroga y Obispado de Michoacán**, Fimax, Morelia 1986. P. 203-4.

SIGLO XVII

- De Fray Diego de Besalenque (fraile salmantino, 1577-1651)

"Solíase cantar la Misa de N. Señora del Sábado, y en algunos pueblos, por el mayor concurso de la gente se canta en la Iglesia, llevando en Procesión la imagen de N. Señora de la Concepción, que es titular de todos los hospitales, por orden del señor Obispo D. Vasco de Quiroga, cuya memoria merecía una grande historia, y no quedarían conocidas sus obras heróicas, en lo espiritual y temporal de su Obispado. A su Señoría, dicen todos, se ha de atribuir esta obra de los hospitales y otras muchas, de que tenemos por muy cierto ha recibido en el cielo el galardón".

En **Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán**. México. Edit. Jus, 1963.

SIGLO XVIII

- Del padre Javier Alegre, jesuita

"Pocos obispos han tenido la Iglesia en estos dos últimos siglos de la religión, de la entereza, del celo y prudencia del Señor D. Vasco. El era uno de aquellos grande genios que produce tarde la Naturaleza. Todo era raro y extraordinario en este hombre insigne. Una corpulencia más que regular y casi gigantesca. Una presencia amabilísima y que infundía al mismo tiempo singular veneración y respeto, una complexión vigorosa, una vida cuasi centenaria pero sin sentir las flaquezas de la decrepitud, tanto que en la edad de 95 años, visitaba actualmente su vastísima Diócesis. Redujo por sí mismo a poblaciones y regularidad de vida civil a innumerables indios; en cuasi todos los pueblos considerables fundó hospitales, en que con un orden maravilloso, sin dispendio de sus haciendas y labranzas, se remudaban a servir a los enfermos algunas familias de indios. Los que habían de emplearse en este oficio de caridad iban muy limpios y aseados a la iglesia, con ramos y guirnalda de flores, los sábados en la tarde. Allí rezaban

el rosario y algunas devotas oraciones en honra de la Santísima Virgen, y en la misma forma de procesión salían de la iglesia para el hospital, donde se empleaban aquellos ocho días en todos los ministerios de la enfermedad, con tanto amor, con tanta limpieza, y con tan bello orden, que aún los casados se abstenían en aquel tiempo del uso del matrimonio, en honra de la pureza inmaculada de la Virgen Madre de Dios, a cuya Concepción estaban consagrados todos los hospitales. Para desterrar de sus amados indios la ociosidad, hizo conducir a muchas partes maestros de todas las manufacturas más necesarias a la vida: arquitectos, carpinteros, herreros, fundidores y semejantes, a quienes señaló tierras y pensión para que enseñasen en sus pueblos sus diferentes artes. Estas, fuera de lo indispensablemente necesario, no permitía que se practicasen indiferentemente en todas partes, antes dispuso que tuviese cada una como su propio territorio. En unos pueblos se miraba como propia la fábrica de loza, en otros se trabajaba el hierro, en otros el cobre. Aquí las sogas y cordales, allí las telas. Las curtidurías estaban en una parte, en otra las pinturas, las imágenes de pluma en otra. Esto tenía siempre en un mismo valor las mercadurías, conservaba con la mutua dependencia el comercio de los pueblos; los hijos aprendían desde muy tiernos por una especie de necesidad el oficio de sus padres; cada cual comunicaba a los suyos sin envidia sus propios inventos; se cultivaban cada día más las artes y por todas partes reinaba en el país la abundancia, el tráfico y comercio, y por consiguiente, el buen orden, la tranquilidad y la felicidad en toda la nación. ¡Qué no puede una grande alma desnuda de todo propio interés y aplicada enteramente a hacer felices a los hombres, a los principios y máximas de la Santa Religión! ¡Y cuánto confunde y humilla este gran ejemplo las impías políticas y los inhumanos arbitrios de los cortesanos del mundo!

(De "Las memorias para la historia de la provincia que tuvo la Compañía de Jesús en la Nueva España", por el padre Javier Alegre).

- De Francisco Javier Clavijero, historiador mexicano.

"Vasco de Quiroga, fundador, y primer obispo de aquella iglesia, el cual a ejemplo de San Ambrosio, pasó de la judicatura civil a la dignidad episcopal. Este insigne prelado, digno de compararse a los primeros padres del cristianismo, trabajó infinito en favor de los michoacanos, instruyéndolos como apóstol, y amándolos como padre; construyó templos; fundó hospitales y señaló a cada lugar de indios un ramo principal de comercio, a fin de que su recíproca dependencia los mantuviera unidos con los vínculos de la caridad, y de este modo se perfeccionasen en las artes y a nadie faltasen recursos para vivir. La memoria de tantos beneficios se conserva tan viva en aquellos naturales después de pasados dos siglos, como si todavía viviese su bienhechor. El primer cuidado que tienen las indias,

cuando sus hijos empiezan a hacer uso de la razón, es el de hablarles de Tata don Vasco. (Así lo llaman todavía por el amor filial que le conservan), declarándoles lo que hizo en favor de su nación, enseñándoles su retrato, y acostumbrándolos a no pasar nunca delante de él sin arrodillarse”.

SIGLO XIX

- De Gabriela Mistral (poetisa chilena, Premio Nobel de Literatura en 1945)

Tomado de R. Landa: **D. Vasco de Quiroga**, Grijalbo, Barcelona 1965, p. 288.

“Vino de España como oidor de la segunda Audiencia.

“Venía hacia el México estrepitosamente rico de la colonia; pero no a vender su justicia, ni a aprovechar de su alto empleo para conseguir extensas encomiendas; venía a mostrar, como Las Casas, que la España Cristiana, la de doña Isabel la Católica, era verdad.

“Pertenece a familia principal..., y, sin embargo, no se sumó a los españoles linajudos y soberbios que llamaron a los indios raza inferior, para excusar la explotación perversa que de ellos hacían.

“Era varón ya entrado en años, pero con una reciedumbre de espíritu que le hizo quebrar la terquedad de los funcionarios españoles y la de los encomenderos. Su perfil era fino y un poco triste y su figura alta se curvaba ligeramente; semblante el suyo de hombre que vio a las gentes más desventuradas que ha visto el sol: el indio americano, desposeído, enfermo, lacerado.

“Un año después de llegado a la ciudad de México empezó su obra de fundaciones, que no había de cortar sino la muerte. A las puertas de México hizo la colonia de Santa Fe, a una vez hospital, templo, escuela y hogar de indios. Con su sueldo de oidor, que no era pingüe y que él no aumentaba con impuras “comisiones”, compró el predio para la fundación y fue dotando poco a poco la extensa casa. El indio que allí llegaba enfermo, lleno de desconfianza hacia el hombre blanco, conocía su misericordia en la tizana, en el baño, en el lecho suave y limpio y ya no quería abandonar el amparo. Al curarse, quedaba incorporado a la colonia; podía llevar a su mujer y a sus hijos a vivir con él; cultivaba el campo, cuya cosecha se repartía entre la comunidad y recibía para él y para los suyos vestidos y doctrina.

“El éxito de esta primera colonia, la ternura reverencial que inspiró a los indios, hicieron que poco después se le enviara al Estado de Michoacán a resolver un conflicto suscitado entre españoles y naturales. Fue allí y se quedó con los indios. Cambió su fácil situación de funcionario de la capital por el destierro de una región lejana y llena de peligros. A la tierra

desnuda de hombres, abandonada por los indios en fuga hacia las montañas, atrajo gentes, a los mismos fugitivos y fundó pueblos.

Se fijó en Patzcuaro, a orillas del lago, donde todo fue dirigido por su mano, calles, plazas, hospital, escuelas.

Las largas jornadas de a caballo no rendían al viejo heróico; los comentarios venenosos de los encomenderos, que refunfuñaban por el cristianismo cabal que acababa de aparecer en medio de ellos a disputarles al indio, presa suya, no le envenenaba; aquella faena compleja de crear pueblos, sin más recursos que los propios y el trabajo voluntario de sus tarascos leales, no le agobiaba.

"Como Moisés, él era todo para las gentes reunidas en muchedumbre en torno a su cayado patriarcal; escribía la doctrina cristiana en lenguaje llano y tierno para hacérsela amable, enseñaba a cada aldea una industria diferente para que no se creara entre ellos la maligna rivalidad.

"Era un licenciado, un varón de finas manos y se volvía, por amor a sus indios dóciles, un artesano que pulía el guaje, que conocía los tintes y decoraba como un obrero chino; se tornaba carpintero en otro pueblo y enseñaba a hacer instrumentos músicos, guitarras y violines sensibles; en otros disponía el telar y dirigía el tejido de las telas de lindos colores. Era el hombre completo que sabe ser letrado entre los letrados y maestro de obras entre los trabajadores manuales. Y además de eso sabía gobernar los pueblos, regidos con una nueva voluntad vigorosa, administrar justicia y crear la agricultura, llevando el primer bananero y las plantas de finas especias a la milagrosa tierra michoacana.

"La Iglesia tuvo para él una gracia, que sería excepcional si no se hubiese tratado de un varón maravilloso, en el que resucitaban los antiguos apóstoles; le confirió a la vez todas las órdenes, hasta de Obispo. Pastor más de verdad no han visto las Américas desde Bartolomé de Las Casas.

"Murió en Uruapan, anciano con muchedumbre de días, como se ha dicho de los patriarcas. Su siembra de amor fue tan honda, que todavía los indios michoacanos dicen su nombre como sinónimo de santidad, como apelativo de excelencia, y hasta en la fuente que por muchos años dio el agua a Patzcuaro veían el corazón de Tata Vasco proveyendo a su vida, refrescando su pecho cansado de iniquidades y lacerías..."

● De Picón Salas (historiador mexicano)

"Así —aunque parezca raro—, resulta tema de vigente actualidad una tentativa pedagógica que como la de Pedro de Gante o la de Vasco de Quiroga en el siglo XVI trató de redimir al indígena no tanto recargándolo de letras europeas, como perfeccionando los oficios y las artes que venían de su legendaria tradición. Conciliar esa urgente civilización manual con la cul-

tura de los libros y de las universidades, sigue siendo el mayor problema educativo de la América Española". "... Este deber ser de la tradición ética de España templó sin duda el furor de la Conquista y levantó paralelamente la obra de evangelización. Hubo junto a la empresa guerrera un humanismo práctico, no absorto en sueños de belleza como los de la Italia renacentista, sino el anhelo de mejora social, de reparar los crímenes del conquistador, de enseñar y proteger a las masas desamparadas como el que ejemplarizaron un Vasco de Quiroga, un Motolinía, un Luis de Valdivia. Ello constituye un legado todavía vigente, de elevadísima solvencia, en la vida cultural y moral de Hispano-América".

"Desde tan tempranos días se plantea allí el que todavía parece permanente y no resuelto enigma de la cultura hispanoamericana, o sea el de la imitación y trasplante de las formas más elaboradas de Europa en que siempre se esmerara una clase culta pero un poco ausente de la realidad patética de la tierra, y la intuición que despunta en algunos frailes y misioneros extraordinarios —un Vasco de Quiroga, un Pedro Gante, un Sahagún— de que hay que llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal. Este pensamiento pedagógico de los primeros misioneros, los que como Sahagún o Motolinía se indentifican con los nativos y de cierto modo se reeducan al contacto del indio para comprenderlo mejor, aún parece tener validez en la vida criolla de los presentes días; y la política de asimilación del indígena en países como Perú, Guatemala, Ecuador, Bolivia o el propio México, no debería olvidar la preciosa experiencia del siglo XVI mexicano".

- De Lázaro Cárdenas, Presidente Constitucional de México

"Me congratulo de haber venido a esta fiesta del espíritu. La sombra de Vasco de Quiroga debe animar vuestra vida estudiantil. Vasco de Quiroga es, para nosotros, el ejemplo de la cultura con sentido de amor a la humanidad, de inteligente amor a los desheredados. Nuestros indios aprendieron a amar en él a la sabiduría, porque la sabiduría fue de la mano con la bondad. La cultura sin un concreto sentido de solidaridad con el dolor del pueblo no es fecunda, es cultura limitada, mero adorno de parásitos que estorban el progreso colectivo".

- De **Noticia histórica de Michoacán.** (P. 41)

"La Historia de la colonización de la provincia de Michoacán no puede soslayar una figura señera: la de Don Vasco de Quiroga. Su recia personalidad es el alma viva de esta región mexicana y pasa más allá de sus lími-

tes para convertirse en figura universal que presta contornos imborrables a la colonización española en su conjunto. Señaló, en efecto, la línea de demarcación entre el grupo de conquistadores aventureros y el muy escaso pero importante número de idealistas fervorosos”.

- De Silvio Zavala (historiador mexicano laureado con la Cruz “Alfonso X el Sabio”, entregada por su S.M. Juan Carlos I).

“En la conciencia de la nación mexicana figura como uno de sus grandes fundadores. Su renombre —señaló—, se extiende cada vez más en la opinión internacional, habiendo estudio acerca de él en las principales lenguas occidentales, así como en la rusa, japonesa y otras”.

(Periódico **Excelsior** 1 de noviembre de 1990).

- De S. S. Juan Pablo II

“Don Vasco de Quiroga primer obispo de Michoacán. Desarrolló su misión episcopal como auténtico padre de los Tarascos, por lo que aún se le llama con cariño “Tata Vasco”; con afecto de padre se entregó enteramente a la educación y promoción de los fieles que el Señor le había encomendado; sus “hospitales” eran mucho más de lo que hoy indica ese nombre, porque incluían escuelas, talleres, almacenes y todos los elementos de un centro artesano y agrícola, con herramientas, instrumentos de labranza etc. Aún hoy en día podemos apreciar la herencia cultural y cristiana de su heroica labor misionera y civilizadora en favor de las poblaciones michoacanas”. (Palabras pronunciadas por S.S. Juan Pablo II en Veracruz, durante su visita a México).

- De Eduardo Galeano, escritor uruguayo.

“Cristiano primitivo, comunismo primitivo: el obispo de Michoacán redacta las ordenanzas para sus comunidades evangélicas. El las ha fundado inspirándose en la “Utopía” de Tomás Moro, en los profetas bíblicos y en las antiguas tradiciones de los indios de América.

Los pueblos creados por Vasco de Quiroga, donde nadie es dueño de nadie ni de nada y no se conoce el hambre ni el dinero, no se multiplicarán, como él quisiera, por todo México. El Consejo de Indias jamás se tomará en serio los proyectos del insensato obispo ni echará siquiera una ojeada a los libros que él, porfiadamente, recomienda. Pero ya la utopía ha regresado a América, que era su realidad de origen. La quimera de Tomás Moro ha encarnado en el pequeño mundo solidario de Michoacán; y los indios de aquí sentirán suya, en los tiempos por venir, la memoria de Vasco de Quiroga, el alucinado que clavó los ojos en el delirio para ver más allá del tiempo de la infamia.

En **Memoria del fuego**. Vol. I, Siglo XXI. Edit. México 1983, p. 152.


BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA


- AGUAYO SPENCER, Rafael: **Don Vasco de Quiroga taumaturgo de la organización social**. Edic. Oasis, Méjico 1970.
- ALEGRE, Javier: "Las memorias para la historia de la provincia que tuvo la Compañía de Jesús en la Nueva España", citado por R. Landa en **Vasco de Quiroga**, Grijalbo 1965.
- ARREOLA CORTÉS, Raúl: **Historia del Colegio de San Nicolás**, Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia 1991.
- BATAILLON, Marcel: "Vasco de Quiroga et Bartolomé de las Casas", **Revista de Historia de América**, n.º 33 junio, 1952.
- BEAUMONT, Pablo: **Crónica de Michoacán**, Talleres Gráficos de la Nación, México 1932.
- BERNAL, Miguel: **In promptu en alta mar**, Fimax, Morelia 1952.
- BRAVO UGARTE, José: **Historia sucinta de Michoacán**, Edit. Jus, México 1963.
- CABRERA, Cristóbal: "De Solicitanda infidelium conversione" en **Vasco de Quiroga y obispado de Michoacán**; Fimax Publicistas, Morelia 1986.
- CEBALLOS, Manuel "Los hospitales pueblo de Vasco de Quiroga": Visión de una sociedad deseable", ponencia presentada en el CREFAL Patzcuaro (Michoacán) en octubre de 1989.
- GALEANO, Eduardo: **Memoria del fuego**, Siglo veintiuno editores, Madrid 1983.
- GÓMEZ OROZCO, F.: **Crónicas de Michoacán**, U.N.A. Méjico 1954.
- HERREJON, Carlos: **El Colegio de San Miguel de Guayangareo**; Universidad Michoacana, Morelia 1989.
- Información en derecho**, Secretaría Educación Pública, Méjico 1985.
- LANDA, Rubén: **Vasco de Quiroga**, Grijalbo, Barcelona 1985.
- LEON, Nicolás: **Don Vasco de Quiroga grandeza de su persona y de su obra**, Universidad Michoacana, Morelia 1984.
- MACIAS, Pablo: **Aula Nobilis**, Universidad Michoacana, Morelia 1985.

- MIRANDA GODINEZ, Francisco: **Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás**, Universidad Michoacana, Morelia 1990.
- MORAN ALVAREZ, Julio César: **El pensamiento de Vasco de Quiroga**, Universidad Michoacana, Morelia 1990.
- MORENO, Juan José: **Vida de D. Vasco de Quiroga**, Balsal Edit., 1989 Morelia.
- MURIEL, Josefina: **Hospitales de Nueva España**, Méjico 1956.
- NAVARRETE, Nicolás: **Historia de la provincia agustiniana de San Nicolás de Tolentino de Michoacán**, Edit. Porrúa Méjico 1978.
- RAMIREZ, Esperanza: **Morelia**, Universidad Michoacana, Morelia 1988.
- **Patzcuaro**, Universidad Michoacana, Morelia 1989.
- **Región Lacustre de Patzcuaro**, Universidad Michoacana, Morelia 1990.
- RAMIREZ, Mina: **La catedral de Vasco de Quiroga**, El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich. 1986.
- RAMÍREZ, Francisco: **El Antiguo Colegio de Patzcuaro**, Colegio de Michoacán, 1987
- SANCHEZ, Gerardo y Figueroa, Silvia: **Iconografía del Colegio de San Nicolás**, Universidad Michoacana, Morelia 1990.
- SEP: **Michoacán**, Méjico 1990
- TENA RAMÍREZ, Felipe: **Vasco de Quiroga y sus pueblos de Santa Fe en los siglos XVIII y XIX**, Porrúa, Méjico 1977.
- TOUSSAINT, Manuel: **Patzcuaro**, Universidad Nacional de Méjico 1942
- VARIOS: **Don Vasco de Quiroga y Arzobispado de Morelia**, Edit. Jus., México, 1965.
- : **Humanismo Cristiano**: Caja de Ahorros de Salamanca 1989.
- : **Humanistas Novohispanos de Michoacán**, Universidad Michoacana, Morelia 1983.
- : **Vasco de Quiroga, educador de adultos**, Colegio de Michoacán, Zamora 1984.
- WARREN, Benedict: **Vasco de Quiroga y sus hospitales-pueblo de Santa Fe**, Universidad Michoacana, Morelia 1977.
- ZAVALA, Silvio: **Recuerdo de Vasco de Quiroga**, Porrúa, Méjico 1987
- **Ideario de Vasco de Quiroga**, Méjico 1941.

OBRAS DE VASCO DE QUIROGA

- **Información en derecho**, edición de Carlos Herrejón, SEP., Méjico 1985.
- "Reglas y ordenanzas para el gobierno de los hospitales de Santa Fe de Méjico y Michoacán" en **Vasco de Quiroga y obispado de Michoacán**: Fimax, Morelia 1986
- "Testamento del Rvmo. y venerable Sr. Don Vasco de Quiroga", en **Vasco de Quiroga y obispado de Michoacán**. Fimax, Morelia 1986.

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba